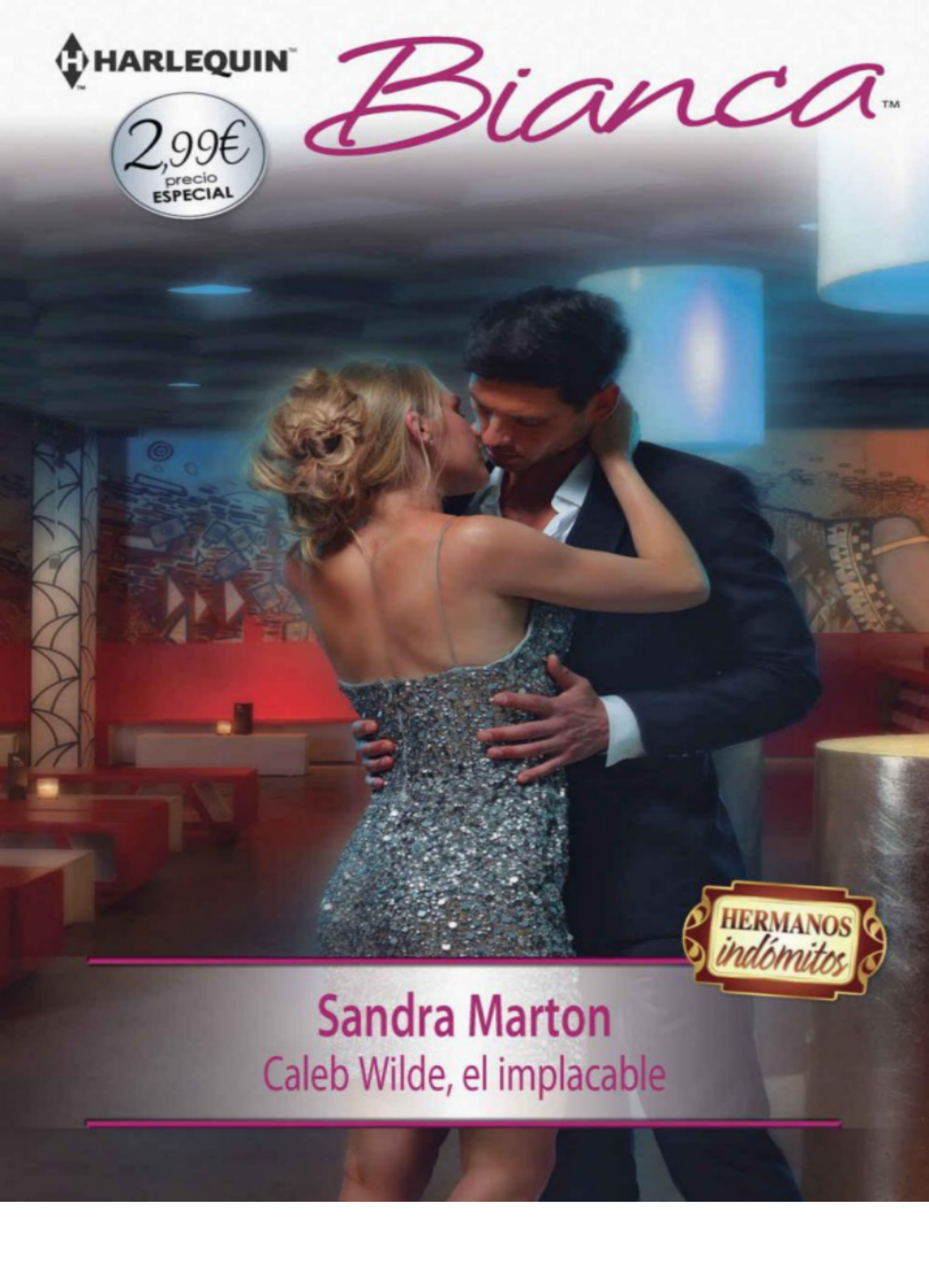

HARLEQUIN
Bianca
2,99€
precio
ESPECIAL
HERMANOS
indómitos
Sandra Marton
Caleb Wilde, el implacable



Sandra Marton

Caleb Wilde, el implacable



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Caleb Wilde, el implacable, n.º 109 - octubre 2015
Título original: The Ruthless Caleb Wilde
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-7261-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Caleb Wilde estaba haciendo todo lo posible por fingir que se lo estaba pasando bien.

Sabía que tenía motivos más que suficientes para que ese fuera el caso.

Estaba en Nueva York, una de sus ciudades favoritas, y en una fiesta en un club del Soho. Se trataba de un sitio tan de moda que ni siquiera mostraba el nombre sobre la puerta de entrada. Era un lugar muy exclusivo, aunque a él le parecía más pretencioso que otra cosa.

Tuvo que controlarse para no bostezar. Sentía que su cerebro estaba de vacaciones.

Y no era por culpa del ruido, a pesar de que el nivel de sonido en esa enorme sala era ensordecedor. El DJ que estaba actuando esa noche era tan famoso que había estado firmando autógrafos antes de empezar.

Tampoco estaba así por la bebida, llevaba toda la noche con la misma copa de whisky, ni porque la fiesta estuviera siendo aburrida.

Había ido a Nueva York para ver a un cliente que había organizado esa fiesta para celebrar su cuadragésimo cumpleaños. El club estaba lleno de gente importante. Estaban los directores de grandes fondos económicos, banqueros internacionales y magnates de medios de comunicación. También había algunos famosos de Hollywood, miembros de la realeza europea y, por supuesto, un montón de mujeres impresionantes.

Pero Caleb estaba demasiado cansado para apreciar nada de lo que estaba pasando a su alrededor.

No había parado en todo el día. Había tenido una reunión a las siete de la mañana con un cliente en su oficina de Dallas. Después, otra reunión con sus hermanos en el rancho de los Wilde.

Había volado a Nueva York en uno de los jets privados de la familia y había almorzado con el cliente cuyo cumpleaños estaban celebrando en ese momento.

Más tarde se había reencontrado con un viejo amigo para cenar, uno que había tenido por compañero durante sus sombríos días de trabajo en la agencia.

Tuvo que controlarse de nuevo para no bostezar.

Estaba más que cansado, agotado. Se hallaba allí por compromiso y también por curiosidad.

Había celebrado su propio cumpleaños hacía solo unos días. Y lo había hecho con una barbacoa en el rancho familiar, acompañado por sus hermanos y su nueva cuñada. Sus hermanas lo habían llamado por teléfono y también lo había felicitado así su padre, el general, aunque con dos días de retraso. Pero no se lo tenía en cuenta. Después de todo, su padre tenía muchas responsabilidades sobre sus hombros y siempre estaba muy ocupado.

Su cumpleaños había sido divertido y tranquilo. No tenía nada que ver con esa fiesta.

–Este hombre es un poco mayor para estar tan obsesionado con los sitios de moda –les había dicho Caleb a sus hermanos esa misma mañana.

–Claro, tan mayor como tú –le había contestado Travis con seriedad.

–Bueno, sí. En realidad, no. Lo que quería decir…

–Sabemos lo que querías decir –había intervenido Jacob–. Eres tan viejo como un dinosaurio.

–Es verdad. Casi podemos oír cómo te crujen los huesos.

Sus hermanos habían intercambiado miradas y se habían echado a reír.

Al verlos así, no había podido evitar reírse también con ellos. Les había dicho que, aunque no le apetecía mucho, iría a la fiesta.

–Luego nos tienes que contar cómo ha sido –le había pedido Travis levantando con picardía las cejas–. Porque somos tan viejos como tú y queremos que nos lo cuentes todo con detalle.

Caleb se llevó el whisky a los labios y bebió otro sorbo mientras recordaba la conversación que había tenido con sus hermanos. Por el momento, no tenía mucho que contarles. Todo estaba yendo tal y como había esperado.

Nada más llegar había conversado durante un par de minutos con el anfitrión y, desde entonces, se había instalado en el piso superior. Tenía una vista perfecta desde allí de todo lo que ocurría en la pista de baile. Esa planta también estaba llena de gente, pero había mucha más abajo.

El DJ estaba subido a una plataforma y las luces no dejaban de parpadear incesantemente. Parecía haber cientos de cuerpos sudorosos bailando y moviéndose bajo esas luces.

Las mujeres eran espectaculares. Muchas le habían demostrado su interés con sonrisas e intensas miradas. Aunque pareciera poco modesto, estaba acostumbrado.

Y creía que no era mérito suyo, sino de la genética de los Wilde. Los hombres de su familia eran una mezcla de centuriones romanos y vikingos con algo de sangre comanche.

Sus tres hermanas utilizaban a menudo su aspecto para burlarse de sus hermanos y de él. Sonrió al recordar los exagerados comentarios

de Jaimie, Emma y Lissa.

Sabía que no le costaría salir de allí con una de las hermosas mujeres que lo rodeaban en la fiesta, pero esa noche no estaba interesado.

Había llegado a utilizar su acento texano para librarse de la última joven que se había acercado a él con la clara intención de seducirlo.

Le había faltado tiempo para apartarse de él al oírlo hablar como un ganadero. Sabía que había sido algo duro con ella, pero no le gustaba ese tipo de mujer que se atrevía a acercarse a un hombre contoneándose de una manera obvia y haciéndose la tonta. Había tenido el descaro de preguntarle si era alguien rico y famoso.

La verdad era que sí, era rico y famoso, al menos en el mundo jurídico.

Lo único que le había gustado de ella era que fuera directa y sincera, algo que no se encontraba a menudo en un sitio como aquel.

Cualquier otra noche, se habría limitado a sonreír y seguirle la corriente, pero esa noche no.

Miró de nuevo su reloj. En ese momento, lo único que quería era que pasaran deprisa unos treinta minutos más para poder irse de allí.

Pensaba ir entonces en busca del anfitrión para decirle que se lo había pasado muy bien y que, muy a su pesar, debía irse ya para regresar cuanto antes a Dallas.

–¿…para ti?

Caleb se dio la vuelta al oír que le hablaban. Había una chica justo detrás de él. Era guapa, pero no tan espectacular como el resto de las mujeres de esa fiesta.

Aun así, era bonita. Alta, rubia y con grandes ojos azules.

Y con demasiado maquillaje para su gusto.

Además, fuera guapa o no, no estaba de humor para nada.

–Lo siento –repuso él–. Estoy a punto de irme.

La joven se inclinó un poco más hacia él y sus pechos rozaron ligeramente su brazo. Ella se apartó deprisa, pero la sensación lo recorrió de arriba abajo.

Le dijo algo, pero seguía sin poder oírla. La música estaba demasiado alta y se distrajo mirándola. Llevaba un vestido con tan poca tela que casi no parecía un vestido. Era negro o azul oscuro y le pareció que la tela era iridiscente. Era muy ceñido, casi como una segunda piel y tenía un profundo escote que le dejaba ver sus exuberantes pechos.

Bajó un poco más los ojos y vio que el vestido apenas le cubría los muslos. Aunque no estaba interesado, sintió que tanto su cuerpo como su cerebro despertaban casi al instante.

Sonrió, pero la joven no le devolvió el gesto.

–Soy Caleb –le dijo–. No he oído tu nombre.

Sus grandes ojos azules se tornaron gélidos.

–No te lo he dicho.

Se dio cuenta de que parecía querer jugar con él, pero Caleb no estaba de humor para adivinanzas.

–Entonces, ¿por qué has venido a hablar conmigo?

–Bueno, me pagan para hablar contigo –repuso ella con frialdad.

–Vaya… No me esperaba una respuesta tan directa, pero te aseguro que no estoy interesado…

–Me pagan para que te pregunte lo que estás bebiendo y si quieres que te traiga otra copa –le dijo la mujer con satisfacción–. Soy camarera. Confía en mí, si no lo fuera, ni siquiera te habría mirado.

Caleb abrió sorprendido los ojos.

No estaba acostumbrado a que las mujeres le hablaran de esa manera y a lo mejor debería sentirse molesto, pero no lo estaba.

Tenía que reconocer que admiraba el coraje de esa rubia.

No le costaba imaginarse que con esa cara, ese cuerpo y ese vestido, la camarera habría tenido que soportar demasiados comentarios e insinuaciones esa noche y que, al final, se había cansado.

Sabía que otra persona en su lugar pensaría que la joven podría evitar esos problemas llevando otro tipo de ropa, pero estaba casi seguro de que no tenía más remedio que vestirse de ese modo.

Él mismo había trabajado en restaurantes y bares durante sus años en la facultad de Derecho para no tener que tocar el dinero de su padre ni del fondo fiduciario que les había dejado su madre a los tres hermanos en herencia.

Recordaba muy bien la vestimenta que le habían impuesto en uno de esos bares. Los hombres llevaban camisas blancas, corbatas, pantalones y zapatos negros. Ellas, en cambio, habían tenido que ponerse camisetas ceñidas y escotadas, faldas cortas y estrechas y zapatos de tacón de aguja. Y, si se negaban a hacerlo, se arriesgaban a ser despedidas.

Siempre le había parecido increíble esa forma de discriminación sexual. Era algo que detestaba como abogado y como hombre.

Aun así, no creía que se mereciera que esa joven le hablara como si fuera una especie de depredador. Se lo dijo a la camarera y ella lo miró con la cabeza bien alta.

–¿Quiere eso decir que no te apetece otra copa? –le preguntó la mujer con frialdad.

–Eso es –contestó él.

Le dio la espalda a la camarera y se dispuso a terminarse su whisky mientras observaba a la gente de la pista de baile. Pensaba quedarse solo unos minutos más.

Cada vez parecía haber más gente bailando en la pista. Le dio la impresión de que la música estaba más alta y que bailaban más

deprisa, con más intensidad. El parpadeo de las luces iluminaba unos cuerpos que no dejaban de moverse y frotarse entre sí.

Todo el mundo parecía estar disfrutando.

Se fijó en los camareros. No se había fijado antes en ellos, pero ya no le costaba distinguirlos. Los chicos, jóvenes muy atractivos, iban sin camisa y con unos ajustados pantalones negros. Los vio riéndose y bromeando con las clientas que coqueteaban con ellos. Las camareras llevaban vestidos como el de la rubia con la que había hablado, pero ninguna era tan guapa como ella ni tenía la misma seguridad que le había mostrado esa joven.

No le costó encontrarla entre la multitud. Llevaba su melena rizosa recogida en un improvisado moño en la parte superior de la cabeza. Le encantaba ver cómo se movía, con el paso firme y mucha seguridad. No necesitaba ese vestido tan provocativo para ser sexy. Su porte era mucho más atractivo. No podía dejar de mirarla.

Vio que pasaba junto a una de las pequeñas mesas que había alrededor de la pista de baile. Un tipo que estaba sentado allí le dijo algo entre risas y le puso la mano en la cadera.

La camarera se apartó rápidamente de él, como si esa mano fuera un escorpión.

Poco después, trató de abrirse paso entre la gente que llenaba la pista de baile con una pequeña bandeja de bebidas en las manos y otro tipo le tocó el trasero.

Sonrió al ver que se las arreglaba para dar un paso atrás en la dirección correcta para clavarle el tacón de aguja en el empeine. Y consiguió hacerlo sin girarse ni derramar las copas que llevaba.

Parecía más que capaz de valerse por sí misma. Al menos hasta que ese mismo tipo la siguió y arrinconó a un lado de la discoteca. Vio que ella sacudía la cabeza.

El hombre le dijo algo más y le tocó brevemente los pechos.

Caleb dejó de sonreír y estiró hacia allí la cabeza, tratando de ver mejor lo que estaba pasando, pero había demasiada gente alrededor.

La camarera había conseguido soltarse y se apartaba de allí tan rápidamente como podía hacia lo que parecía una puerta de servicio.

Pero el hombre iba tras ella y llegó a la puerta al mismo tiempo que ella. La agarró por los hombros y tiró de ella para atraparla contra su cuerpo.

Vio que ella trataba de defenderse, pero era inútil.

Ese hombre era demasiado grande para ella y parecía decidido a salirse con la suya. Supuso que además estaría borracho o drogado. Vio que tenía una mano en el pecho de la camarera y otra… La otra entre sus muslos.

La ira lo dominó por completo. No se podía creer que nadie más viera lo que estaba sucediendo. No se trataba solo de un hombre

ligando con una joven, ese tipo estaba tratando de violarla.

Se apartó de la barandilla, dejó su vaso sobre la primera mesa que encontró y se abrió camino entre la multitud hasta llegar a la escalera más cercana.

Trató de localizarla cuando llegó a la planta baja.

Era alto, pero había tanta gente que era casi imposible ver más allá de donde estaba.

Recordó entonces que la puerta de servicio estaba en la pared del fondo de la sala y a su izquierda. Fue en esa dirección sin molestarse en disculparse mientras se abría paso atravesando la pista de baile. Solo tenía una cosa en mente, llegar a donde estaba esa joven.

Tardó una eternidad, pero por fin lo consiguió.

Cuando llegó a la puerta, ya no estaba la rubia ni el tipo que había estado hostigándola.

Miró a su alrededor.

Nada.

Respiró profundamente para tratar de calmarse. Supuso que un buen samaritano lo habría visto también y había conseguido rescatarla.

También cabía la posibilidad de que el hombre hubiera desistido.

Pero alguien abrió entonces la puerta de servicio y, durante los tres segundos que estuvo abierta antes de cerrarse de nuevo, vio todo lo que necesitaba ver.

La puerta no daba a la cocina, sino a una especie de almacén con muy poca luz.

Había visto allí dentro a la camarera rubia atrapada entre la pared y ese tipo.

Corrió a la puerta y la abrió. Le faltó tiempo para soltarle un par de improperios.

El hombre se volvió hacia él.

–¿Qué demonios quieres? –gruñó el tipo–. Esto no va contigo. Vamos, ¡fuera de aquí!

Caleb miró a la mujer. Tenía los ojos muy abiertos y estaba pálida. Tenía roto uno de los tirantes del vestido y medio caído el corpiño del mismo.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Iba a… –susurró la joven con un hilo de voz–. Estaba a punto de…

–¡Eh! ¿No me has oído? ¿Estás sordo? Te he dicho que te vayas de…

El hombre era más o menos de su tamaño y tenía un cuerpo tan musculoso como el de él.

Pero había una diferencia. A uno de los dos lo dominaba la lujuria y al otro, la rabia.

Caleb fue directamente hacia él. No tardó mucho en hacerse con ese tipo. Le dio un par de derechazos rápidos, un buen golpe en el

estómago y el hombre no tardó en tambalearse.

–¿Qué haces? Solo estaba pasándomelo bien con esta chica y… –le dijo.

–Yo también me lo estoy pasando muy bien –repuso Caleb antes de darle un último puñetazo que consiguió tirarlo al suelo.

Se quedó mirándolo unos segundos y levantó después la vista para ver cómo estaba ella.

–Hola –le dijo en voz baja.

Lo miró asustada.

–Ya ha pasado –añadió Caleb.

Vio que tragaba saliva.

–Ha estado… ha estado detrás de mí toda la noche –susurró ella.

Vio que estaba temblando. Maldijo entre dientes, se quitó la chaqueta y fue hacia ella.

–Ponte esto.

–Traté de deshacerme de él, pero no me dejaba en paz –le dijo mirándolo a los ojos–. Entonces, me agarró y me metió aquí dentro. Y… y después…

Se acercó más para ponerle la chaqueta sobre los hombros, pero el contacto la sobresaltó.

–No pasa nada, tranquila –le dijo en voz baja.

Esa situación le hizo recordar cómo había tenido que acercarse despacio a las potras a las que había tratado de domar de niño, cuando ayudaba a los peones que trabajaban en El Sueño, el rancho de la familia Wilde.

Con cuidado, le puso la chaqueta sobre los hombros.

–Vamos, mete los brazos por las mangas –le pidió.

La joven lo hizo y él le juntó las solapas y abrochó los botones con mucho cuidado para no tocarla. Le enterneció ver que seguía temblando.

Su atacante gimió sin moverse del suelo. Lo miró y vio que le sangraba la nariz y que se le empezaba a hinchar un ojo. No le daba ninguna lástima.

–Por favor, ¿podrías sacarme de aquí? –le pidió la mujer tocándole el brazo.

–¿Llamo a la policía?

Ella negó con la cabeza.

–No. La publicidad sería muy mala para… Además, él no… no llegó a… No tuvo la oportunidad de hacer más… Me tocó, pero llegaste antes de que pudiera… Solo quiero irme a casa.

Caleb asintió con la cabeza. Le parecía una idea excelente, pero recordó entonces la cantidad de gente que había en el club.

–¿Hay alguna salida por la parte de atrás? –le preguntó Caleb.

–Sí. Esa puerta que está detrás de ti da a una zona de carga y

descarga de mercancías.

Había estado tan fuera de sí que hasta ese momento no fue consciente de que había una puerta en una de las paredes del almacén.

–Voy a rodearte los hombros con el brazo, ¿de acuerdo? –le dijo él–. Solo por seguridad.

Ella lo miró. Se le había corrido el rímel y le temblaban los labios. Pero pensó en ese instante que nunca había visto a una mujer más bella en toda su vida.

–¿Te parece? –repitió él.

–Sí, está bien.

Notó cómo se tensaba su cuerpo cuando Caleb la rodeaba con el brazo, pero no trató de apartarse. Fueron hasta la puerta y él la abrió.

La calle estaba oscura y desierta. Había estado muchas veces en callejones como aquel durante sus años de trabajo para la agencia. En esos sitios, todos los sentidos estaban en alerta.

–Quédate cerca de mí –le dijo en voz baja Caleb.

Ella se acurrucó contra él cuando la puerta se cerró tras ellos. Parecía muy delicada, casi frágil, contra su cuerpo.

Le entraron ganas de volver al club y golpear de nuevo al desgraciado que se había atrevido a hacerle daño, pero no podía hacerlo. Ella lo necesitaba.

Y él necesitaba un coche.

Había ido hasta allí en taxi, pero decidió que era mejor no intentar tomar uno a esas horas. Creía que tardaría demasiado tiempo en encontrar uno libre.

Caminaron hasta la esquina y sacó su teléfono móvil para llamar al servicio de coches que usaba cuando estaba en Nueva York. Estaba de suerte, una de las limusinas de la empresa acababa de dejar a alguien a solo un par de manzanas de allí.

No soltó sus hombros mientras esperaban, aunque no tuvieron que hacerlo durante mucho tiempo. No tardó en llegar el elegante vehículo. El chófer se bajó y les abrió la puerta de atrás.

La camarera se volvió hacia Caleb.

–Gracias –le dijo.

–De nada.

–Ni siquiera sé cómo te llamas.

Sintió la tentación de decirle que ya se lo había dicho antes, pero le quedó claro que ella no lo recordaba.

–Me llamo Caleb. ¿Y tú?

–Sage.

Pensó que el nombre le iba bien. Sage significaba «salvia» en inglés, una planta que crecía por todo el rancho familiar. Era fuerte y duradera. Y muy bella, como ella. Le costaba creer que no le hubiera parecido nada fuera de lo común. En esos momentos, a pesar de su

palidez y de las manchas de rímel bajo sus ojos, le parecía preciosa.
–Bueno, gracias por… –comenzó ella–. ¡Oh!
–¿Qué pasa?
–¿Cuánto me va a costar la limusina? –le preguntó mientras se llevaba la mano a una muñequera de lentejuelas que parecía ser además un monedero–. Siempre llevo el dinero y las llaves encima. Nadie se fía de las taquillas del club. Pero no creo que sea suficiente para pagar…
–¿Por qué iba a dejar que pagaras tú?
–Bueno, no puedo dejar que…
–No te preocupes, iba a usar este coche de todos modos –mintió él para que se quedara tranquila–. Llevarte no será más que un pequeño desvío.
–¿Vas a acompañarme? –preguntó atónita–. No, no hace falta…
Caleb asintió con la cabeza.
–Te acompañaré hasta la puerta para poder asegurarme de que estás bien y me iré.
Ella se mordió el labio inferior. Casi podía oír lo que estaba pensando. No le extrañaba que desconfiara de él después de lo que le acababa de pasar.
–Puedes confiar en mí, te lo prometo –le dijo él con solemnidad.
–Bueno, gracias de nuevo –repuso ella entrando en la limusina.
Se giró hacia él nada más sentarse.
–Pero debo decirte que vivo en Brooklyn –agregó Sage.
Se lo dijo como si le hablara de Alaska o Mongolia.
–No pasa nada –repuso con seriedad–. Tengo todas mis vacunas al día.
Sage lo miró fijamente durante un par de segundos. Luego se echó a reír. Era un sonido algo tembloroso, pero le gustó oírlo.
–Eres un buen hombre –le dijo en voz baja.
Le sorprendieron sus palabras. Él, que había sido espía y que en la actualidad se dedicaba a trabajar como abogado. Estaba acostumbrado a que lo llamaran inteligente, brillante, despiadado… Pero nadie le había dicho nunca que era un buen hombre.
–Gracias –le dijo con sinceridad.
–De nada.
Se sonrieron durante unos segundos.
–No quiero… no quiero ni pensar en lo que habría pasado si no hubieras…
–Entonces, no lo hagas –la interrumpió él–. No pienses en ello. Ni siquiera vamos a hablar del tema, ¿de acuerdo? –agregó ofreciéndole la mano para sellar el trato.
Sage miró su mano y, lentamente, la aceptó con dedos temblorosos.

Sage no podía dejar de mirar de reojo al hombre que la había rescatado esa noche. Era alto y muy musculoso y fuerte.

Ella también era alta y llevaba zapatos de tacón de aguja. Aun así, había tenido que echar la cabeza hacia atrás mientras esperaban la limusina para mirarlo a la cara.

Y qué cara tenía… Era muy guapo. Pero no tenía uno de esos rostros aniñados que tenían demasiados hombres en esa ciudad, la suya era una belleza muy masculina.

Era grande, valiente y fuerte.

Y la había rescatado cuando nadie más lo había intentado. Muchos habían visto lo que había sucedido, pero nadie había hecho nada. Había peleado con todas sus fuerzas para librarse de él, pero la gente los había mirado como si solo estuvieran jugando.

Recordó que alguien llegó incluso a abrir la puerta del almacén. Al verlos, se echó a reír y se disculpó por la intromisión.

No quería ni pensar en lo que habría pasado si el desconocido que tenía en esos momentos a su lado no hubiera aparecido para rescatarla.

–¿Sage?

Parpadeó al oír su nombre y lo miró con el ceño fruncido.

–Tu dirección –añadió Caleb.

Dudó durante un instante, pero Caleb puso su mano encima de la de ella y la miró a los ojos.

–Te prometo que puedes confiar en mí –le dijo.

Había sufrido demasiado en esa vida para confiar fácilmente en la gente, pero no pudo evitar sonreír al escuchar la promesa de ese hombre al que tanto le debía. Decidió que podía hacerlo.

Capítulo 2

Encontraron bastante tráfico mientras cruzaban Manhattan, pero aflojó mucho después de pasar el puente de Brooklyn. La limusina se movía rápidamente por las oscuras calles de ese barrio.

Sage estaba haciendo casi todo el trayecto en silencio, acurrucada en un extremo del gran asiento de piel negra y con la vista perdida en la ventanilla. Solo podía ver de ella la parte de atrás de su cabeza y lo rígidos que parecían sus hombros bajo su chaqueta.

También podía ver sus piernas, sus largas piernas. No se podía creer que estuviera pensando en algo así después de lo que le había pasado a Sage, pero no podía evitarlo.

Y tampoco sabía cómo ayudarla, se sentía impotente.

Sage no había querido que llamara a la policía y lo entendía, pero tenía la certeza de que necesitaría algo en esos momentos. Quizás una taza de té, una copa de coñac, alguien con quien hablar o alguien que la abrazara. Había dejado que la sostuviera entre sus brazos, pero solo durante unos segundos.

Después de todo, Sage no lo conocía de nada y era un hombre. Pensaba que lo último que querría era estar entre sus brazos. Pero su primer instinto era acercarse a ella, atraerla contra su torso, acariciarle el pelo y decirle que estaba a salvo.

Le pareció que estaba demasiado callada y demasiado encerrada en sí misma. Había conseguido arrancarle una sonrisa, pero no había vuelto a abrir la boca desde que le dio al chófer su dirección.

Y no sabía cómo conseguir que se distrajera, que hablara con él. No podía comentar el tiempo, no le parecía adecuado. Además, dudaba de que estuviera de humor para hablar de nada.

Y a él le pasaba lo mismo.

Apretó con fuerza los dientes. Seguía furioso y lamentó no haberle dado un par de puñetazos más al sinvergüenza que se había atrevido a agredirla, pero había estado deseando librarse de él cuanto antes para poder atenderla a ella.

Soltó poco a poco el aire que había estado conteniendo y la miró de nuevo. Estaba sentada sobre sus piernas en el asiento del coche y seguía temblando.

Se inclinó hacia delante.

–¿Podría apagar el aire acondicionado, por favor? –le pidió al chófer.

Sage se volvió rápidamente hacia él.

–No, por favor. No lo hagas por mí.

–No, no. Soy yo el que está helado –contestó él forzando su acento–. No sé cómo no os congeláis en el norte. Tenéis mucha resistencia al frío. Yo, en cambio, solo soy un pobre texano completamente congelado por culpa de los aires acondicionados.

La táctica no funcionó. Sage se limitó a asentir con la cabeza y volverse para seguir mirando por la ventanilla.

Caleb le dio un par de minutos. Después, lo intentó de nuevo.

–Entonces, ya estamos en Brooklyn, ¿no?

Era una pregunta estúpida que se merecía una respuesta estúpida, pero esa joven era demasiado educada para eso.

–Sí.

–¿En qué parte vives?

–En una zona que se llama East New York.

–Un nombre interesante.

Su tonto comentario logró que Sage sonriera durante un segundo.

–Bueno, es un barrio muy interesante.

–¿A qué te refieres?

–¿Habías estado alguna vez en Brooklyn? –le preguntó ella.

–Bueno, hace siete u ocho años estuve en una fiesta en Park Slope. ¿Cuenta eso?

Sage le dedicó otra breve sonrisa.

–No, lo siento. Park Slope es una zona muy exclusiva dentro de Brooklyn. Está llena de abogados y contables.

–Tiene gracia, porque esa fiesta fue en la casa de un amigo mío. Él es abogado y su mujer, contable.

–No me digas que tú también eres contable.

–No, no lo soy –repuso él sonriendo–. Soy abogado.

–¿En serio? Nunca me habría imaginado que lo fueras.

–¿Por qué no?

Sage se quedó pensativa. No sabía por qué, pero nunca se habría imaginado que pudiera ser abogado. Tenía la idea de que todos eran personas frías y lógicas, pero ese hombre había actuado por puro instinto y la había protegido. Odiaba la violencia, pero le había encantado ver cómo atacaba al tipo de la discoteca que había estado a punto de violarla.

Su comportamiento le había parecido puramente masculino. Duro sin dejar de ser tierno. Creía que era la combinación más sexy que se podía encontrar en un hombre.

Aunque ella no sabía mucho de hombres. Solo conocía bien a David, a quien adoraba, pero era imposible imaginárselo cuidando de ella y protegiéndola como lo había hecho Caleb.

Estaba casi segura de que era el hombre con el que había tenido un

encontronazo en la planta superior del club. Pero, a la hora de la verdad, había sido el único hombre que había sido capaz de ver más allá de su horrible uniforme y el único que había acudido en su ayuda.

Y, en esos momentos, estaba tratando de conseguir que se relajara. Sabía que por eso estaba hablando con ella y haciéndole preguntas. Le agradecía el esfuerzo, pero lo único que quería era acurrucarse contra la puerta del coche y fingir que no estaba allí, sino en algún otro sitio. Era algo que había hecho a menudo de pequeña.

Pero sabía que Caleb no le iba a dejar que lo hiciera y suponía que era mejor así, que era preferible aceptar lo que había pasado. Esconderse no le había funcionado de niña y tampoco le estaba sirviendo de nada en ese momento.

–Sigo esperando a que me digas por qué no pensabas que pudiera ser abogado –le dijo Caleb de repente.

Lo miró sorprendida. Había estado ensimismada en sus pensamientos.

Caleb le estaba sonriendo y tenía una sonrisa maravillosa. Era tan guapo que el corazón comenzó a latirle un poco más rápido.

–Supongo que fue por ese gancho de derecha tuyo –repuso ella–. No me imaginaba que un abogado pudiera golpear así.

–Bueno, gracias –le dijo Caleb riéndose–. Supongo que es un cumplido.

Caleb se sintió satisfecho al ver que Sage sonreía, pero no tardó en quedarse de nuevo en silencio. Creía que le convenía hablar. Vio que sujetaba con fuerza la chaqueta que él le había dejado, no había conseguido relajarse del todo.

«Di algo, Wilde», pensó mientras se aclaraba la garganta.

–Entonces, si Park Slope es un barrio exclusivo, ¿cómo es el tuyo?

Pero la limusina desaceleró en ese instante y el chófer aparcó a un lado de la calle.

–Ya hemos llegado, señor –le dijo el conductor.

Caleb miró por la ventanilla. Se fijó en los edificios que había a ambos lados de la calle y miró después a Sage.

–¿Es aquí donde vives?

Se dio cuenta nada más decirlo de que había usado el tono equivocado. Notó que Sage se tensaba, parecía haber conseguido ofenderla.

Pero su intención había sido acompañarla para asegurarse de que estaba a salvo en su casa y, después de ver ese barrio, temía dejarla allí sola.

Los edificios eran todos similares y se encontraban en muy mal estado. Algunas ventanas estaban tapiadas y otras protegidas con rejas de hierro.

Era una calle larga, estrecha y oscura en una zona muy deteriorada

de la ciudad. No había nadie en la calle.

–Gracias –le dijo Sage entonces.

Se volvió hacia ella. El chófer se había bajado del coche para abrirle la puerta y ella estaba a punto de salir de la limusina.

–Espera un minuto –le pidió él.

–Has sido muy amable, Caleb, pero…

–¡Espera! –exclamó agarrándole el brazo para detenerla.

Sage trató de apartarse de él y se dio cuenta de que había conseguido asustarla. La soltó enseguida.

–Lo que quería decir era si estás segura de que esta es la dirección correcta –le dijo él.

Sage lo miró desafiante.

–Claro que estoy segura, es donde vivo.

No sabía cómo decirle que parecía una zona muy peligrosa, pero estaba seguro de que ella ya lo sabría.

–No es como Park Slope –susurró ella con una leve sonrisa.

–No –repuso él sin rodeos–. Desde luego que no.

Sage dejó de sonreír.

–¿Qué quieres? ¿Que me disculpe por el sitio donde vivo?

–No. Por supuesto que no. Pero es que… –comenzó él–. ¿Dónde está el metro?

–¿Por qué?

–Estoy tratando de imaginarme cómo vienes hasta aquí cada noche.

–Tengo a alguien que me acompaña desde el metro todas las noches.

–¿Ella también trabaja en el club? –le preguntó él.

–No, pero nuestros horarios de trabajo son similares.

–Bueno, de nada te habría servido esta noche.

Sabía que Caleb tenía razón. Su situación era complicada.

Se había dado cuenta de que Caleb había dado por supuesto que se trataba de una amiga, cuando en realidad era su amigo David el que la acompañaba. Pero no estaba de humor para seguir hablando de lo que había pasado ni para darle más explicaciones de las necesarias.

–Reconozco que no es el mejor barrio de Nueva York. Gracias a ti, hoy no he tenido que venir en metro –le dijo ella–. Así que gracias de nuevo. Toma tu chaqueta y…

–No, no te la quites aún. Espera a dármela cuando lleguemos a tu puerta.

–No es necesario.

–No me lleves la contraria, por favor. Voy a acompañarte te pongas como te pongas.

–¿Siempre consigues lo que quieres?

–Lo hago cuando algo de verdad me importa –contestó Caleb después de pensárselo un rato.

Sage suspiró. Se dio cuenta de que no le iba a servir de nada insistir. Caleb le tendió la mano y, después de unos segundos, ella la aceptó.

Su mano era cálida y fuerte. Tuvo que controlarse para no entrelazar sus dedos con los de él.

La verdad era que se sentía mucho más tranquila a su lado. Durante los últimos meses, había habido en el barrio varios ataques a mujeres que vivían solas.

Aunque ella no vivía sola.

–Gracias de nuevo –le dijo mientras subían los escalones de la entrada.

–No hay de qué. Me alegra poder ayudarte –respondió Caleb cuando llegaron al portal–. ¿No vas a sacar las llaves?

–No, la cerradura está rota –le explicó ella encogiéndose de hombros como si no fuera importante.

Vio que Caleb abría la boca para decir algo, pero no lo hizo. Se limitó a asentir con la cabeza.

Pero oyó que maldecía entre dientes cuando abrió la puerta.

Lo entendía perfectamente. A ella le pasaba lo mismo cada vez que entraba en el oscuro y sucio portal. Olía a cerveza, a marihuana y a orina. Todas las puertas estaban en mal estado, igual que las paredes y la escalera.

Quería decir algo, pero no se le ocurrió nada.

–Bueno –le dijo ella alegremente–. Ya estoy en casa.

Caleb la miró como si estuviera loca.

–Mi piso está en la cuarta planta.

–¿Qué demonios haces en un lugar como este? –le dijo Caleb por fin.

Pensó en media docena de respuestas a esa pregunta, pero eran demasiado personales.

–Vivo aquí –le contestó con toda la dignidad que pudo reunir mientras iba hacia la escalera.

No llegó muy lejos antes de que Caleb la agarrara por los hombros y la hiciera girar hacia él.

–¡Maldita sea, Sage! –le dijo bruscamente–. Deja de fingir que eres una chica muy dura. Recuerda que vi lo asustada que estabas cuando ese tipejo te atacó. Podría pasarte cualquier cosa en un sitio como este.

–Bueno, nunca me ha pasado nada.

–¿En serio? ¿Y lo que te pasó esta noche? Trabajas en un lugar peligroso y vives en un lugar peligroso.

–Hago lo que puedo para ganarme la vida –le dijo ella.

–¿No tienes a nadie que te pueda ayudar?

–Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma sin la ayuda de nadie.

–Sí, claro. Ya lo veo –repuso Caleb con sarcasmo.
Se abrió una de las puertas que había en esa planta y salieron dos hombres. Eran grandes y tenían los cuerpos llenos de tatuajes carcelarios. No era la primera vez que los veía.
Tenía que aguantar sus comentarios cada vez que se cruzaba con ellos. Les tenía mucho miedo.
–Vaya… –les dijo uno de ellos–. ¿Hemos interrumpido una fiesta?
El otro sonrió y vio que tenía dos dientes de oro.
–Parece que va a ser muy divertida.
–Ya lo veo –añadió el primero–. ¿Crees que querrán compañía?
Notó que las manos de Caleb aferraban con más fuerza sus hombros.
–Caleb –murmuró–. No…
–¡Caleb, no! –se burló de ella uno de los hombres.
Contuvo el aliento, temía que Caleb también quisiera pelearse con ellos.
Se apartó de él, agarró su mano y tiró con fuerza hacia la escalera.
–Caleb, ¿vienes o no?
–Sí, eso. ¿Vas con ella o no? Porque si tú no quieres…
Caleb trató de impedir que ella lo arrastrara hasta la escalera, pero usó toda su fuerza para obligarlo a subir.
–¿Qué haces? No voy a salir corriendo de esos tipejos –le dijo Caleb.
–Son dos y tú solo eres uno.
Caleb se echó a reír. Pensó que quizás hubiera podido con ellos, pero no podía dejar que corriera ese riesgo por ella. Ya había hecho más que suficiente protegiéndola esa noche en el club.
–A lo mejor puedes con los dos. Pero ¿qué pasa si te equivocas? –insistió ella–. ¿Qué me pasaría a mí entonces?
Caleb se quedó mirándola.
Oyeron la puerta del portal y por fin pudo respirar aliviada al ver que se habían ido esos dos hombres.
Caleb maldijo entre dientes al verla de nuevo asustada y la abrazó contra su torso. Podía sentir los latidos de su corazón y lo fuerte que era su cuerpo.
–Ya ha pasado. Estás bien –le dijo en voz baja.
Ella asintió con la cabeza. Estaba bien. Entre sus brazos estaba muy bien. No quería ni pensar en lo que habría pasado si él no hubiera estado allí. Angustiada, lo abrazó con más fuerza. Estuvieron así durante un buen rato. Después, se apartó de él.
–No… no sé qué decir.
–No tienes que decir nada –repuso Caleb.
–Te daría las gracias, pero lo he tenido que hacer ya tantas veces hoy…
Caleb se inclinó hacia ella y le dio el más ligero de los besos en la boca. No había nada sexual en ese gesto. Sabía que lo había hecho

para tranquilizarla, y lo consiguió. Pero no pudo evitar pensar en cómo sería que él la besara de manera diferente, de manera apasionada.

–¿Sage, estás bien? –le preguntó Caleb de repente.

–Sí –repuso ella casi sin aliento–. Estoy bien.

–Estupendo –le dijo Caleb–. Tres plantas más y podrás librarte de mí.

Cuando llegaron a la cuarta planta, fueron hasta la puerta de su piso.

–Aquí es –le dijo ella.

–Para esta puerta sí tienes llaves, ¿verdad? –le preguntó Caleb levantando una ceja.

Asintió con la cabeza mientras le daba las llaves a Caleb. Sus manos se rozaron y ella no pudo evitar contener el aliento.

Vio que la miraba con los ojos entrecerrados.

–¿Qué pasa?

Sage negó con la cabeza. No podía decirle la verdad. En cuanto entrara por esa puerta, se quedaría sola y, a pesar del acuerdo al que habían llegado cuando le dijo que no iba a pensar en lo que le había sucedido en el club, sabía que no iba a poder quitárselo de la cabeza en toda la noche.

–Tienes miedo –adivinó Caleb.

–No –repuso rápidamente–. Estoy bien.

–No te creo, Sage. Y lo entiendo.

–De verdad, Caleb. Estoy bien.

Él no dijo nada más. Abrió la puerta.

Durante sus años trabajando para la agencia de inteligencia, Caleb había aprendido a entrar con mil ojos en los sitios que pudieran ser peligrosos. Estaban en Estados Unidos, no en Irak o Pakistán, pero decidió que era mejor ser cauto después de lo que le había pasado a Sage en el club y luego, otra vez, en la planta baja de su edificio. Podía sentir cómo fluía la adrenalina por su cuerpo.

–Hogar, dulce hogar –le dijo Sage con una risita nerviosa.

Se podía ver todo el piso desde la puerta y no había nada de dulce en ese hogar. Era diminuto. Solo tenía un dormitorio, un baño y una cocina minúscula. Los muebles eran viejos, pero todo estaba muy limpio y ordenado.

–Quédate aquí –le pidió a Sage.

Fue de una habitación a otra y volvió después a por ella.

–Todo está en orden –le dijo.

Sabía que era el momento de despedirse, pero le costaba hacerlo. Así que, cuando Sage le ofreció un café, aceptó enseguida su invitación.

Y se dio cuenta de que también ella quería que se quedara.

–La verdad es que no creo que pueda irme aún a la cama –le dijo ella cerrando la puerta y corriendo los cerrojos–. No podría dormir.

Tomó su delicada barbilla para levantarle la cara hacia él.

–Ya estás a salvo –le recordó él en voz baja.

–Lo sé –repuso sonriendo–. Creo que es uno de los problemas de ser actriz. Tengo una gran imaginación.

–¿Eso es lo que eres? ¿Actriz?

–Sí, por eso trabajo por las noches en el club. Así tengo todo el día libre para ir a pruebas.

–¿Has salido en algo que pueda haber visto? –le preguntó él.

–Bueno, salí en un anuncio de agua Perrier. Pero tienes que fijarte mucho para verme, soy la cuarta en la fila frente al cajero de un supermercado.

–La cuarta en la fila –repitió él sonriendo–. Muy bien.

–Quería el papel de segunda en la fila, que tenía algo de diálogo, pero el director se lo dio a otra actriz.

–Peor para él.

Le encantó ver que Sage sonreía.

–Cuando consiga mi primer Oscar, hablaré de ese anuncio cuando dé las gracias a todo el mundo.

Los dos se echaron a reír, pero no duró mucho y se quedaron en silencio y mirándose a los ojos. Sintió que el tiempo se detenía.

Eran muy conscientes el uno del otro. Creía que a ella le estaba pasando lo mismo que a él.

Dio un paso atrás y también lo hizo ella.

–El café ya casi está listo –le dijo Sage–. Dame solo un minuto para cambiarme, ¿de acuerdo?

–Por supuesto, yo…

Pero no sabía qué decir ni qué iba a hacer mientras la esperaba. Temía estar a punto de hacer algo de lo que iba a arrepentirse después.

Sage salió de la salita y pensó que así tendría tiempo para tranquilizarse un poco y no pensar en qué se estaba poniendo ella.

No podía dejar de imaginársela con poca ropa y eso no estaba consiguiendo que se calmara, todo lo contrario. Trató de recordar que solo estaba allí para que Sage se sintiera segura, que no había nada sexual entre ellos dos.

Y Sage se lo confirmó cuando reapareció en la salita con una sudadera y unas mallas de yoga. Se había quitado el maquillaje y soltado el pelo. Le parecía increíble, pero estaba aún más bella así. Sin ningún tipo de artificio.

Se dio cuenta de que Sage le estaba hablando y vio que le entregaba la chaqueta del traje.

–Como te decía, creo que se ha arrugado bastante –le dijo ella–. Lo

siento.

–No te preocupes –repuso él tomando la chaqueta y dejándola sobre el respaldo de una vieja silla–. Bueno… ¿Te importa que use el lavabo? Me gustaría refrescarme un poco.

No entendía lo que le estaba pasando, no parecía capaz de decir nada coherente esa noche.

–Claro, por supuesto. Yo terminaré mientras tanto de preparar el café. ¿Crees que el chófer querrá una taza? Podría bajársela y…

–No, tiene un termo. Los conductores de esa empresa siempre llevan uno en el coche.

A Caleb le parecía increíble que, después de todo lo que le había pasado esa noche, aún pudiera pensar en las necesidades de otras personas.

–Pero le diré que querías bajarle un café, seguro que le encantará oírlo –le dijo él.

Fue al pequeño cuarto de baño y se echó agua fría en la cara.

Tenía que tranquilizarse. Sage era una mujer muy bella. Vivía en un barrio peligroso y tenía un trabajo muy duro, pero no la conocía de nada. No era su protector ni su tutor. Recordó que tampoco estaba allí para acostarse con ella. No le había parecido el tipo de mujer dada a esa clase de aventuras de una noche.

–Una taza de café y me voy –se dijo mientras se miraba en el espejo.

Abrió la puerta, fue a la cocina y se tomó un café con ella.

Los dos sabían que había llegado el momento de despedirse.

–Excelente café –le dijo con una sonrisa.

–Muelo los granos yo misma –repuso Sage sonriendo también.

–Bueno… –comenzó él unos minutos después.

Se levantaron de la mesa y caminaron hasta la puerta. Vio entonces que la puerta no era demasiado fuerte. Era de madera, pero estaba hueca y no tenía mirilla. Había una cadena, pero seguía siendo una puerta bastante endeble.

–Se te olvida algo –le dijo Sage llevándole la chaqueta.

–Gracias –respondió él–. ¿Vas a estar bien?

–Sí, claro –repuso ella con demasiada rapidez.

–¿Por qué no llamas a una amiga? No deberías pasar la noche sola.

–No, de verdad, estaré bien.

Caleb se fijó en el sofá. Era muy feo y pequeño, pero tenía un gran cojín en un extremo y una manta sobre el respaldo.

–Parece cómodo –comentó.

Vio que Sage se sonrojaba y no entendió por qué. A lo mejor porque había sabido incluso antes que él lo que iba a decirle.

–Me quedo –le dijo–. Dormiré en ese sofá.

–No, de verdad…

Pero no dejó que le quitara la idea de la cabeza. Sin pensárselo dos

veces, sacó su móvil y avisó al chófer para que se fuera.

–Ya te dije antes que, cuando quiero algo, siempre me salgo con la mía –le dijo Caleb después de colgar el teléfono–. Tengo buenos contactos. Mañana haré algunas llamadas a ver si podemos encontrarte un piso en otra zona y un trabajo más seguro.

–Pero, Caleb…

Él levantó la mano y le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

–Tienes que saber algo de mí –le dijo en voz baja–. Puedo ser tan terco como una mula.

Recorrió su cara con los ojos y se detuvo en su boca. Deseaba besarla, pero no iba a hacerlo. Iba a pasar allí la noche para protegerla, no porque la deseara.

Bueno, en realidad, sí la deseaba, no podía engañarse a sí mismo. La deseaba más de lo que había deseado a nadie, pero no iba a aprovecharse de la situación.

Aun así, se le pasó por la cabeza la idea de besarla. Solo una vez…

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

–Vete a la cama –le dijo con cierta brusquedad–. Descansa un poco. Ya hablaremos mañana.

Ella no le llevó la contraria y se preguntó si a Sage le estaría pasando lo mismo, si estaría teniendo el mismo tipo de pensamientos. Pero no podía correr el riesgo de tratar de averiguarlo.

Se quedó mirándola mientras iba a su dormitorio y cerraba la puerta tras ella.

Después, se sentó en el sofá, se quitó los zapatos y se tumbó. Había pensado que no iba a poder dormir, pero lo consiguió.

Algún tiempo después, un sonido lo despertó de repente.

Abrió los ojos y vio que había sido Sage. Estaba de pie y lo miraba desde la puerta de su habitación.

Capítulo 3

La luz de las farolas se colaba por la ventana e iluminaba suavemente a Sage.

Llevaba la misma ropa que se había puesto al llegar a casa. Tenía su pelo rubio algo revuelto y estaba descalza. Tenía un aspecto tan dulce y deseable que le entraron ganas de ir hacia ella y abrazarla, pero no lo hizo.

Ella lo miraba como si estuviera tratando de decidir qué hacer. Se mantuvo tan inmóvil como lo estaba ella, aunque todo su cuerpo estaba en alerta. Tenía el pulso acelerado y también sus pensamientos estaban muy agitados.

Se preguntó si estaría pensando en acercarse a él e inclinarse sobre el sofá para besarlo. O quizás estuviera simplemente allí porque no podía dormir.

Esperó pacientemente. Un par de minutos después, Sage dejó de mirarlo para ir a la cocina. Soltó entonces todo el aire que había estado conteniendo.

Se sentía decepcionado, pero, por otro lado, no estaba allí para acostarse con ella. Se había quedado para protegerla. La deseaba, pero no era el momento.

Sage le había dado su confianza y tenía que honrar esa confianza que había depositado en él.

Todos los hermanos Wilde se regían por ese estricto código de honor que les había inculcado su padre. El general había estado demasiado ocupado construyendo una importante carrera militar y política, pero al menos había logrado transmitirles unos buenos valores éticos.

Vio que se encendía la luz de la cocina y oyó que abría el frigorífico. Supuso que se estaría sirviendo un vaso de agua o de leche. Sage estaba haciendo un gran esfuerzo para no hacer ruido, pero no podía evitar estar pendiente de ella.

Se le pasó por la cabeza ir a la cocina para ver si estaba bien o si necesitaba algo.

Quizás lo necesitara a él.

Tuvo que controlarse para no gemir. Sabía que debía cerrar los ojos y hacerse el dormido.

Eso habría sido lo más inteligente, lo lógico. Pero esa noche no se estaba comportando con lógica. Después de todo, estaba pasando la

noche en el sofá del piso de una mujer a la que apenas conocía.
Se sentó y se pasó las manos por el pelo. Después se levantó y fue a la cocina. No trató de ser silencioso, lo último que quería era asustarla, pero estaba descalzo y se dio cuenta de que Sage no lo había oído.
Se detuvo en la puerta. Estaba de espaldas a él y con una botella de leche en la mano. Sus suaves rizos le caían sobre los hombros. Sintió un anhelo que apenas pudo controlar al verla allí. Sabía que debía volver al sofá, irse de allí antes de que lo viera, pero no lo hizo.
–¿Sage?
Ella se dio la vuelta y se le cayó el vaso de la mano. El cristal se rompió en mil pedazos.
No había querido sorprenderla y había fracasado estrepitosamente.
–Sage, cariño –le dijo acercándose a ella–. Tranquila, soy yo.
–¡Dios mío, Caleb! Pensé que… No sé qué pensé.
Vio que estaba temblando. Su rostro estaba tan blanco como la leche.
–No te muevas o te cortarás –le advirtió él.
Pero se dio cuenta de que era demasiado tarde. Un hilillo de sangre se unió a la leche en el suelo de la cocina. Extendió los brazos hacia ella.
–Vamos –le dijo–. Vamos a sacarte de aquí.
Sage dudó un momento. Después, se inclinó hacia él, le echó los brazos al cuello y él la levantó sin apenas esfuerzo.
Se quedó sin aliento al sentirla entre sus brazos. Era tan cálida y suave… Y olía a frescor y a flores, como una tarde de primavera. Podía sentir su aliento en el cuello y el cabello contra su cara. Podía sentir también sus pechos, su vientre, toda ella apretada contra él.
Ansiaba tenerla aún más cerca, acariciar su espalda y besarla…
No podía seguir así. Cada vez estaba peor.
Se dio cuenta de que tenía que controlar sus pensamientos y su deseo. La llevó rápidamente al cuarto de baño sin dejar de hablarle por el camino. Estaba demasiado nervioso.
–Muy bien, vamos a ver ese corte –le dijo mientras encendía la luz y la dejaba en el inodoro.
–No es nada.
–Me imagino que no, pero prefiero asegurarme –contestó acuclillándose frente a ella y tomando su pie entre las manos.
Tenía un pie pequeño y delicado. No sentía debilidad por los pies, solo por las mujeres, pero quería llevarse ese pie a los labios y besar su empeine. Una oleada de deseo lo recorrió. Rápidamente, se puso en pie. Abrió el grifo del lavabo y miró a su alrededor.
–Vamos a ver. Tenemos jabón y agua. Todo lo que necesito ahora es una toalla y una venda.

Vio que Sage lo miraba con atención. Pero su expresión era indescifrable. Sabía cómo cambiar eso. Le bastaría con inclinarse y besar esa boca mientras acariciaba su sedoso pelo…

–Caleb… –comenzó ella con una voz tan suave que hizo que se estremeciera.

–Lo sé. Mis habilidades médicas son limitadas, pero…

–Caleb, mi pie está bien. De verdad. Ya no sangra y seguro que el corte es muy pequeño.

Vio que tenía razón, ya no sangraba. Se preguntó qué haría Sage si él se inclinaba para besarle la herida.

Enfadado consigo mismo, se apartó de ella. Si seguía así, su cuerpo no iba a tardar en reaccionar y entonces no iba a poder ocultar cuánto la deseaba. Respiró profundamente para calmarse. Pensó en ríos de agua muy fría, en gélidos lagos y arroyos.

–¿Dónde tienes las toallas?

–Pero, Caleb…

Sage debió de darse cuenta de que no iba a convencerlo porque al final suspiró y le dijo dónde las guardaba. Tomó una muy pequeña y la empapó con el agua del grifo.

–Perfecto –le dijo poniéndose en cuclillas frente a ella y levantando su pie de nuevo.

–Veo que tenías razón –repuso Sage sonriendo–. Puedes ser muy terco.

–Ya te lo dije –contestó él con otra sonrisa.

Sage observó a Caleb mientras le limpiaba el corte que se había hecho en el pie. Sus manos eran grandes. No eran las manos de un hombre que se ganara la vida en los despachos, sino unas manos fuertes y masculinas. No pudo evitar preguntarse cómo sería sentirlas en su piel.

Una oleada de calor se extendió por todo su cuerpo. No entendía lo que le estaba pasando. No había podido conciliar el sueño por culpa de ese hombre, ese desconocido.

Sabía que era ridículo, tenía que calmarse.

–¡Menudo desastre he formado en la cocina! –le dijo ella para hablar de algo.

–Es culpa mía, te asusté.

–No era mi intención despertarte, pero no podía dormir.

–¿Estabas teniendo pesadillas?

–No, es que no podía dormir. Eso es todo.

–Yo tampoco.

–No me extraña. Ese sofá no es muy cómodo.

Caleb la miró de nuevo.

–No tenía nada que ver con el sofá –le dijo en voz baja.

Lo miró fijamente y no pudo evitar sonrojarse. Sabía lo que le

estaba diciendo, le estaba confesando que no había podido dormir por su culpa, porque había estado pensando en ella.

Se preguntó cómo reaccionaría Caleb si le dijera que a ella le había pasado lo mismo.

Se miraron a los ojos durante unos segundos. Después, él se levantó deprisa.

–Ya casi he terminado –le dijo con brusquedad–. Voy a secar el corte y ponerte una tirita.

–No necesito una tirita.

–Sí, la necesitas. ¿Las tienes en el botiquín?

Sage suspiró. Empezaba a ver que no tenía sentido discutir con él. Era un hombre muy decidido y le pareció una cualidad admirable, sobre todo cuando parecía tan empeñado en cuidar de ella.

Nadie había hecho nada así por ella.

Bueno, a veces lo hacía David, pero no era lo mismo.

Caleb le hacía sentirse segura y protegida. Sabía que era absurdo, apenas lo conocía. Pero eso era lo que sentía con él a su lado.

Lo observó mientras sacaba el botiquín, buscaba una tirita y se ponía en cuclillas frente a ella.

Aunque era un hombre muy grande, la trataba con suma delicadeza. Le parecía increíble que fuera el mismo hombre que había tirado al suelo a su atacante con un par de puñetazos.

Le sorprendía que estuviera tan concentrado en una herida sin importancia y se preguntó si siempre sería así, si les dedicaría la misma atención a las mujeres en su cama. Apenas pudo ahogar un gemido al pensar en ello y Caleb levantó la vista hacia ella.

–¿Te estoy haciendo daño?

–No –repuso ella rápidamente.

No entendía lo que le estaba pasando ni cómo ese hombre había conseguido poner todo su mundo patas arriba en tan poco tiempo.

Anhelaba tocarlo, extender hacia él la mano y acariciarle el pelo. Lo llevaba corto y era muy oscuro, casi negro. También deseaba tocar su cara, pasar un dedo sobre sus marcados pómulos, esa nariz fuerte y esa boca tan sensual.

Quería mirarlo directamente a los ojos y comprobar si eran azules o negros. Y esas pestañas… eran oscuras y largas.

El calor la recorrió de nuevo. No comprendía por qué le estaba afectando tanto su presencia ni por qué estaba fantaseando con él de esa forma.

–No lo hagas –le susurró Caleb de repente.

Sintió que se le aceleraba el pulso.

–¿No me has oído? No lo hagas, no me mires así –insistió Caleb.

Sabía lo que quería decir. Cada vez había más tensión en ese pequeño cuarto de baño. Caleb le estaba lanzando una advertencia

con sus palabras, una oportunidad para dar un paso atrás.

Podía mentirle y decirle que no sabía de lo que le estaba hablando, pero no quería hacerlo.

–¿Cómo te estoy mirando? –le preguntó con sinceridad.

Caleb hizo un sonido con la garganta que era casi un gemido de desesperación.

–Sage, ¿sabes lo que estás haciendo?

–No –susurró ella–. Pero sé lo que quiero.

Le pareció que sus ojos se hacían aún más negros mientras lo observaba. Se pusieron de pie, fueron el uno hacia el otro y Caleb la besó.

Fue un beso completamente distinto al primero. No tenía nada de dulce y todo de deseo, hambre y desesperación. Separó los labios y sus lenguas se unieron. Respondió con la misma pasión que le mostraba Caleb. No pensó en nada más. Estaba completamente segura de que eso era lo que quería, no tenía dudas.

Era increíble estar así con él. Rodeó su cuello con los brazos y Caleb la levantó del suelo, sujetándola contra él. Sintió la dureza de su torso contra los pechos y su poderosa erección contra el vientre. Era maravilloso.

Cuando Caleb dejó de besarla un segundo, hundió la cara en su cuello para seguir besándolo.

–Dios mío –susurró ella–. Dios mío, Caleb…

–¿Estás segura? –le preguntó él con la voz ronca.

–Sí. Sí, claro que sí.

Caleb la besó de nuevo y la llevó en brazos al dormitorio, dejándola de pie junto a la cama.

Sage se llevó las manos a la sudadera para quitársela, pero Caleb tomó sus manos para detenerla y se las besó con ternura.

–No, quiero desnudarte yo –le pidió Caleb.

Y así lo hizo. Le quitó la sudadera y la tiró al suelo. Se estremeció al sentir el frescor de la noche sobre sus pechos desnudos, pero no tardó en tener allí el calor de su boca. No pudo contener un grito de sorpresa ante una sensación tan increíble.

Trató de quitarle la camisa, pero Caleb no le dejó hacerlo.

–No, todavía no –susurró él.

Caleb tenía que verla desnuda antes de perder por completo el control.

Le quitó las mallas de yoga que llevaba y se deleitó contemplando sus caderas y sus largas piernas. Era exquisita, preciosa. Tenía unos pechos perfectos, una cintura estrecha y caderas exuberantes y muy femeninas. Pasó las manos por sus piernas largas y elegantes. Y entre ellas estaba ese cúmulo de rizos dorados que esperaban sus caricias.

–Sage, eres tan hermosa…

Ella le terminó de quitar la camisa sin dejar de mirarlo a los ojos. Era increíble ver tanto deseo en su mirada. Se dio cuenta de que también ella ardía por él.

Le encantó ver que Sage gemía de placer al verlo mientras le pasaba las manos por los brazos, por el musculoso torso y los abdominales.

Siempre había cuidado su físico y había hecho deporte, sobre todo durante sus años en la agencia de inteligencia. Y, cuando estaba en el rancho, aprovechaba para montar a caballo. Lo había hecho para mantenerse fuerte y quizás también por vanidad. Pero, en ese instante y de un modo inexplicable, le dio la impresión de que lo había hecho para ella, para una mujer a la que nunca habría pensado que iba a llegar a conocer o tener entre sus brazos.

Una mujer que tenía las manos en su cinturón y en su bragueta. Era demasiado…

Le apartó las manos y terminó de desvestirse él mismo, abrazándola de nuevo. Gimió al sentir por fin su piel contra la de él. Y su aroma… Olía a mujer, a jabón y a excitación.

La besó de nuevo y cayeron juntos sobre la cama. Las sábanas, las almohadas y la colcha eran blancas, el fondo perfecto para su piel dorada, para su cabello de oro, para su inocencia.

Pero poseía una inocencia que no tenía nada que ver con la virginidad, sino con una parte de ella muy dulce y auténtica.

Besó sus pechos y atrapó sus deliciosos pezones entre los labios. Fue increíble oír sus suaves gritos de placer mientras besaba todo su cuerpo, bajando hasta sus muslos, entre los que buscó y encontró su maravillosa dulzura.

Los gritos y gemidos de Sage se hicieron más rápidos e intensos y ella se aferró a su pelo cuando comenzó a besarla de la manera más íntima posible, jugando con la lengua y los labios hasta conseguir que llegara a un intenso orgasmo contra su boca.

Se dejó llevar por el exquisito placer de saborear su placer. Se incorporó después para inclinarse sobre su cuerpo y besar de nuevo su boca.

Sage gimió y levantó contra él las caderas, arqueando por completo la espalda.

No se cansaba de besarla. Se arrodilló entre sus muslos…

Y se quedó inmóvil, sin aliento. No se lo podía creer.

–¿Qué pasa? –le preguntó Sage preocupada.

No sabía si reírse o llorar.

–No tengo… no tengo preservativos, Sage. No tengo nada…

Pero ella colocó el dedo índice sobre sus labios.

–No pasa nada, Caleb. Estoy tomando la píldora.

Suspiró al oírlo. Eran las palabras más maravillosas que había oído en su vida.

–Estupendo –le dijo él en voz baja–. Perfecto. Es absolutamente per…

Pero no pudo terminar de hablar cuando ella se arqueó de nuevo hacia él y pudo deslizarse en su interior. Era maravillosa, tan cálida y húmeda…

–Sage… –susurró.

Ella gimió y le dijo algo que no pudo entender, algo incoherente. Sus ojos ya no lo miraban y no dejaba de sacudir la cabeza a uno y otro lado. Caleb comenzó a moverse entonces con más intensidad y más deprisa. Necesitaba estar más dentro de ella.

Había conocido a muchas mujeres, se había acostado con la mayoría. Había sabido lo que era el placer, la pasión y la magia, pero…

Pero nunca había vivido nada parecido. Nunca.

Sage estaba temblando y casi sollozando. Ella gritó su nombre y sintió que no le quedaba mucho para llegar de nuevo a lo más alto. Le bastó con verla así para sentir que su cuerpo estaba a punto de explotar. Sintió cómo se contraían los músculos de Sage a su alrededor. Poco después, ella echó la cabeza hacia atrás y alcanzaron el clímax a la vez.

Durmieron abrazados hasta que algo despertó a Caleb. Había sido un ruido. Al principio, no supo dónde estaba, pero la mujer que tenía a su lado suspiró y lo recordó todo. Revivió cómo la había conocido, cómo la había llevado de vuelta a su piso y por qué se había quedado a dormir allí con ella.

Y habían hecho el amor.

Sonrió, se inclinó hacia ella y le dio un suave beso en la frente.

Entraba algo de luz por la ventana y podía oír los sonidos de la calle. Supuso que eso era lo que lo había despertado.

Estaba acostumbrado al silencio de su ático de Dallas y a los sonidos del rancho de los Wilde.

No pudo evitar preguntarse si podría Sage llegar a acostumbrarse a esas mismas cosas.

Se quedó perplejo al darse cuenta de que estaba perdiendo la cabeza. No tenía ningún sentido pensar en algo así. Había llegado a la conclusión de que quería verla de nuevo, pero tendría que hacerlo cuando visitara Nueva York por motivos de trabajo.

A no ser que pudiera verla en Dallas, pero sabía que eso era una locura.

Decidió que lo que necesitaba era un poco de café. Se levantó sin hacer ruido, se puso los pantalones y fue descalzo a la cocina. Recordó entonces que no habían limpiado el vaso roto ni la leche derramada

en el suelo de la cocina. Pensaba limpiarlo, pero antes…

Le había prometido que intentaría encontrarle otro lugar para vivir y un trabajo. Se preguntó si le importaría tener esas cosas en Dallas en vez de en Nueva York.

Sacudió la cabeza, enfadado consigo mismo, cuando llegó a la conclusión de que sí iba a importarle. Aun así, pensó que no estaría de más hacer una llamada exploratoria. Fue a la salita y tomó su móvil, lo había dejado en la mesa de centro la noche anterior. Volvió a la cocina y marcó el número de su hermano Travis.

–Espero que sea importante –le dijo cuando contestó–. A lo mejor en Nueva York son las seis de la mañana, pero aquí, en el mundo real, son solo…

–¿Conoces a alguien relacionado con el teatro en Dallas? –le preguntó sin más Caleb.

Su hermano Travis se quedó en silencio.

–¿Qué ha pasado? ¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¿Qué voy a saber yo de teatro? Además, ¿por qué quieres saberlo?

–Pero estás con esa chica pelirroja, la actriz. ¿Alguna vez te ha hablado de trabajos disponibles para otros actores?

–Ya no estoy con ella –respondió Travis–. Y no era actriz, sino cantante. ¿Por qué me lo preguntas?

Caleb se dio cuenta de que era una buena pregunta.

Cerró la puerta de la cocina. Lo último que quería era que Sage lo oyera haciendo planes.

No entendía lo que le estaba pasando ni por qué había despertado a su hermano para hablar con él de teatro. Estaba pensando en pedirle a esa mujer a la que acababa de conocer, que se mudara a la ciudad donde vivía él.

El sexo había sido increíble, pero no había dormido lo suficiente. Pensó que esa pésima combinación era la que lo había llevado a perder de esa manera la cabeza.

–¿Caleb?

Travis parecía preocupado y no le extrañó.

–Sí, sigo aquí. Olvida mi llamada y lo que te he dicho…

Oyó de repente la cadena del inodoro. Esas paredes eran muy finas. Sage debía de estar despierta. Decidió que era mejor despedirse cuanto antes de su hermano y no…

–¿Quién demonios eres?

Caleb se dio la vuelta al oír la voz y se encontró con un hombre que lo miraba fijamente desde la puerta de la cocina. Le pareció que era un par de años más joven que él, pero también más pequeño.

Alguien se había colado en el piso mientras él hablaba con su hermano e iba a tener que sacarlo de allí estando aún medio dormido.

–Tranquilo –le dijo con calma–. Haz lo más inteligente y limítate a

salir por donde has entrado.
El intruso dio un paso hacia él.
–Te he hecho una pregunta. ¿Quién eres y qué estás haciendo en mi piso?
Caleb parpadeó.
–¿Qué dices? Este no es tu piso.
El hombre lo miró de arriba abajo con el ceño fruncido.
–¿Dónde está Sage? ¿Qué has hecho con ella? –le preguntó fuera de sí el desconocido.
–¿Conoces a Sage? –le preguntó Caleb–. ¿Y dices que vives…? ¿Que vives…?
–Voy a llamar a la policía.
–No, espera un minuto… –le pidió Caleb.
–¿David?
Era Sage. Entró en la cocina sin dejar de mirar a Caleb.
–No le hagas daño, Caleb –le dijo ella.
–¿Conoces a este tipo?
–Ya te he dicho que vivo aquí –repitió el desconocido.
Caleb miró a Sage.
–¿Es eso cierto? –le preguntó.
–Sí, pero… –comenzó ella.
–Sage, ¿estás bien? –le preguntó el intruso rodeando los hombros de Sage con su brazo.
–Estoy bien –repuso ella–. Caleb, este es…
–David –dijo Caleb con frialdad–. Ya lo he oído.
–No es lo que estás pensando… –le explicó ella.
Caleb se echó a reír con amargura.
–No sabes lo que estoy pensando y es mejor que no lo sepas.
–Sage, ¿qué ha pasado? –le preguntó David a la joven–. Me voy una noche y, cuando vuelvo, me encuentro a un tipo medio desnudo en nuestra cocina.
–Caleb, todo esto tiene una sencilla explicación –le dijo Sage ignorando lo que le decía David.
–Seguro que sí –repuso Caleb–. Supongo que tu amante y tú tenéis algún tipo de arreglo. Pero no es asunto mío, no quiero saber nada más.
–¡No! –protestó Sage.
–Sí –repuso David con gesto algo avergonzado.
Soltó a Sage y se acercó a Caleb ofreciéndole la mano.
–Lo siento, todo esto me ha pillado por sorpresa. Tengamos Sage y yo un acuerdo o no, debería haber llamado por teléfono antes de venir. ¿Todo bien?
Caleb lo miró entrecerrando los ojos. No se podía creer lo que estaba oyendo. Estaba furioso con ese tipo, con Sage y consigo mismo

por haber sido tan tonto como para caer en esa trampa.

–Claro, todo bien –gruñó él.

Y, por segunda vez en menos de doce horas, usó su gancho contra la mandíbula de un hombre.

Sage chilló y su novio cayó al suelo.

–¡David! ¡David, despierta! –le gritó para intentar que reaccionara–. ¡Le has pegado! ¿Cómo has podido hacer algo así?

–¿Cómo me iba a pasar sin hacerlo? –replicó él fuera de sí.

Pasó junto a ella, se puso los zapatos y la camisa en el dormitorio. Después, recogió su chaqueta y fue directo a la puerta.

Capítulo 4

Travis Wilde se detuvo un segundo frente a las puertas de cristal del bufete que su hermano tenía en Dallas. Se llamaba Abogados Wilde y Wilde. Al otro lado de esas puertas, en unas elegantes oficinas, lo esperaba el rostro severo de la recepcionista de su hermano.

La señorita Edna, una mujer que ya peinaba canas, llevaba trabajando en ese bufete desde que lo abriera Caleb. Le recordaba a la maestra que había tenido en cuarto curso y sentía que lo fulminaba con la mirada cada vez que lo veía. Tenía muy claro que él no le caía bien, lo comprobaba cada vez que iba a buscar a su hermano para que fuera a comer o a tomarse una cerveza con él.

Era algo que hacía a menudo, creía que alguien tenía que conseguir que Caleb se divirtiera. Podía llegar a ser muy serio. Después de todo, era abogado.

Aun así, no solía costarle convencerlo para que saliera de allí. Era algo que enfurecía a Edna. No quería creer que detrás de la actitud seria y formal de su jefe pudiera latir un verdadero corazón Wilde.

Aunque no había sido así durante esas últimas semanas. Cada vez que lo invitaba a algo, Caleb le decía que estaba demasiado ocupado. Por eso había decidido acercarse a verlo esa mañana. Creía que había llegado el momento de enfrentarse a él y preguntarle qué le pasaba.

Había cambiado y lo habían notado tanto Jake como él. Incluso Addison, la mujer de Jake y la otra letrada de Abogados Wilde y Wilde, se lo había comentado.

–Está muy callado y siempre de mal humor –le había comentado su cuñada.

Nadie sabía por qué había cambiado tanto. Lo único que tenían claro era que esa actitud había empezado justo después de su viaje a Nueva York y de eso hacía ya un par de meses.

Sabían que era absurdo, pero Caleb había regresado de allí completamente diferente.

Los tres hermanos se llevaban bien y estaban preocupados por Caleb.

Se había acercado al despacho de su hermano preparado con una excusa, no quería que fueran demasiado obvios sus motivos para estar allí. Por eso llevaba consigo su maletín y unos documentos. Se trataba de un posible caso para Caleb, algo distinto a los temas empresariales que solía tratar.

Entró en el bufete y se quedó de piedra al ver que la señorita Edna lo recibía con una sonrisa.

–Buenos días –la saludó él.

–Señor Travis –susurró la mujer–. ¡Cuánto me alegra verlo!

Cada vez estaba más sorprendido por el cambio de actitud de la recepcionista.

–No sé qué le pasa al señor Caleb, pero no es el mismo de siempre. Hoy, por ejemplo, tenía una reunión con el juez Henry. Ha tardado semanas en conseguirla. Pero, cuando se lo recordé esta mañana, me dijo que anulara la reunión.

La mujer parecía estar muy preocupada y no le extrañaba. Caleb era muy profesional.

–Muy bien –le dijo Travis más decidido aún–. Dígale que estoy aquí, por favor.

–Creo que sería mejor que entrara directamente. Si no, sé que me dará alguna excusa para no recibirlo.

Travis asintió con la cabeza y le dio las gracias a la señorita Edna.

Fue hasta el despacho de Caleb, que estaba al final de un largo pasillo. Su puerta se hallaba cerrada. Contó hasta cinco, llamó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta.

Caleb estaba de pie frente a un ventanal y de espaldas a él.

–Estoy ocupado, Edna –le dijo sin mirar–. Sea lo que sea…

–¿Edna? ¿Tú no tienes que llamarla «señorita Edna»?

Caleb se dio la vuelta.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó Caleb.

–Yo también me alegro de verte.

Caleb asintió y forzó una sonrisa tan poco auténtica como la del propio Travis.

–Claro que me alegra verte, Travis, pero…

–Pero estás muy ocupado –adivinó él.

–Exacto.

–Últimamente, siempre estás ocupado.

–Bueno, deberías haberme dicho que ibas a venir. O, al menos, podrías llamar antes de entrar.

–Lo hice –protestó Travis–. ¿Qué es lo que te pasa? Siempre estás de mal humor.

–No me pasa nada –insistió Caleb–. Pero no tengo tiempo para hablar. Tengo… tengo una reunión con un juez.

–No mientas –replicó Travis–. Además, estoy aquí por trabajo. Tengo un nuevo cliente para ti.

–Ya tengo más que suficientes clientes.

–Sí, pero siempre trabajas para empresas y esto es distinto.

Levantó su maletín, lo abrió, sacó un sobre y se lo dio a su hermano. Caleb lo ignoró y Travis se limitó a dejarlo en su mesa.

–Échale un vistazo.

–No me interesa.

–Es uno de mis clientes, Caleb. Es un hombre muy rico y de una familia con mucho pedigrí –le contó Travis–. Pero tiene un problema. Solo tenía un heredero en la familia. Un hijo que nunca hizo nada para que su padre pudiera estar orgulloso de él y que acaba de morir.

–Una historia muy triste –repuso Caleb con frialdad.

–Sí, pero resulta que su hijo le ha dejado algo después de todo: un bebé. Acaba de enterarse de que la amante de su hijo está embarazada, pero ella no está dispuesta a hacer lo que quiere mi cliente –le explicó Travis–. Él quiere darle su apellido al niño, criarlo y adoptarlo. Quiere que la mujer le entregue al niño cuando nazca.

–Lo dices como si se tratara de un coche o un yate –repuso Caleb.

–Así es, pero ella se niega y mi cliente quiere llevarla a los tribunales aduciendo que no será una buena madre. Ella no tiene dinero ni trabajo. Vive en un barrio muy malo y duda también de sus valores morales.

–Y tu cliente lo tiene todo: dinero, estatus, poder…

–Sí, pero la mujer, además de tener algo que él quiere, el bebé que crece en su vientre, le ha dicho a mi cliente que ese niño no sería su nieto, sino que el padre es otro hombre.

–Bueno, la prueba de ADN podrá demostrar sin lugar a dudas que…

–Pero ella no quiere hacerse esa prueba ni hablar con mi cliente. Ni siquiera responde a sus llamadas –le dijo Travis–. Por eso necesita un abogado duro e inteligente.

–Lo que necesita es un superhéroe. Lo siento, Travis. No me interesa.

–¿Estás demasiado ocupado? –le preguntó él–. ¿No tienes tiempo?

Caleb lo miró con el ceño fruncido.

–Gracias por pasarte a verme. Pero, la próxima vez, llama antes de venir.

Travis se puso en pie y fue hacia la puerta.

–Últimamente, no tienes tiempo para nada ni para nadie –le dijo con dureza.

Caleb miró a su hermano. Travis había dejado de sonreír. Sabía que tenía razón.

Durante las últimas diez semanas, desde que regresara de Nueva York, había mantenido las distancias con sus dos hermanos, pensando que no iban a notarlo. Pero se había equivocado.

Sabían que algo había cambiado y querían respuestas a sus preguntas. Pero no pensaba hablar con ellos. No podía hacerlo. Ni siquiera tenía él mismo esas respuestas. Solo tenía claro que apenas podía controlar su ira. Hacia Sage, pero también hacia sí mismo.

Se dio la vuelta para contemplar las vistas de Dallas y oyó que se

cerraba la puerta. Suspiró al ver que Travis se había ido. Lo había dejado solo con sus pensamientos.

No había podido dejar de pensar en esa mujer. Había tenido otras aventuras de una sola noche, pero no podía olvidar que había estado con ella en la cama que Sage compartía con su amante. No podía quitárselo de la cabeza y no dejaba de pensar en que ella tenía a otro hombre entre esas sábanas, otro hombre escuchaba sus gritos y se dejaba llevar entre sus brazos…

–Maldita sea –murmuró Caleb.

Sentía que se había burlado de él, haciéndole creer que era una mujer dulce e inocente. Pero había descubierto horas después que tenía un amante y lo que parecía ser una relación abierta.

Supuso que el tal David tenía otras amantes y ella, también.

Pero una parte de él temía que lo hubiera malinterpretado todo. Creía que no era asunto suyo el arreglo que Sage pudiera tener con su amante y lamentaba haberle dado un puñetazo.

El malnacido del club se lo había merecido, pero el amante de Sage se había limitado a estar en el lugar correcto en el momento equivocado.

Se sentía tan mal… Sobre todo cuando, a pesar de todo, no podía dejar de pensar en lo que habían compartido, en lo que había sentido al hacer el amor con ella…

–Sé que algo te pasó en Nueva York.

Se dio la vuelta. Travis estaba de pie junto a la puerta cerrada.

–Pensé que te habías ido.

–Cerré la puerta, pero todavía estoy aquí.

–Pues ábrela de nuevo y vete.

–No me voy a ninguna parte. No hasta que me digas lo que te pasó allí.

–Nada. Me reuní con un cliente, comí con un viejo amigo y fui a una fiesta por la noche.

–No soy tonto, Caleb –le dijo Travis acercándose a él–. Algo sucedió allí. Recuerdo que me llamaste a la mañana siguiente. Era muy temprano y me pareció que sonabas raro.

–No lo recuerdo –se defendió Caleb.

–Sé que sí te acuerdas. ¿Por qué me llamaste? Sonabas… no sé, feliz. Pero, de repente, te pusiste muy serio y colgaste casi sin despedirte. Estamos preocupados, Caleb. No solo yo, también Jake, Addison e incluso la señorita Edna.

–No perdáis el tiempo conmigo. Estoy bien –le dijo–. Tenéis demasiada imaginación.

–¿Fuiste acaso a ver a un médico? ¿A algún especialista? –le preguntó sin ocultar su preocupación–. Dios mío, ¿estás enfermo? Si lo estás y no nos lo has dicho…

–No, Travis –repuso sentándose en su sillón–. No es nada. Siento haberos preocupado, pero estoy bien, te lo juro. Está bien, te lo contaré. Siéntate.

Le explicó lo que había pasado y no tardó mucho tiempo en hacerlo. No había mucho que contar.

–Bueno, esas cosas pasan –repuso Travis cuando le dijo que se había acostado con ella.

–Sí, pero a la mañana siguiente, cuando estaba hablando contigo, entró un hombre en el piso y le sorprendió bastante verme allí. Después, cuando entendió que me había acostado con su chica, se disculpó por haber entrado sin llamar. No supe reaccionar, le di un puñetazo.

–Te entiendo perfectamente. Lo siento, Caleb.

–Pero no sé por qué lo hice. Después de todo, era su casa y su novia. Yo era el intruso, no él –le dijo Caleb levantándose del sillón–. Perdí los nervios.

–Es normal. Es una situación tan extraña… No te imagino aceptando una relación abierta.

–Claro que no. Si hubiera sabido que estaba en la cama de otro hombre y con su novia… En fin, no sé por qué me ha afectado tanto.

Travis se levantó y le dio una palmada en el hombro.

–Olvídalo, Caleb. Solo fue una aventura, un poco de diversión, nada más.

Caleb sabía que tenía razón, pero no podía olvidar que esa mañana había sentido que aquello podía ser el principio de algo nuevo. Lo había sentido en cuanto se despertó con ella entre sus brazos.

–Lo digo en serio, Caleb. Es algo que pasó y ya está, olvídalo.

–Gracias, Travis.

–Si de verdad quieres darme las gracias, lee los documentos que te he traído.

–De acuerdo, les echaré un vistazo. A lo mejor se me ocurre algún otro abogado que pueda recomendar a tu cliente. Porque yo no tengo experiencia en esos temas.

Acompañó a Travis hasta la puerta, le dio la mano con una sonrisa y se despidió de él.

Volvió después a su mesa y se dio cuenta de que le había sentado bien hablarle de Nueva York.

Creía que había sacado las cosas de quicio y que, gracias a Travis, se sentía mejor.

Solo había sido una aventura, nada más. Y ya era historia.

Abrió el sobre que le había dejado su hermano. Había un par de revistas del corazón, pero no les prestó atención y abrió directamente la carpeta de los documentos. La primera página era una lista que hablaba de las dos partes involucradas en lo que iba a ser un

desagradable litigio.

Por un lado estaba Thomas Stinson Caldwell. Tenía sesenta y dos años y vivía en Park Avenue, el mejor barrio de Nueva York. Era el fundador y presidente de un imperio inmobiliario valorado en unas cifras astronómicas. El hombre era viudo y tenía un hijo, David Charles Caldwell, pero este había fallecido hacía ocho semanas.

En la siguiente página se detallaba la información sobre la otra parte. La mujer se llamaba Sage Dalton, tenía veinticuatro años…

De repente, se le aceleró el pulso. No se lo podía creer. ¿Sage? ¿Sage y David? No. Era imposible.

Tomó las revistas que había ignorado al principio y sintió que se quedaba sin aliento.

En la portada había una foto del hombre con el que se había encontrado en el piso de Sage. Y la otra foto…

La otra era de Sage.

Capítulo 5

El salón de té del hotel St. Regis de Nueva York era irreal. Sage se quedó sin respiración al entrar y encontrarse con esa decoración de estatuas doradas, suelos de mármol y opulentos muebles. Se miró en un espejo antes de sentarse y frunció el ceño.

Tenía muy mal aspecto. Estaba pálida y tenía ojeras. Apenas se podía ver su incipiente tripa bajo la chaqueta del traje que llevaba puesto y se dio cuenta de que parecía demasiado delgada.

Se había pasado semanas vomitando cada mañana y siempre estaba cansada. Por el embarazo y por tener que trabajar dos turnos en un restaurante griego situado cerca de su casa.

Necesitaba el dinero. Había vuelto al club para recoger sus cosas y decirle al dueño que lo dejaba, pero él no le había dado la oportunidad de hacerlo y la había despedido por la escena que había causado la noche de la fiesta. Le había dolido tanto oírlo que se había ido sin aclararle lo ocurrido.

El caso era que su vida se había convertido en un desastre y estaba muy preocupada.

Quería encontrar un lugar más seguro para vivir. Esa era su primera prioridad. Y también tenía que ahorrar para poder pagar los gastos que iba a ocasionar el cuidado de un bebé.

Su bebé.

Al principio había sido horrible. Le había costado mucho creer que pudiera estar embarazada. Se había sentido fatal al ver que ese hombre al que despreciaba, le había dejado un regalo de despedida que iba a cambiar su vida para siempre.

Los siguientes días habían sido muy duros. Se le había pasado por la cabeza la posibilidad de no seguir adelante con el embarazo. No tenía dinero ni futuro. Había llegado a la conclusión de que era lo más razonable. Pero, por otro lado, empezó a sentir un vínculo especial con la diminuta vida que crecía dentro de ella. Se dio cuenta de que ya nunca iba a estar sola y que podría criar a su hijo como había querido crecer ella, con amor y esperanza.

Entonces decidió tener ese bebé. Y pensaba hacerlo ella sola.

Su decisión no había tenido nada que ver con el desconocido que la había dejado embarazada, un hombre que había pensado lo peor de ella y que se había ido sin dejar que ella se explicara.

Aunque, por otro lado, creía que no le debía ninguna explicación.

Lo que había ocurrido entre ellos había sido solo una aventura de una noche. Caleb no tenía por qué saber que para ella había sido su primera aventura de ese tipo y que apenas había tenido experiencia en ese terreno.

Después de todo, ella era una mujer adulta y él, solo un donante de esperma. Pero no olvidaba que ese bebé no se había engendrado en una clínica, sino en un momento de pasión y placer increíbles.

Sabía que era patético recordarlo.

Suspiró y sacó su pintalabios del bolso. También tenía consigo colorete y maquillaje. Había llegado la hora de disimular su palidez y esas ojeras para transformarse en una mujer a la que Thomas Caldwell no pudiera intimidar.

No era tonta y sabía por qué Caldwell había elegido el St. Regis para su reunión. Había muchos hoteles elegantes en Nueva York, pero el St. Regis estaba por encima de los demás. Ese sitio olía a arrogancia y a dinero. Creía que había decidido reunirse con ella allí para recordarle dónde estaba él y qué lugar ocupaba ella. Para él, Sage no era más que una mujer pobre, soltera, embarazada y desesperada.

Tenía razón en casi todo, pero no en lo último. No estaba desesperada.

Tenía las cosas bastante difíciles, pero creía que iba a poder salir adelante.

Caldwell no la conocía en absoluto y ella creía que tampoco había llegado a conocer a su propio hijo. De otro modo, habría sabido que no podía ser el padre de ese bebé. Se había dado cuenta de que no era un hombre al que le gustara demasiado la verdad.

No sabía cómo se había enterado de que estaba embarazada, pero sospechaba que algún detective la habría estado siguiendo en cuanto vio que era amiga de David. Y tal vez hubiera seguido espiándola después de la muerte de David. No le habría extrañado nada que tuviera el teléfono pinchado o que alguien hubiera rebuscado en su basura.

El caso era que Caldwell había estado llamándola esas últimas semanas para que admitiera que estaba embarazada de su hijo y para que aceptara venderle al niño.

No se lo había planteado de ese modo, por supuesto, no era tan tonto. Pero le había dicho que él podía encargarse de proporcionarle lo que David habría querido para su niño.

Como no había conseguido convencerla, el hombre empezó a ofrecerle grandes cantidades de dinero. Quería saber cuánto quería por el bebé. Estaba dispuesto a pagarle millones.

Se había cansado de decirle que estaba equivocado, que el bebé no era de David. Así que había decidido dejar de contestar las muchas llamadas de Caldwell e ignoraba sus mensajes.

Al final, el hombre había decidido enviarle una carta.

Usted gana, señorita Dalton. Me he cansado de intentar que cambie de opinión. Mi abogado ha elaborado un documento en el que se estipula que usted renuncia a cualquier reclamación futura en cuanto a temas de linaje y herencia. Firme el documento delante de mi abogado y de mí, con testigos presentes, y no volveré a molestarla.

Por eso estaba en ese hotel. Si Caldwell había elegido ese escenario para intimidarla, no se iba a salir con la suya. Se retocó el maquillaje y fue hacia el ascensor.

Le había sorprendido mucho que quisiera reunirse con ella. Había sido tan persistente que no entendía por qué había cambiado de opinión tan de repente.

La había citado en la suite 1740 del hotel. A Caldwell le preocupaba mucho su privacidad, no quería correr el riesgo de ver su apellido en las revistas del corazón.

Salió del ascensor casi sin aliento. Estaba muy nerviosa.

Se detuvo frente a la puerta de la suite y levantó la mano para llamar con los nudillos. La bajó y volvió a subirla. Miró entonces su reloj. Aún faltaban seis minutos, llegaba demasiado temprano. Pero se dio cuenta de que, cuanto antes entrara y firmara los papeles, antes podría irse de allí. Usó uno de los ejercicios de respiración que había aprendido en sus clases de interpretación. Inhaló profundamente y soltó poco a poco el aire. Se sintió algo mejor.

Enderezó los hombros y llamó a la puerta. Debía de haber estado ya abierta porque se abrió lentamente en cuanto la tocó. Era como una escena de una película de terror.

–¿Hola?

Pero nadie contestó.

Dio un paso más y volvió a saludar, pero no había nadie.

Estaba en una sala de estar iluminada por el sol y con una elegante decoración. Vio una puerta entreabierta a un lado del salón.

–¿Señor Caldwell? –llamó desde allí.

Cada vez estaba más nerviosa.

–Señor Caldwell, no estoy de humor para juegos, así que si hay alguien aquí…

Apareció alguien en la puerta de la habitación contigua, pero no podía ver su rostro, estaba a contraluz.

–Hola, Sage.

Conocía bien esa voz, la perseguía en sus sueños.

–No… –susurró ella con el corazón en la garganta.

–Me alegra verte de nuevo.

–No –repitió ella en voz baja.

Se tambaleó hacia atrás cuando la figura de ese hombre se apartó de la luz y pudo distinguirlo mejor. Era alto, fuerte, ancho de hombros… No se lo podía creer.

–¿Caleb? –susurró.

La miraba con una sonrisa fría y cruel en el rostro. Tenía un aspecto casi peligroso.

–Eres una chica muy lista –repuso él.

Caleb vio que ella volvía a susurrar su nombre. Puso después los ojos en blanco y se tambaleó. Maldijo entre dientes y fue corriendo hacia ella. La atrapó entre sus brazos antes de que cayera desplomada al suelo.

Se preguntó si de verdad se habría desmayado o si estaría actuando. Tenía que reconocer que era buena actriz, ya se lo había demostrado la noche que había pasado en su cama. En realidad, en la cama de otro hombre.

Pero se dio cuenta enseguida de que el desmayo era real. La tomó en sus brazos y vio que le colgaba la cabeza hacia atrás. Había sido su intención sorprenderla y pillarla con la guardia baja. Quería conseguir que admitiera que todo eso era un juego, que solo quería más dinero, pero había conseguido asustarla tanto que había perdido el conocimiento.

Le parecía tan frágil entre sus brazos y estaba muy delgada. Tenía la cara muy pálida y grandes ojeras bajo los ojos, pero olía como recordaba, a algo muy dulce y femenino.

Le parecía increíble que aún lo atormentaran los recuerdos de esa noche. Sobre todo cuando por fin sabía qué tipo de mujer era, capaz de manipular al padre del que había sido su amante para conseguir tantos millones como pudiera.

Lamentó en ese instante haber aceptado el caso.

Sage gimió y el sonido lo devolvió a la realidad. Cerró de un codazo la puerta de la suite y la llevó a un sofá.

–Sage –le dijo para despertarla–. ¡Sage! –lo intentó de nuevo–. Maldita sea.

Fue al baño, empapó en agua fría una toalla y volvió a su lado. Recordó que había hecho algo muy parecido esa otra noche. Se puso en cuclillas y le pasó la toalla por la cara con movimientos enérgicos e impersonales.

–Vamos –le dijo en voz alta–. ¡Abre los ojos!

Sage parpadeó y, pocos segundos después, abrió los ojos. Caleb dejó la toalla en la mesa de centro y se puso de pie.

Vio que tardaba unos segundos en enfocar en él la mirada y entender dónde estaba. Le pareció que había miedo en sus ojos y se alegró.

–¿Qué–qué estás haciendo aquí?

–¡Qué manera tan poco educada de saludar a un viejo amigo, Sage!

–¿Qué estás haciendo aquí? –insistió ella–. ¡No eres Thomas Caldwell!

Caleb aplaudió al oírlo.

–Una deducción brillante –se burló él–. No, no lo soy –agregó sacándose una tarjeta del bolsillo y arrojándosela–. Soy Caleb Wilde, el abogado de Thomas Caldwell.

Sage tomó la tarjeta y lo miró a los ojos.

–¿Su–su abogado? Pero ¿cómo...?

–Ha sido una afortunada coincidencia –le dijo fríamente.

–¿Esperas que me lo crea?

–Yo tampoco me lo creía. Parece que la vida tiene un sentido del humor muy cruel.

Sage no respondió. Debía de estar tratando de entender lo que estaba pensando.

Un par de minutos después, suspiró y se puso de pie. Vio que se tambaleaba de nuevo y estuvo a punto de tomarla en sus brazos.

Sabía que era una respuesta automática, algo instintivo en él, pero le molestó de igual modo.

–Siéntate –le ordenó él.

–No, me voy.

–¿Es que quieres desmayarte de nuevo? ¡Vamos, siéntate! –le dijo agarrándole el brazo.

Sage lo miró fijamente. Después, se apartó de él y se sentó en el sofá.

–¿Dónde está Caldwell?

–¿Por qué? ¿Te he estropeado tu plan con mi presencia? Pensabas que sería más fácil aprovecharte de un hombre que está destrozado por la muerte de su hijo, ¿no?

–¿Destrozado? –repitió ella con una triste sonrisa–. Para ser abogado, no eres muy listo.

–Ve olvidándote de tu plan, no vas a poder aprovecharte de él. ¿Cuánto quieres?

–¿Qué?

–¿Cuánto quieres por el bebé? –le preguntó mientras se sentaba frente a ella.

–¿Es que te has vuelto loco?

–No perdamos el tiempo, Sage. Le dijiste a Caldwell que no le ibas a entregar a su nieto, pero los dos sabemos que es mentira. Dame una cifra y te diré si es posible.

Sage se levantó y él también lo hizo.

–Adiós, señor Wilde.

Caleb la miró con los ojos entrecerrados. Tenía que reconocer que era buena. Pero, después de todo, era actriz.

–La última oferta era de cinco millones y estoy autorizado para llegar a seis, pero ni un céntimo más –le dijo él–. Tómalo o déjalo.

Ella le dedicó una triste sonrisa.

–Sois patéticos. Tu jefe y también tú.

–No es mi jefe, es mi cliente.

–Como si es tu hada madrina, me da igual. He venido aquí a firmar algo para que me dejéis en paz. Pero veo que era un engaño –le dijo Sage–. Si no hay nada que firmar, no tenemos nada de lo que hablar. Dile a tu cliente que, si me molesta de nuevo, lo denunciaré por acoso.

Sage fue hacia la puerta y él se quedó mirándola. Tenía que reconocer que esa mujer era impresionante y mucho más fuerte de lo que podría parecer en un principio. Era muy valiente.

–No olvides que mi cliente ha perdido a su único hijo y creo que puede perder también al único nieto que va a poder tener –le recordó cuando Sage estaba a punto de abrir la puerta.

Se volvió hacia él.

–Pregúntale a tu cliente cuándo perdió de verdad a David.

Ya había supuesto que padre e hijo no se habían llevado bien. No le gustaba Caldwell, era un hombre desagradable, pero eso no era asunto suyo. Era su abogado, no su psiquiatra.

–Los problemas familiares que pudieran tener no son de mi incumbencia.

–Parece que tampoco te preocupa que se haga justicia.

–Di lo que quieras, no vas a conseguir herir mis sentimientos –le dijo él.

–¿Cómo podría hacerlo? No tienes sentimientos.

Caleb fue rápidamente hacia ella y le agarró las manos para que no se moviera.

–Lo que siento por ti es lo que sentiría cualquier hombre por una mujer capaz de llevarlo a la cama de su amante –le dijo él con dureza.

Aunque ya estaba blanca, palideció más aún.

–Te desprecio –susurró.

–No sentías lo mismo esa noche. Y parece que ya entonces estabas embarazada de él.

Caleb vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

–¡Vete al infierno!

–¿Lo estabas? ¿Estaba ya su hijo en tu vientre esa noche?

Sage lo insultó.

–Separaste las piernas para mí y, después de que me fuera, también para él, ¿verdad?

Lo miró fuera de sí y lo escupió en la cara.

Caleb se quedó muy quieto. Se le pasaron muchas cosas por la cabeza. Entre ellas, darle una bofetada o tomarla en sus brazos y llevarla así hasta el sofá para hundirse dentro de ella.

Esa mujer estaba consiguiendo sacar lo peor que llevaba dentro. La soltó, se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la cara.

–Supongo que es un momento tan bueno como cualquier otro para hacerte una pregunta.

Sage levantó orgullosa la cara hacia él y lo miró a los ojos.

–No, este niño no es tuyo –le dijo ella con firmeza–. Si lo fuera, no habría seguido adelante con el embarazo.

Caleb asintió con la cabeza. Sabía que no era de él, pero había tenido que preguntárselo. Y, muy a su pesar, le había dolido la vehemencia de su respuesta.

–Entonces, solo tengo una última cosa que decirte –comenzó Caleb–. Mi cliente no volverá a ponerse en contacto contigo, pero quiere que te hagas una prueba de paternidad.

–¿Estás tan sordo como él? ¡Este bebé no es de David!

–Quiere saberlo con seguridad.

–¿Es que no puedes decir nunca la verdad? Quiere esa prueba porque no me cree.

–Sea por lo que sea, hazte la prueba y así podrás librarte de él. Si el niño no es de tu amante, no tienes nada que temer.

Sage suspiró antes de hablar.

–¿Cuándo quiere hacer la prueba?

Caleb se sacó un sobre blanco del bolsillo interior de la chaqueta y se lo dio.

–Mañana por la mañana. A las diez.

Sage sonrió con amargura.

–Siempre te sales con la tuya, ¿no?

–Siempre –mintió él.

Las cosas no le estaban yendo como quería. De otro modo, no sentiría tanto odio por una mujer a la que había deseado más que a ninguna otra.

–¿Qué tengo que hacer?

–Ahí lo explica todo: los detalles del procedimiento, la ubicación de la oficina del ginecólogo, su currículum… Es la jefa de Obstetricia del Hospital de Manhattan. A no ser que prefieras que lo haga tu propio médico.

Sage no le dijo nada, pero no tenía médico, solo había recibido la atención de una agradable enfermera que la había visto una vez en una clínica pública de su barrio.

–Leeré lo que me has dado. Si tengo algún problema con ello, te lo haré saber.

–El laboratorio que analizará los resultados ya tiene muestras de ADN de David Caldwell –le dijo Caleb apretando los labios–. Si hay muestras de otros hombres que quieras proporcionar…

Sage lo fulminó con la mirada.

–Eres el hombre más horrible que he tenido la desgracia de conocer en toda mi vida.

Abrió la puerta de la suite y salió con paso firme.

Capítulo 6

Sage pasó una hora leyendo la información que Caleb le había dado y el resto de la noche tratando de no pensar en lo que iba a suceder al día siguiente. Iban a hacerle algo muy parecido a una amniocentesis y no quería ni pensar en el tamaño de la aguja que iban a usar, le parecía muy desagradable. El folleto que había leído hablaba de que podía sufrir mínimas molestias y que había una ligera posibilidad de que tanto ella como el bebé sufrieran algún daño.

Decidió encender su portátil y buscar más información. Leyó comentarios en un foro. Algunas mujeres decían que la experiencia no había sido tan negativa como habían creído y que no les había pasado nada a sus bebés.

Otra mujer aconsejaba ir a la clínica acompañada, pero Sage no tenía a nadie que se preocupara por ella. Nunca lo había tenido. Su madre había muerto hacía mucho tiempo y no había sido muy buena madre. David había sido la única persona que se había preocupado por ella. Al menos hasta que conoció a Caleb, que había sido su defensor, su protector y su amante aquella noche.

Pero que después la había acusado y traicionado.

Se levantó al día siguiente al amanecer y decidió prepararse para lo que le esperaba. Se duchó, se secó el pelo y se lo recogió en una cola de caballo. Se puso unos vaqueros que empezaban a quedarle algo ajustados y una vieja camiseta con el logotipo de la Mujer Maravilla.

Se preparó una infusión y se sentó a la mesa de la cocina mientras reflexionaba sobre las pocas opciones que tenía. Si se negaba a hacerse la prueba, Thomas Caldwell iba a seguir hostigándola. O, peor aún, lo haría Caleb Wilde por él. No quería tener que batallar con él hasta que naciera el bebé y una prueba mucho más sencilla aclarara por fin las cosas.

Tenía mucho que hacer durante los siguientes seis meses. Quería mudarse a las afueras. Sabía que no iba a poder permitirse el lujo de criar a su hijo en Nueva York. Además, no le gustaba demasiado la ciudad.

Los únicos recuerdos positivos que tenía de su propia infancia tenían mucho que ver con los verdes prados, los árboles y la naturaleza. Quería esas mismas cosas para su hijo.

Lo primero que tenía que hacer era decidir dónde quería vivir. Después tendría que encontrar un piso de alquiler y un trabajo.

Su sueño de ser actriz iba a tener que esperar.

Había ido a la universidad durante dos años y tenía experiencia laboral como camarera y también como dependienta en unos grandes almacenes.

Estaba preparada para comenzar su nueva vida y creía que no iba a poder hacerlo con Caleb Wilde pisándole los talones.

Por otro lado, aunque le pareciera patético, no podía dejar de pensar en él. Su pequeño piso estaba lleno de recuerdos de esa noche. Trataba de recordar que solo había sido sexo. Había sido increíble, pero solo sexo, nada más. A su madre le había pasado lo mismo y se había quedado embarazada de ella después de una aventura, pero Sage estaba convencida de que ella era distinta, pensaba querer a su hijo.

De hecho, ya lo quería. Se acarició el vientre con ternura, ya empezaba a abultarse un poco. Se dio cuenta de que tenía que hacer todo lo que fuera necesario para librarse de Caleb Wilde.

Se levantó de la silla, agarró su bolso y salió del piso.

Caleb se había encargado de que la doctora Fein no tuviera otras citas esa mañana. Su clínica estaba al lado de la Quinta Avenida, en el Upper East Side, y llegó allí a las nueve y media.

–Buenos días –le dijo a la recepcionista–. ¿Está la señorita Dalton aquí?

–No, la citamos a las diez.

Caleb asintió con la cabeza. Se preguntó si aparecería por allí o si habría cambiado de opinión. Supuso que habría leído la información que le había dado. Él también lo había hecho y después no había podido dormir. Parecía un procedimiento muy desagradable.

No tenía por qué estar allí y no sabía por qué había decidido acercarse.

Le pareció que la recepcionista se estaba preguntando lo mismo.

–Puede quedarse si quiere, señor Wilde, pero no es necesario. Somos un centro certificado y garantizamos completamente la cadena de custodia de las pruebas legales.

–Sí, lo sé. Solo quería saber si la señorita Dalton se iba a acercar o no.

La joven le aseguró que se lo notificarían si no iba.

–Por supuesto –repuso él–. Bueno, la verdad es que tengo una reunión y…

Pero en ese instante sonó el timbre, la recepcionista pulsó un botón y se abrió la puerta.

Era Sage.

Pero no era la Sage del día anterior, con traje gris y tratando de

parecer fuerte y segura. La Sage que tenía delante le recordó a la de esa noche de hacía ya tres meses, la que se había cambiado de ropa nada más llegar a casa y había vuelto a la salita con un aspecto dulce e inocente.

No llevaba maquillaje y se había recogido el pelo en una cola de caballo. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta que parecían tener ya algunos años.

Vio que se sorprendía al verlo allí. Por un momento, casi le pareció que se alegraba.

Pero se dio cuenta enseguida de que se había equivocado.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó frunciendo el ceño.

–De–decidí pasarme por si tenías alguna… alguna pregunta –repuso él tartamudeando.

Sage le lanzó una mirada de desdén que hizo que se estremeciera. Después, pasó de largo.

–Soy Sage Dalton –le dijo a la recepcionista con voz firme–. Tengo una cita con la doctora Fein.

–Buenos días, señorita Dalton. La doctora la atenderá enseguida. Pero antes, rellene estos papeles, por favor.

Sage tomó la carpeta que le ofrecía la joven, había un montón, y se sentó en una de las sillas de la sala de espera.

Caleb sabía que era hora de irse, su presencia era innecesaria y Sage prefería que no estuviera allí.

Miró su reloj. Tenía de verdad una reunión con Caldwell, pero le revolvía el estómago verse con ese hombre. Además, aún quedaba una hora para la reunión. Decidió quedarse unos minutos más. Si Sage no lo quería allí, no era su problema. Lo iba a hacer por si había alguna cuestión de tipo legal que Sage no supiera responder.

Se sentó frente a ella. Sage seguía concentrada en rellenar los papeles. Cuando terminó, se los llevó a la recepcionista, y poco después llegó una mujer a la sala de espera.

–¿Señorita Dalton?

Sage se puso de pie y también lo hizo él.

–Soy Janet, la enfermera de la doctora Fein –le dijo la mujer con una sonrisa–. Está lista para reunirse con usted y charlar un poco antes de la intervención. Pase conmigo, por favor.

Sage asintió. Cada vez estaba más pálida.

Él se quedó donde estaba, no sabía qué hacer. Después, se levantó y las siguió.

–¿Quién es usted? –le preguntó la enfermera con el ceño fruncido.

–Caleb Wilde. Soy el abogado del caso.

–Pero no es mi abogado –intervino Sage con frialdad–. ¿Qué demonios estás haciendo, Wilde?

–Voy a acompañar a la señorita Dalton hasta que empiece el

procedimiento.

La enfermera miró a Sage.

–¿Le parece bien, señorita Dalton?

Sage lo fulminó con la mirada.

–Quiere asegurarse de que no cambie de opinión de repente y me escape por la puerta trasera. Pero me da igual, si quieres sentarte a mi lado, puedes hacerlo. Estoy dispuesta a hacer lo que sea para librarme de ti.

Llegaron al despacho de la doctora y, después de las presentaciones, les pidió que se sentaran.

–¿Seguro que te parece bien que el señor Wilde esté presente durante nuestra charla, Sage?

Sage se encogió de hombros.

–No me importa –le dijo a la ginecóloga.

Notó que hablaba en voz más baja y menos firme que antes.

–Bueno, deja que mire los papeles que has rellenado –le comentó la doctora.

Caleb miró a Sage de reojo. Parecía nerviosa. Vio que se mordía el labio inferior y que tenía las manos juntas y apretadas sobre el regazo.

–¿Sage, estás bien? –le preguntó al ver que empezaba a temblar–. ¿Quieres agua o algo?

Sage no le contestó.

–No sé por qué estás así conmigo, no es nada personal. Solo estoy aquí para defender los derechos de Thomas Caldwell.

–No tiene ninguno –replicó Sage.

–Bueno, eso dices tú.

–Porque lo sé. Y, a partir de hoy, también lo sabrás tú.

La doctora los miró con el ceño fruncido.

–Bueno, todo parece estar en orden. Me gustaría repasar contigo los detalles de la prueba.

–Ya lo he leído todo –repuso Sage con un hilo de voz–. Preferiría terminar cuanto antes con ello.

–Solo será un minuto, te lo prometo. En primer lugar, te recuerdo que los resultados tardarán aproximadamente cinco días. La confirmación de la paternidad se realizará con la prueba de hoy y las muestras de ADN de David Caldwell.

–Sí, soy consciente de eso.

–La prueba se puede hacer de dos maneras distintas. Decidiré qué método es preferible usar en tu caso en cuanto termine de examinarte. Los dos tienen un 99,99 % de precisión. Lo entiendes, ¿verdad?

Sage abrió la boca, pero no dijo nada.

–¿Sage? ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza.

–Sí –susurró.

–Te producirá un poco de malestar, pero es bastante llevadero.
–Eso también lo sé.
Caleb vio que estaba temblando de nuevo y que apenas podía hablar. Apretó los puños furioso.
–También te recuerdo que existe un pequeño riesgo para la madre y para el niño. ¿Seguro que lo entiendes?
Caleb la miró, cada vez temblaba más.
–Pero… pero ese riesgo para el bebé es muy pequeño, ¿no es así? Cuando les has hecho esta prueba a… los bebés a los que… –tartamudeó Sage.
–¡Al diablo con todo esto! –exclamó Caleb de repente.
–Señor Wilde, solo quiero asegurarme de que la señorita Dalton comprende…
–Lo comprende. Y yo también. Por eso he decidido que no va a haber ninguna prueba.
–¿Qué? –replicó la doctora.
–Ya me ha oído, doctora Fein. No vamos a seguir adelante con esto.
Sage lo miró sin entender.
–¿Estás jugando conmigo? ¿Me has hecho venir para ver si estaba dispuesta a hacerlo o no? –le preguntó Sage fuera de sí.
Caleb se puso de pie.
–Levántate.
–¿Levántate? –repitió Sage furiosa–. ¿Crees que puedes darme órdenes? ¡Vete de aquí, Caleb Wilde!
–Señor Wilde, señorita Dalton… –comenzó la doctora.
–¿Has leído la información que te di? ¿De verdad la leíste? –le preguntó Caleb a Sage.
–Cada palabra.
–Entonces, has visto que los riesgos de esta prueba son inaceptables.
–Esta no es tu decisión.
–Tienes razón –le dijo Caleb con calma–. Aceptar hacer la prueba no depende de mí, pero la autorización sí. Retiro la autorización, no habrá prueba –añadió mirando a la doctora.
Sage se puso lentamente en pie.
–Maldito seas –le susurró–. Primero me pones en una situación imposible para que tenga que hacerme la prueba y ahora dices que no la vas a autorizar.
–Y no lo haré.
–Espero que puedas vivir contigo mismo –le dijo Sage–. Eres el ser humano más despreciable que he conocido.
Caleb no respondió. Le dio las gracias a la doctora y se despidió de ella.
Después tomó el brazo de Sage para salir del despacho, pero ella se apartó de él. La agarró de nuevo, esa vez por el codo, y salió con ella

del despacho. Atravesaron la sala de espera y salieron a la calle.

Sage clavó los talones en el suelo para que no pudiera moverla tan fácilmente y se giró hacia él.

–¿Por qué lo has hecho?

–Ya te lo dije, los riesgos son demasiado grandes.

–¿Y a ti qué te importan los riesgos? ¡No te entiendo!

–Bienvenida al club –repuso él con una risa amarga.

–No tomes decisiones por mí, puedo cuidar de mí misma –le recordó Sage.

–Lo sé.

–¡Siempre lo he hecho!

–Ya me lo imagino.

–Entonces, ¿por qué estás interfiriendo así en mi vida?

–Quiero ayudarte –le dijo Caleb en voz baja.

–Pero eso es una locura. Representas a…

–Caldwell es mi cliente y me paga por darle asesoramiento jurídico. Voy a aconsejarle que es preferible hacer la prueba cuando nazca el bebé, que entonces será más fácil y menos invasiva.

–No va a aceptarlo.

–Me ocuparé de que lo haga.

–No lo hará –protestó Sage–. Y no puedo seguir así, con ese hombre detrás de mí. Tengo que encontrar un lugar para vivir, conseguir un trabajo, hacer planes para el bebé. ¿Cómo voy a poder hacerlo si me llama continuamente por teléfono?

–Me encargaré de que te deje tranquila.

Sage seguía con lágrimas en los ojos.

–¿Por qué? –le preguntó–. ¿Por qué vas a hacerlo?

–Porque es lo que hay que hacer.

–Ayer no pensabas lo mismo.

Caleb sonrió al escucharla.

–A veces tardo un poco en entender las cosas…

–¿De verdad vas a convencerlo para que me deje en paz hasta que nazca mi bebé?

–Sí.

–Pero ¿por qué vas a hacerlo?

A Caleb se le hizo un nudo en la garganta. Había sabido la verdad desde el principio, pero se había negado a admitirlo durante demasiado tiempo.

–Porque creo que has estado diciendo la verdad –le dijo él en voz baja.

Sage abrió sorprendida los ojos. Caleb no recordaba haber tenido las cosas tan claras ni los sentidos tan alerta desde su última misión en Afganistán. Su mente y su cuerpo estaban preparándose para lo que estaba a punto de saber.

–El bebé no es de David –le dijo él.

Sage se quedó en silencio.

–No –contestó ella poco después.

Caleb asintió.

–Ya te lo pregunté ayer y ahora lo hago de nuevo –le dijo acercándose a ella y colocando las manos en sus hombros–. Sage, ¿es mío el bebé?

Esperó. Sabía que era así como debería habérselo preguntado desde el principio. El día anterior lo había hecho con dureza, echándoselo en cara y casi a modo de acusación.

–Dime la verdad –insistió en voz baja–. ¿Es mi hijo?

Sage abrió levemente la boca. Esa boca de la que aún recordaba su sabor.

Suspiró y esa fue toda la respuesta que necesitó. Todo lo que un hombre podía soñar, imaginar o temer estaba en ese sonido suave y perfecto.

–Sí –repuso ella con un hilo de voz–. Es tu hijo.

Capítulo 7

Caleb siempre se había burlado de cómo describía la gente los momentos trascendentales de sus vidas, pero por fin lo entendía.

Él también había sentido que se detenía el tiempo y desaparecía el resto del mundo. Se dio cuenta de que eran algo más que simples metáforas.

Acababa de hacerle una pregunta que nunca había imaginado tener que hacerle a nadie y su respuesta le había cambiado la vida de repente.

Sabía que tenía que decir algo, pero no podía articular palabra alguna. El cerebro no le funcionaba y estaba sin habla. En una película, aquel habría sido el momento culminante, cuando le declaraba su amor y le pedía que se casara con él, pero no era una película, sino la vida real, y apenas se conocían.

Sintió un torrente de agua helada recorriendo sus venas.

No quería casarse con nadie. Se lo planteaba en un futuro, pero no con alguien a quien apenas conocía. Como no se le ocurría nada que decir, se limitó a comentar lo más básico.

–Me dijiste que estabas tomando la píldora.

–Y era verdad –repuso ella–. Por lo visto, no es eficaz al cien por cien.

–Sí, pero…

–¿Qué quieres que te diga? Parece que no he tenido suerte. Se supone que funciona casi todo el tiempo, pero a veces falla… –le dijo Sage con algo de enfado–. Mira, si no querías saberlo o no vas a creerme, no deberías habérmelo preguntado.

Se dio cuenta de que tenía razón. Pero se equivocaba en algo, Caleb la creía.

Pensaba que, de otro modo, no habría estado tan dispuesta a hacerse la prueba. Además, aunque no estuviera pensando con demasiada lógica, su intuición le decía que no estaba mintiendo.

–Te creo –le dijo en voz baja–. Es que estoy sorprendido. No es fácil asimilarlo…

Sage no podía enfadarse con él. Recordó cómo había reaccionado ella al principio después de hacerse una prueba de embarazo en casa.

–Lo sé –repuso ella–. Lo sé mejor que nadie.

Caleb asintió con la cabeza.

–Bueno, supongo que tenemos que hablar.

–No hay nada de lo que hablar.

–Pero estás embarazada y soy el padre. Claro que tenemos mucho de lo que hablar.

A Sage no le sorprendió su reacción. Después de todo, era abogado y supuso que querría tomar algún tipo de medida cuanto antes, a lo mejor también él quería que firmara algunos papeles. Había salido de un lío para meterse en otro.

Thomas Caldwell quería estar en su vida y en la del niño y supuso que Caleb Wilde querría mantenerse lejos de ellos dos.

* * *

Él le sugirió que fueran a su hotel, pero recordó la suite donde se habían reunido el día anterior y negó con la cabeza. Era demasiado pretenciosa.

–No –repuso ella–. Hay un café justo al lado de la boca de metro.

–Perfecto, el mejor sitio para hablar de tu embarazo –le dijo él con ironía–. Puede que tengamos suerte y la camarera quiera asesorarnos al respecto.

Quería decirle que no era ella solo la que estaba embarazada, que lo estaban los dos, pero se mordió la lengua. Sabía que solo en las series de televisión hablaban los futuros padres de esa forma. La vida real no tenía nada que ver con esas comedias.

–Es que no me gusta tu suite.

–Pero si no la has visto…

–Por supuesto que sí, ayer mismo.

–Caldwell reservó esa suite, no yo. Me alojo en el…

–No me importa dónde te alojes. No quiero ir.

Caleb levantó extrañado una ceja.

–Está bien –le dijo con seriedad–. Vamos a tu casa entonces.

Pero no quería volver con él al lugar donde había pasado todo. No pudo evitar sonrojarse.

–Podemos hablar aquí. Además, no tenemos mucho de lo que hablar. No espero nada de ti…

Caleb la agarró por los codos y la sostuvo así mientras la miraba a los ojos. Los neoyorquinos pasaban deprisa a su lado sin fijarse en ellos. Estaban acostumbrados a ver todo tipo de cosas.

–Esto no tiene nada que ver contigo ni conmigo –le dijo Caleb con firmeza–. Sino con esta… Con la situación que hemos creado.

–Es un bebé, no una situación –repuso ella.

–Ya sabes lo que quiero decir.

–Lo que sé es que ya he llegado a una decisión.

–Pero has tomado esa decisión sin consultarme.

–Es que no te incumbe.

Caleb se echó a reír con amargura.

–También es mi hijo y tengo la intención de hacer lo correcto.

–¿Lo correcto? ¿Qué significa eso?

–Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Por eso tenemos que hablar.

Sage asintió con la cabeza y a Caleb se le encogió el corazón al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas. Le pareció tan joven, tan perdida y tan vulnerable.

Sin pensárselo dos veces, inclinó la cabeza hacia ella y le dio un leve beso en los labios. Supo que había sido un error en cuanto sintió su suave boca bajo la de él.

Besarla le hizo recordar su sabor, su piel, su pasión y cómo había sido tenerla en sus brazos.

Se apartó de ella. Un taxi se acercaba hacia ellos. Levantó el brazo para detenerlo. Miró después a Sage. Estaba pálida y le temblaban los labios. Quería besarla de nuevo…

–Vámonos –le dijo con energía para no volver a caer en la tentación.

Pocos segundos después, iban de camino a Brooklyn.

Caleb no tardó en ver que el barrio de Sage tenía peor aspecto que la última vez.

Había media docena de cubos de basura en la acera y estaban llenos hasta arriba. Uno de ellos había caído al suelo y había basura esparcida por todas partes.

Había un grupo de chicos sentados en los escalones de la entrada al edificio. Se fijaron en Sage cuando bajó del coche, pero no tardaron en perder interés cuando salió él del taxi y los fulminó con la mirada. Supuso que su rostro reflejaría lo que estaba sintiendo, una ira que iba en aumento por momentos. Era como si quisiera contrarrestar esa especie de ternura que lo había dominado desde que salieran de la clínica y ella le dijera que estaba embarazada de él.

Agarró a Sage por el codo y la llevó hacia los escalones. Entraron en el cochambroso portal y subieron las escaleras hasta su piso.

–Las llaves –gruñó él sin mirarla a los ojos.

Abrió la puerta y la dejó pasar.

–Siéntate –añadió sin sutilezas mientras le señalaba el sofá.

Sage se cruzó de brazos y lo miró con el ceño fruncido.

–¿Crees que soy un perro? ¡Deja de darme órdenes!

Fue a la cocina y él la siguió. Vio que sacaba una taza y una caja de bolsitas de té. Después, llenó de agua una tetera.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo?

–Me voy a hacer una infusión –repuso Sage–. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Quieres una?

Era como si estuviera tratando de enfurecerlo a propósito. Quería agarrarla por los hombros y obligarla a que le prestara atención. Pero una parte de él deseaba agarrarla para poder besarla de nuevo.

No entendía lo que le estaba pasando. Era como si no pudiera pensar racionalmente cuando estaba con ella, pero no podía dejar que le volviera a ocurrir. Ya se había dejado llevar una vez con ella y había sido más que suficiente.

–Pues sí, me encantaría tomarme un té –le dijo con una sonrisa amable.

Después, se quitó la chaqueta, se desabrochó el primer botón de la camisa, se deshizo de la corbata, se desabrochó los puños y se arremangó la camisa.

–Ponte cómodo, por favor –repuso Sage con ironía al ver que ya lo estaba haciendo.

Él le dirigió otra sonrisa vacía.

–Gracias –murmuró mientras se sentaba–. Lo haré.

Sage lo miró con los ojos entrecerrados mientras él estiraba las piernas y las cruzaba a la altura de los tobillos. Le pareció que maldecía entre dientes y le entraron ganas de reírse.

La tetera silbó y Sage preparó las infusiones. Odiaba el té, le parecía que solo era para personas enfermas, pero estaba decidido a intentarlo.

–Esto no es té –le dijo cuando le puso su taza delante.

–No, es una infusión, ya te lo he dicho. ¿Quieres miel?

–¿Para qué?

–Para tu infusión.

–¿No tienes azúcar?

–No, he dejado de tomar azúcar blanco.

–Ni azúcar ni té. Eres una fanática de la salud, ¿no?

–Estoy embarazada –le recordó Sage sentándose frente a él–. ¿No sabes que las embarazadas no debemos tomar cafeína? Solo intento comer mejor. Tomo todos los alimentos naturales y biológicos.

–¡Ah! No lo sabía –repuso él sintiéndose algo avergonzado–. La verdad es que no sé nada sobre estas cosas.

–Lo sé, yo tampoco –le dijo Sage dejando que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

Caleb se levantó, arrancó un trozo de papel de cocina y se lo dio.

–Lo siento, Sage –le dijo en voz baja poniéndose en cuclillas a su lado.

–No es culpa tuya. Te lo he dicho de golpe, no has tenido tiempo de hacerte a la idea.

Acercó su silla a la de Sage y se sentó a su lado, tomando sus manos entre las de él.

–Los dos somos nuevos en esto, pero vamos a aprender deprisa –le

dijo él sonriendo–. Mira todo lo que acabo de aprender: no puedes tomar cafeína, pero te vienen bien las infusiones con miel. Yo soy un desastre para estas cosas, pero cambiaré.

Sage se echó a reír. Era una risa de verdad y le encantó oír ese sonido.

–Vamos, toma un sorbo de tu infusión –le dijo–. Muy bien. Otro más, excelente. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te haga algo de comer?

–Caleb…

–¿No? Bueno, entonces solo la infusión.

–Caleb –repitió Sage con más firmeza–. Estamos aquí porque tenemos que hablar…

–Bueno, ya lo estamos haciendo.

Sage asintió con la cabeza.

–Solo quiero que sepas que de verdad no espero nada…

–Escucha –la interrumpió él–. Somos dos adultos y vamos a enfrentarnos a esto como adultos.

Sage asintió de nuevo. A Caleb le pareció que los dos estaban más tranquilos. Mucho más tranquilos. Llegó a la conclusión de que antes se había dejado llevar por la ira porque le angustiaba no saber qué hacer, qué pasos seguir. Había tenido una vida muy lógica y metódica. Primero, en la facultad de Derecho, después en la CIA y más tarde en su bufete.

–Dame un minuto –le dijo ella de repente levantándose.

–No, no podemos seguir posponiendo esta conversación.

–Segunda lección sobre el embarazo, tengo que ir al baño continuamente –repuso Sage.

Caleb abrió sorprendido la boca.

Trató de pensar mientras la esperaba en qué pasos debía dar a partir de ese momento. Sabía que Sage era muy orgullosa, pero quería ayudarla en todo lo que pudiera.

Un par de minutos después, Sage regresó a la cocina.

Se había lavado la cara y se había peinado.

Sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. O tal vez fuera el estómago. De un modo u otro, era una sensación extraña. Recordó que no había comido nada esa mañana. Ni siquiera se había tomado un café.

Agarró la taza y bebió un poco. Trató de no vomitar.

Sage se echó a reír y él la miró a los ojos.

–Es como si estuvieras comiendo gusanos –comentó ella.

–Los gusanos están mejor –repuso él–. He crecido con dos hermanos y eso te hace estar siempre listo para cualquier desafío. Así fue como terminamos haciendo un montón de cosas de las que es mejor no hablar con gente educada.

Sage se sentó frente a él, ya no se reía.

–Creemos que estamos preparados para muchas cosas en la vida, pero supongo que nada te prepara para saber qué hacer cuando te enteras de que la mujer con la que… con la que has estado, se ha quedado embarazada.

–La mujer con la que hice el amor –la corrigió él en voz baja.

Sus ojos se encontraron. Después de unos segundos, Sage apartó la vista.

–Bueno, el caso es que he estado haciendo planes. Al menos, lo he intentado, pero con lo de Caldwell…

–Olvídate de Caldwell –replicó él–. No te volverá a molestar.

–¿Estás seguro?

–Sí, me encargaré de ello.

–Gracias.

–No me des las gracias, es lo que hay que hacer –le aseguró él–. Bueno, ¿qué planes tienes?

–Lo primero que quiero hacer es mudarme a otro sitio.

–Desde luego.

–No sé dónde buscar piso. He pensado que tal vez en Queens o Long Island. O quizás…

–Piso no, tiene que ser una casa con jardín –le dijo Caleb–. Un niño necesita sitio para jugar y un perro. Y tienes que elegir una con espacio para…

–Ya lo he pensado, pero el alquiler sería demasiado…

–Alquilar no es una buena idea. A lo mejor ahora sí, teniendo en cuenta cómo está la economía, pero eso hace que sea buen momento también para comprar y conseguir buenos precios.

–Puede que tengas razón, pero tengo que ser realista –le recordó Sage.

–Por supuesto. Y no te preocupes, ser realista es mi especialidad.

Caleb no se podía creer que le estuviera hablando como lo estaba haciendo. No entendía lo que le estaba pasando.

Sage lo miró con los ojos entrecerrados. Empezaba a ver que lo hacía a menudo.

–Llevo casi tres meses haciendo planes –protestó ella.

–Lo sé, pero…

–Nada de «peros», Caleb. Yo soy la que ha estado afrontando esta… ¿Cómo lo llamaste? Esta situación.

–Pero solo porque yo no sabía nada. Por cierto, ¿por qué no te pusiste en contacto conmigo cuando te diste cuenta de que estabas embarazada? –le preguntó él.

–Para empezar, ni siquiera sabía tu apellido. De hecho, no sé nada de ti, solo que vives en Texas. Lo que hicimos… lo que hice… –le confesó ruborizándose–. Aún no me lo puedo creer. No estoy orgullosa de ello.

Caleb no pudo evitar que la cabeza se le llenara de imágenes de lo que habían compartido esa noche, de la pasión que los había hecho arder entre las sábanas y en ese mismo piso. Había tratado de ignorar lo que sentía, pero al darse cuenta de que ella lo deseaba tanto como él a ella…

–Yo no me arrepiento de esa noche –le aseguró con la voz ronca–. Ninguno de los dos deberíamos arrepentirnos de lo que pasó.

Sage lo miró fijamente. Después, se puso en pie.

–No quiero hablar de ello.

Sage estaba cada vez más incómoda, necesitaba alejarse un poco de él. Pero Caleb también se levantó y fue hacia ella. Estaba demasiado cerca, su presencia era demasiado masculina.

–Para eso estamos aquí, para hablar de ello, Sage.

–Es del bebé de lo que tenemos que hablar, no de lo que…

–No he dejado de pensar en ti –la interrumpió Caleb–. No podía hacerlo.

–Calla, no quiero saber… –replicó ella cerrando los ojos–. No quiero…

–¡Yo tampoco! –le aseguró Caleb acariciándole con una mano el pelo–. Pero no puedo evitarlo. No dejo de recordar tu sabor, el tacto de tu piel, cómo fue estar dentro de ti…

Trató de apartarse de él, pero él no la dejó.

–No –le dijo ella.

Pero ya era demasiado tarde.

Caleb tenía la boca sobre la de ella y la estaba besando, besándola después de semanas de deseo reprimido. La besaba con pasión, pero también con ternura.

Sus lenguas se entrelazaron, jugando, dejándose llevar por las sensaciones. Sage no pudo ahogar un gemido de placer.

Una eternidad después, Caleb levantó la cabeza, pero no la soltó.

–¿Por qué no me lo dijiste ayer? –le preguntó él sin preocuparse por la emoción que había en su voz–. ¿Ibas a arriesgarte a pasar por esa prueba de paternidad en vez de decirme la verdad?

–Suéltame.

–Responde a la pregunta. ¿Por qué no me lo dijiste ayer?

–No te interesaba la verdad hace tres meses. ¿Por qué ibas a querer escucharla ayer?

–¿Qué quieres decir?

–Hablo de cómo saliste de aquí esa noche, sin molestarte en hacerme ninguna pregunta. Te limitaste a pegar a David, a decirme lo que pensabas de mí y a irte del piso.

–¿Y?

–¿No lo entiendes? Así fue como terminaron las cosas entre nosotros. ¿Creías que iba a decírtelo ayer en cuanto te vi en el hotel?

¿Como si te estuviera hablando del tiempo? Es un tema delicado.

Quería decirle a Sage que se equivocaba, pero tenía razón. Él no la habría creído. Ni siquiera sabía por qué la creía entonces. Pero una parte de él sabía que los acontecimientos de esa mañana lo habían cambiado todo. En la clínica la había visto como la mujer a la que había conocido hacía ya casi tres meses, una mezcla de vulnerabilidad y coraje. Esa mujer había conseguido conmoverlo como no lo había hecho ninguna antes.

–No debería haber salido de aquí como lo hice esa noche –reconoció en voz baja–. Dios sabe que no estaba en condiciones de hacer juicios morales sobre ninguna otra persona.

–Nadie está en condiciones de hacer juicios morales –repuso Sage–. Y menos aún sin hacer antes algunas preguntas.

–¿Qué podría haberte preguntado?

–Nada, no importa –le dijo ella con cansancio.

–Dímelo –le pidió él.

Sage lo miró y respiró profundamente antes de hablar.

–Me podrías haber preguntado, por ejemplo, si David y yo éramos amantes.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no lo erais?

–¿Me creerías si te contestara a esa pregunta?

Algo se agitó en su interior.

–Sí, Sage, quiero saber la verdad. ¿Erais amantes?

–No –le dijo ella con las lágrimas de nuevo en sus ojos–. Él era mi amigo. Mi mejor amigo…

Le entraron ganas de abrazarla y consolarla, pero no podía. Seguía imaginándosela con David.

–El día que murió fue el más duro de toda mi vida.

Caleb asintió con la cabeza. Quería darle palabras de consuelo, pero no lo hizo.

–¿Por qué estabais viviendo juntos?

–¿Es eso todo lo que te preocupa? –le preguntó Sage mirándolo con incredulidad.

–Responde, por favor –le dijo él fríamente.

–No estábamos viviendo juntos. No en el sentido en el que crees. David necesitaba un lugar para vivir temporalmente. Le dije que podía quedarse conmigo hasta que encontrara otro sitio.

–Entonces, ¿erais compañeros de piso?

–Sí, solo éramos amigos –replicó Sage perdiendo la paciencia–. Nada más.

Caleb asintió de nuevo, pero tenía más preguntas. No entendía por qué necesitaba preguntárselo, pero no se iba a quedar tranquilo hasta saberlo todo.

–¿Y dónde dormía?

–¡Maldito seas, Caleb! No sé por qué me molesto… ¡No te interesa la verdad!

–¿Dónde? –insistió él.

Le parecía increíble que un hombre pudiera vivir cerca de esa mujer y no desearla.

–Dormía en el sofá –le dijo ella con la voz tensa–. Puedes creerlo o no, pero es la verdad. Era más que un amigo. Era mi familia, el hermano que nunca tuve. Siempre me apoyó en todo. Hasta que se bajó de un autobús una noche oscura y un coche que se saltó un semáforo…

A Caleb se le rompió el corazón al ver que ni siquiera podía terminar la frase. Fue hacia ella para abrazarla, pero Sage se apartó.

–No había nada sexual entre nosotros –le aseguró enfadada–. Nunca lo hubo ni podría haberlo habido, Caleb. ¡David era gay!

Se quedaron de repente en silencio.

–¿Gay? –repitió Caleb.

–Sí, era homosexual –le dijo Sage mientras se limpiaba las lágrimas y le lanzaba una mirada que él no iba a olvidar nunca–. Eres un maldito idiota.

Sage salió de la cocina, fue a su dormitorio y cerró la puerta de golpe.

Caleb no se movió.

No habría podido hacerlo aunque hubiera querido.

Acababa de enterarse de que David Caldwell era gay. Sage y él no habían sido amantes.

Y él, Caleb Wilde, era exactamente lo que ella le había dicho que era, un maldito idiota.

Pero era más que eso.

Él era… era…

No se había dado cuenta de verdad hasta ese instante.

Sage estaba embarazada y él tenía en parte responsabilidad por esa vida que crecía en su vientre. Se dejó caer en la silla.

Iba a ser padre.

Capítulo 8

Sage se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta tras ella.

Estaba furiosa y respiraba con dificultad. No sabía cuál había sido más tonto de ellos dos, si Caleb o ella. Él ni siquiera había llegado a pensar que quizás hubiera malinterpretado las cosas, se había limitado a pensar lo peor de ella. Pero, por otro lado, no lo culpaba.

Lo había conocido a las nueve de la noche y debían de ser poco más de las diez cuando dejó que la acompañara a casa. Se había acostado con él pocas horas después, en mitad de una noche de insomnio.

El sexo había sido increíble, pero tenía muy claro que no había significado nada para Caleb y tampoco para ella…

«Mentirosa», se dijo mirándose al espejo.

Lo que habían compartido lo había significado todo para ella y en esos momentos llevaba a su bebé en el vientre. Se dio cuenta de que se había metido en un buen lío.

Cuando lo vio el día anterior en la suite del hotel, había pensado que las cosas no podían empeorar más, pero se había equivocado. No entendía por qué había tenido que decirle la verdad. Creía que las cosas habrían sido mucho más sencillas si no lo hubiera hecho.

Se dio cuenta de que estaba repitiendo los mismos errores de su madre. Había conocido a un tipo, se había acostado con él y se había quedado embarazada.

Se miró de nuevo en el espejo. Le parecía increíble que ella, de entre todas las personas, fuera a tener un bebé marcado desde el nacimiento por el estigma de ser un hijo ilegítimo.

Sabía que era una actitud muy anticuada, pero esa circunstancia había definido su infancia. Había crecido en un pequeño y conservador pueblo y había tenido una madre incapaz de dejar atrás el pasado.

Pensó que quizás por eso le había dicho la verdad a Caleb. A lo mejor una parte de ella había tenido la esperanza de que, al oír la noticia, quisiera…

No sabía qué había esperado. Quizás que le diera su apellido, que quisiera ser un padre para ese niño, aunque fuera a tiempo parcial, que estuviera presente en la vida del pequeño y que este tuviera a alguien a quien llamar «papá».

Se sentó en la tapa del inodoro.

Durante esas semanas, había tratado de no pensar en esas cosas. Se

había concentrado en el día a día, en encontrar otro lugar para vivir y un trabajo.

Se preguntó si lo habría hecho a propósito, si habría estado tratando de evitar recordar su propia infancia. No había tenido padre y su madre no se había cansado de decirle cómo un hombre le había destrozado la vida.

–Era un mentiroso –le había dicho siempre–. Como lo son todos los hombres. Me decía cualquier cosa para conseguir lo que quería de mí. Ninguna mujer debería confiar en los hombres.

Sus palabras se le habían grabado en la memoria. Años después, había visto cómo sus compañeras del instituto se enamoraban de chicos que les mentían para conseguir lo que querían. Lo mismo había pasado con otras chicas que querían ser actrices y habían caído en las trampas de productores que les prometían convertirlas en estrellas de cine.

En cuanto al sexo… Lo había probado. Una vez y durante su primer año en Nueva York. Lo había hecho sobre todo porque estaba cansada de oír a otras chicas que le decían que era algo maravilloso. Pero a ella no le gustó y no lo había vuelto a hacer.

Hasta esa noche de hacía tres meses, cuando descubrió que el sexo podía llegar a ser maravilloso con el hombre correcto.

–¿Sage? ¿Estás bien?

El golpe en la puerta la sobresaltó.

–Sí –repuso ella tratando de sonar tranquila–. Dame un minuto.

Se levantó, se agarró el borde del lavabo y respiró profundamente. Recordó ese viejo dicho que decía que la verdad hacía libre a las personas. Pero, en ese caso, no estaba tan segura.

Seguía sin entender por qué se lo había dicho.

Pensaba que quizás lo hubiera hecho por la manera en la que esa mañana se había hecho cargo de las cosas, negándose a que pasara por una prueba peligrosa para el bebé y para ella. Sabía que no era propio de una mujer de ese siglo que se sintiera impresionada cuando un hombre tomaba el mando, pero había dejado que Caleb fuera de nuevo ese caballero andante que llegaba para salvarla.

–Sage –insistió Caleb tratando de abrir la puerta–. Si te encuentras mal…

Se enderezó y abrió la puerta.

–Estoy bien –le dijo con calma.

Caleb no parecía muy convencido y no le extrañó. Acababa de verse en el espejo. Estaba pálida y tenía mala cara.

–En ese caso, tenemos que hablar –le recordó Caleb.

–Ya hemos hablado.

–No, todavía no.

Sage sabía lo que iba a pasar. Ese hombre, que a veces era el más

encantador del mundo y, a veces, un ser despreciable, estaba a punto de ofrecerle una importante cantidad de dinero para que saliera de su vida para siempre.

–Vayamos al grano, ¿de acuerdo, Caleb? Ya sé lo que vas a decir.

–¡Vaya! ¡Qué talento tan útil!

–Es mejor que te deje las cosas claras desde el principio. Quiero…

–Ya me has dicho lo que quieres –la interrumpió Caleb–. Un lugar para vivir y un trabajo. Ahora me toca a mí.

Lo que de verdad quería era que Caleb se fuera, pero se dio cuenta de que no iba a dejar de insistir hasta decirle lo que quería.

–De acuerdo –repuso mientras iba a la pequeña salita con él.

Caleb siguió a Sage. Le parecía increíble que una mujer vestida con unos simples pantalones vaqueros y una camiseta pudiera tener un aspecto tan elegante y regio, pero así era. No trató de entenderlo, era algo que le pasaba demasiado a menudo con ella.

Sage se sentó en una silla y él, en el sofá. Le dio la impresión de que estaba muy tensa y seguía bastante pálida, pero aparte de eso, parecía estar bien.

Había estado en el baño tanto tiempo que había empezado a preguntarse si estaría enferma. No sabía si era posible que las mujeres en su estado enfermaran con facilidad. Tenía que reconocer que no sabía nada de embarazos.

Tenía tres hermanas, pero las tres estaban demasiado centradas en sus carreras. Jake acababa de casarse y Travis aún no había sentado la cabeza. No se lo imaginaba con hijos.

Aunque tampoco él se habría podido imaginar estando en esa situación hasta esa mañana. Pero creía que, si su idea hubiera sido encontrar una mujer con la que tener un hijo, Sage habría sido una buena elección.

Tal vez incluso la elección perfecta.

Era una mujer inteligente, interesante y valiente. También era divertida, al menos cuando no estaban peleándose, algo que parecía dárseles muy bien a los dos. Pero también le gustaba eso de ella. Las mujeres nunca habían osado discutir con él.

Y, además de todas esas cualidades, Sage era muy bella. Su pelo era dorado como la luz del sol y sus ojos, del color del mar. Sabía que parecían clichés, pero era así. No podía mirar sus sonrosados labios sin desear besarlos otra vez.

Llevaba una camiseta enorme que ocultaba sus formas, pero las recordaba perfectamente. Tenía cada centímetro de ese cuerpo grabado para siempre en su memoria.

No había olvidado la forma de sus pechos, la suavidad de su piel, el color rosa pálido de sus pezones, su sabor.

Bajó un poco más la mirada. A primera vista, no parecía

embarazada. Pero se fijó más y le pareció notar una ligera curva en su vientre que se moría de ganas de acariciar.

–¿Caleb?

La miró a los ojos. Se preguntó si Sage sabría en qué había estado pensando, qué había estado reviviendo o cuánto seguía deseándola.

Sintió que despertaba cada músculo de su cuerpo y lo recorría un fuerte torrente de sensaciones.

Se levantó, se acercó a la ventana con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y se quedó con la vista perdida en la calle. Tenía que calmarse y no perder el control. No era el momento de pensar en otras cosas.

Respiró profundamente antes de empezar a hablar. Se giró hacia ella y vio que Sage también estaba de pie. Frunció el ceño y señaló la silla.

–Siéntate.

Sage levantó las cejas. No podía culparla por ello, le había hablado como si fuera un sargento.

–Lo siento –añadió sonriendo–. Te lo decía para que estuvieras cómoda mientras hablamos de…

–¿De nuestra situación? –terminó Sage por él–. Así fue como lo llamaste, ¿no?

Caleb vio que ya estaba perdiendo terreno y ni siquiera había empezado a hablar. No entendía por qué Sage estaba de pie, mirándolo con los brazos cruzados, y no se sentaba. Pensó que quizás estuviera esperando a que lo hiciera él.

Regresó al sofá y se sentó. Pocos segundos después, ella hizo lo mismo.

–Mira, Caleb, sé que no esperabas…

–Sage, la verdad es que no esperaba…

Habían hablado los dos al mismo tiempo y se quedaron callados.

–Tú primero –le dijo él.

Sage asintió con la cabeza.

–No es mi intención comportarme de manera hostil –comenzó Sage–. De hecho, sé que te debo una disculpa.

Caleb vio que se pasaba la lengua por los labios. Sabía que estaba nerviosa, pero el gesto lo hipnotizó por completo. Estaba seguro de que ella no era consciente de lo seductora que era.

Enfadado consigo mismo, se puso de pie de nuevo y comenzó a dar vueltas por la salita.

–Sí, me la debes –le dijo enérgicamente–. Deberías haberme dicho la verdad de inmediato, pero estoy dispuesto a perdonarte.

–Vaya, gracias –repuso Sage con sarcasmo.

Se dio cuenta de que su disculpa no era tan sincera como había creído, pero pensaba que se lo merecía.

–Lo que quiero decir es que tenemos un problema para el que necesitamos una solución.

Sage hizo una mueca de dolor y le lanzó una mirada letal.

–¡Pienso tener este bebé! –exclamó enfadada.

–¿Qué…? No, no me refería a eso. Ya sé que vas a tenerlo, de eso quiero hablar. Del bebé, de ti y de mí. Tenemos que ver cómo vamos a lidiar con todo esto.

Sage pareció tranquilizarse un poco, pero no mucho.

–Ya te he dicho antes que tengo planes, que…

–Supongo que te estará viendo un médico, ¿no?

–Bueno, sí, una enfermera de una clínica de planificación familiar.

–¿No tienes un ginecólogo privado?

A Sage no le gustaba el tono en el que se lo había preguntado Caleb, tampoco le gustaba que estuviera de pie y ella, sentada. Le parecía que de ese modo tenía ventaja sobre ella.

Así que se puso también de pie, pero Caleb seguía siendo más alto e imponente.

–No –respondió con calma–. No lo tengo.

–Bueno, de ahora en adelante lo tendrás.

–Sí, señor –repuso ella con ironía.

–¿Y este piso? No puedes quedarte aquí.

–¿Es que no me estabas escuchando? Ya te dije…

–¿Y tu dieta? ¿Estás comiendo bien?

–Solo paja y alfalfa –le contestó ella–. ¿Y tú?

–Bueno, no estamos hablando de mí, estamos hablando de…

Se quedó callado cuando captó lo que ella acababa de decirle. Notó cómo enrojecía su bello rostro. No parecía gustarle que se riera de él.

–Muy graciosa.

–Mira, Caleb. Te agradezco tu preocupación, pero hasta ahora lo he hecho muy bien yo sola y…

–¿Cuándo vas a mudarte? –la interrumpió de nuevo.

–Pronto.

–¿A dónde?

–Ya te lo dije. A Queens, a Long Island o puede que a Nueva…

–A Nueva Jersey, ¿no? Sí, ya me lo habías dicho.

–El caso es que aún no he concretado todos los detalles, pero tengo…

–No tienes planes, tienes ideas, Sage. Hay una gran diferencia. Y necesitamos planes de verdad para el bebé.

–Mi bebé –le recordó ella con énfasis.

–Nuestro bebé –la corrigió Caleb.

Se quedaron mirándose en silencio unos segundos. Fue en ese instante cuando se dio cuenta de verdad de su realidad. Y le pareció que a Caleb le pasaba lo mismo.

Estaba sin palabras. Se quedó mirando a Sage en silencio. Estaba embarazada de su hijo. Pero ella iba a estar viviendo allí y él, en Texas, a demasiados kilómetros de distancia.

Sabía que las distancias ya no eran insalvables, que podría llamarla continuamente, mandarle mensajes o verla por videoconferencia. También iba a ayudar mucho que él tuviera a su disposición los aviones privados de la familia, pero…

–Esto es lo que he decidido… –le dijo él cruzándose de brazos.

–¿Lo que has decidido?

–Déjame terminar.

–No, te ahorraré las molestias. No quiero tu dinero –repuso ella con firmeza–. No, no finjas sorpresa, sé lo que vas a decirme. Vas a firmar un cheque y pretendes que yo firme unos papeles. Sé que ese es tu plan, pero…

–¿De qué papeles hablas?

–No sé cómo se llaman. Algún documento que diga que he aceptado tu dinero y que no voy a volver a molestarte en el futuro para que…

Se acercó rápidamente a ella y la agarró por los hombros antes de que ella pudiera apartarse.

–¿Qué parte de lo que te he dicho no entiendes? –le preguntó él.

–¡Suéltame!

–¿No me escuchabas cuando te dije que este es nuestro bebé?

–Sí, te oí, pero sé que es una forma de hablar.

–¡Maldita sea! –gruñó él fuera de sí.

La tomó entre sus brazos y la besó.

«¿Qué estás haciendo, Wilde?», se dijo.

Pero no supo contestar. Ya no podía pensar.

Y creía que a Sage le estaba pasando lo mismo porque solo trató de apartarse durante unos segundos. Después, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

Separaron los labios y el beso se hizo más profundo y erótico. Era tan maravilloso como lo recordaba. Ya nada más importaba y la atrajo con fuerza contra su cuerpo.

–Nunca he dejado de desearte –le susurró él entre beso y beso.

–Yo te he deseado todos los días, todas las noches, cada minuto…

La besó de nuevo y ella le devolvió el beso con la misma intensidad. La tomó entonces en sus brazos y la llevó así al dormitorio, el lugar donde había empezado todo.

La desnudó rápidamente, no había tiempo que perder. Llevaba demasiado tiempo deseando volver a estar con ella. Necesitaba sentir sus cuerpos desnudos, piel contra piel.

–Caleb… –susurró Sage abriendo los brazos para darle la bienvenida.

Se arrodilló entre sus sedosos muslos y se deslizó dentro de ella.

Se quedó sin respiración. Estaba lista para recibirlo.

Tan cálida, tan húmeda… Se estremeció cuando Sage gritó su nombre entre gemidos de placer.

–Demasiado rápido –susurró él–. Demasiado rápido…

Trató de contenerse. No quería que aquello terminara demasiado pronto, quería más tiempo para que Sage pudiera disfrutar.

Pero ella no le permitió que tratara de aminorar el ritmo.

Era perfecto para ella y también para él.

Caleb le agarró las manos a Sage y se las levantó hasta colocárselas por encima de la cabeza sobre el colchón. Se hundió un poco más dentro de ella. Más profundamente con cada movimiento, más intensamente…

–Caleb… –susurró Sage mientras se contraía todo su cuerpo.

No tardaron en llegar al clímax, volando juntos sobre el resto del mundo.

A Caleb le pareció que tardó una eternidad en conseguir recobrar el aliento.

–¿Estás bien? –le preguntó en voz baja.

Sage sonrió.

–Sí –repuso ella.

–¿El bebé…?

–El bebé también está bien.

La besó y la abrazó con ternura.

–¿Seguro que no te he hecho daño?

–No, claro que no.

Lentamente, fue dibujando los rasgos de Sage con el dedo índice, pasándolo por sus labios, su garganta. Bajando después hasta los pezones.

–Tienes unos pechos perfectos, cariño.

Ella se sonrojó y ese detalle le encantó. Besó sus pechos y fue bajando hasta su estómago. Por fin pudo acariciar su vientre.

–Ya se me empieza a notar un poco de tripa –le dijo Sage en voz baja como si le hubiera leído el pensamiento.

Caleb se quedó sin aliento. Estaba emocionado. No podía evitarlo. Su hijo crecía allí.

–Estás aún más bella.

–¿Eso crees? –le preguntó sonriendo.

–No lo creo, lo sé.

Sage comenzó a acariciarle suavemente el pelo.

–¿Caleb?

–¿Sí?

–Hablaba en serio cuando te dije que… No quiero que te veas

obligado a…

La hizo callar con un beso.

–Este es nuestro bebé, Sage. Solo lamento no haber podido apoyarte desde el principio.

Vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

–No llores, cariño –le dijo con emoción–. Por favor, no llores. Vamos a hacerlo juntos, ¿me oyes? Ya no se trata de ti ni de mí. Solo hay un nosotros. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –susurró ella.

Besó sus lágrimas y después sus labios.

–Sage…

Estaba tan emocionada…. Abrió los brazos para recibir de nuevo a Caleb.

E hizo mucho más que eso. Abrió también su corazón a ese hombre.

Sage se despertó y se dio cuenta de que estaba sola en la cama. El corazón comenzó a latirle con fuerza. No podía creerse que Caleb se hubiera ido. Se incorporó para ponerse la bata, pero sonrió al ver que Caleb entraba en ese momento en la habitación.

Era tan guapo… Tenía el pelo revuelto. Solo llevaba puestos los pantalones y ni siquiera se había abrochado el botón superior. Le encantó verlo descalzo y sin camisa.

–Buenos días, dormilona –le dijo.

–¿Ya es por la mañana? –repuso sorprendida.

Se acercó a ella y se inclinó para besarla. Sus labios sabían a café.

–Por la mañana, por la tarde, no tengo ni idea –declaró besándola de nuevo–. He hecho café y una infusión para ti.

–Perfecto –repuso ella con una sonrisa.

–Pero si quieres podemos pasar de esas bebidas e ir directos a por el postre…

A Sage le sonaron las tripas en ese momento y Caleb sonrió. Le dio un beso en la frente y se puso de pie.

–Pensándolo mejor, ¿por qué no te levantas y desayunamos? Parece que tienes hambre.

Sage preparó huevos revueltos y Caleb, unas tostadas.

–¡Qué pena que no tengas queso! –dijo él mirando dentro de la nevera.

–Tengo requesón.

–Me refiero a queso de verdad. Hay que cortarlo, viene en unas piezas redondas… –se burló él–. Y tampoco tienes salchichas. ¡No me lo puedo creer! Unas salchichas me sentarían fenomenal ahora mismo.

–Por favor, no me digas que esa es tu comida favorita.
Caleb se rio entre dientes, cerró la nevera y se volvió hacia ella.
Se quedó sin aliento al verla. Era tan bella… No llevaba nada de maquillaje y se había soltado el pelo. Se había puesto sobre su curvilíneo y delicioso cuerpo una bata que se abría cada dos por tres.
–¿Caleb?
Se dio cuenta de que no la había contestado.
–Bueno, ese tipo de comida son las especialidades de la casa. Al menos de los hermanos Wilde.
Sage abrió sorprendida la boca y Caleb fue consciente en ese instante de que ella no sabía nada de su familia. Creía que no era el momento de hablar de ello y que ya tendría tiempo de hacerlo más tarde.
Pero se dio cuenta de que no iba a tener tiempo. No cuando estaba deseando volver con ella a la cama y aprovechar al máximo las horas que le quedaban allí. Tenía que estar de vuelta en Dallas al día siguiente.
Se miraron a los ojos y ella dijo su nombre. Abrió los brazos hacia ella y a Sage le faltó tiempo para acurrucarse entre ellos.
–Sage –susurró él mientras la levantaba en brazos para volver con ella al dormitorio.
Se besaron mientras iban hacia allí y, cuando por fin estuvieron en la cama, besó su cuerpo. Bajando poco a poco, deteniéndose para saborear la dulzura de sus pezones, su ombligo y la suave piel de sus muslos.
–Ahora me toca a mí –murmuró ella.
Sus manos estaban frías, pero su boca era muy cálida. Sus caricias fueron al principio algo cautelosas y muy delicadas. A lo mejor se equivocaba, pero le dio la impresión de que nunca había tocado a otro hombre como lo estaba tocando a él.
Se besaron durante mucho tiempo, deleitándose en los sabores y texturas de los labios del otro. Lo hicieron hasta que, de repente, ya no podían esperar más. Caleb necesitaba sentirla a su alrededor y Sage parecía estar deseando sentirlo dentro de ella.
Ella no tardó en llegar a un intenso éxtasis y él la siguió pocos segundos después, echando la cabeza hacia atrás y gritando su nombre. Después, se desplomó sobre ella.
Tras unos minutos inmóviles, se inclinó para besar suavemente su vientre, el lugar donde su hijo dormía. Sage le acarició la cabeza y se quedó dormida.
Caleb no podía dormir. Estaba demasiado ocupado pensando, planificando qué iba a hacer, tomando decisiones.
Después de un rato, se levantó con cuidado para no despertarla, recogió su ropa y fue al baño. Se duchó, se vistió y llamó a su piloto

para que preparara el avión.

Cuando terminó, volvió al dormitorio. Sage aún dormía. Se inclinó para darle un beso.

Ella se movió, suspiró y abrió los ojos con una gran sonrisa en los labios.

–Caleb –susurró.

Se sentó a su lado y tomó su delicada mano entre las de él.

–Tengo que volver a casa –le dijo–. Tengo una reunión que no puedo anular.

Sage dejó de sonreír.

–No, claro –repuso–. No pasa nada, lo entiendo.

–Volveré el próximo fin de semana y saldremos a buscar otro sitio donde puedas vivir, una casa. Me pondré en contacto con un agente inmobiliario.

–No te preocupes, ya lo haré yo.

–Por supuesto, pero que sea en un…

–Lo sé. En un barrio seguro –terminó Sage por él.

–Sí, por supuesto. Pero lo que iba a decir es que miraras cerca del parque.

–¿Del parque?

–Sí, cerca de Central Park si quieres vivir en Manhattan. Si no, he oído que hay una zona residencial en Connecticut que está muy bien.

Sage se echó a reír.

–Caleb, no voy a buscar piso en la Quinta Avenida ni en Connecticut.

–¿Por qué no?

–Porque no me lo puedo permitir –le dijo Sage perdiendo la paciencia.

–Eso es una tontería. Yo puedo pagarlo.

Sage lo miró de nuevo con los ojos entrecerrados. Caleb se dio cuenta de que había metido la pata una vez más.

–No voy a dejar que me mantengas –le dijo ella con seguridad.

–No se trata de mantenerte a ti, sino a nuestro hijo. ¿Acaso pensabas que no iba a hacerlo? ¿Crees que soy la clase de hombre que huye de sus responsabilidades?

Sage se sentó en la cama y levantó la cara hacia él.

–Una cosa es que quieras ayudarme con el niño, pero no voy a permitir que me trates como si fuera tu «responsabilidad».

Oyó cómo pronunciaba esa palabra y supo que Sage no había entendido lo que había querido decir. O él no se había explicado bien.

–Sage, cariño, a lo mejor no me he expresado con claridad…

–No, soy yo la que no te lo he dejado claro –lo interrumpió Sage–. Ante todo, quiero darte las gracias por querer ayudarme con…

Él echó la cabeza hacia atrás como si Sage acabara de abofetearlo.

–¡No! –le dijo con firmeza–. No te atrevas a darme las gracias.
–Solo quería…
–¿De eso crees que se trata? ¿Crees que solo estoy intentando ayudarte?
–No me he explicado bien. El caso es que he estado valiéndome por mí misma durante muchos años y puedo cuidar de…
–¿Vas a cuidar de mi hijo como has cuidado de ti misma?
–Para tu información, sé cuidar de mí misma.
–Sí, por supuesto –repuso Caleb con sarcasmo–. Mira el palacio en el que vives.
Sage se envolvió en la colcha, se aferró a ella como si fuera un escudo y se levantó.
–¿Sabes qué? Creo que es hora de que te vayas.
–Sí, yo también lo creo –repuso él yendo hacia la puerta.
Se detuvo antes de abrirla, se dio la vuelta y la señaló con el dedo. Estaba furioso.
–No sé qué clase de sinvergüenza crees que soy, pero no olvides lo que te voy a decir. Nunca huyo de mis responsabilidades.
A Sage le brillaban los ojos. Apenas podía contener las lágrimas de rabia.
–Ya me lo has dicho. Pero esto no es tu «responsabilidad», es un bebé.
–¡Maldita sea, eso ya lo sé! Es mi bebé.
–Este niño es mío –protestó ella–. Es parte de mí. Y si crees que voy a dejar que me apabulles y acoses como lo ha estado haciendo Thomas Caldwell hasta ahora…
Caleb maldijo entre dientes. Se dio la vuelta y se marchó antes de que Sage pudiera terminar de hablar.

Capítulo 9

Caleb no sabía qué era lo que querían las mujeres. Tenía muy claro que los hombres se habían estado haciendo esa pregunta durante siglos. Era algo sobre lo que había debatido durante años. Lo había hecho con sus hermanos, con sus compañeros de la universidad, en el cuartel de la Marina y también con los otros espías durante su estancia en la base secreta que la agencia tenía escondida en medio de las montañas de Virginia.

Pero no había conseguido dar con la respuesta. Nadie lo había hecho.

–No saben lo que quieren –concluía siempre Travis–. Si eres tierno con ellas, te toman por un cobarde y un flojo. Si eres duro, resulta que eres también un canalla insensible.

Caleb hizo una mueca y tomó un sorbo del whisky que le había servido la azafata.

Su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados en muy poco tiempo. Solo un día antes, no había sido más que un abogado representando los intereses de su cliente.

En esos momentos, era… No sabía ni siquiera lo que era.

Se veía como un hombre en la cuerda floja. Creía que lo único que podía hacer era poner un pie delante del otro y no mirar hacia abajo. Pensó que quizás debería haber hecho caso de la vieja máxima que decía que no había abogado más tonto que el que se representaba a sí mismo.

Pero…

Bebió otro trago.

En realidad, no estaba metido en ningún conflicto legal con Sage. Al menos no de momento. Solo esperaba que ella no tratara de quitarle los derechos que le correspondían.

–No conseguiría nada –murmuró.

Era el padre biológico de ese bebé que crecía en su vientre y eso le daba ciertos derechos. Le había dolido que lo comparara con Thomas Caldwell, no era como él. Ese hombre quería hacerse con la custodia de un niño que no era suyo. Caleb, en cambio, no estaba tratando de quitarle al niño, solo quería asumir el papel que le correspondía como padre.

No podía creerse que Sage fuera el tipo de mujer que quisiera impedírselo.

–¿Señor Wilde?
Levantó la mirada. La azafata lo sonrió con amabilidad.
–El capitán me ha pedido que le diga que las condiciones meteorológicas van a empeorar en un par de horas en la zona de Dallas. Puede que haya turbulencias.
No le sorprendió nada que el tiempo estuviera así. A juego con su vida personal.
–De acuerdo –le dijo–. Gracias.
–¿Necesita algo? ¿Quiere comer? ¿Le traigo un sándwich, por ejemplo?
Pero no quería comer nada. Prefería tener el estómago vacío para ver si ese whisky, el segundo que se tomaba, lograba hacer que se sintiera mejor.
–No, gracias –le dijo educadamente.
La mujer sonrió de nuevo y se fue.
Caleb bebió un poco más de whisky.
En momentos como ese, se alegraba de tener un avión privado a su disposición. Podía dar vueltas por la cabina como lo había hecho y beber lo que quisiera. No tenía que hablar con nadie, solo con el piloto y la azafata.
El problema era que no podía huir de sí mismo.
No dejaba de pensar en la última discusión que había tenido con Sage, tratando de averiguar cómo habían pasado de hacer el amor a declararse la guerra en cuestión de minutos.
Recordaba perfectamente su cara y la ira de sus ojos.
–¡Maldita sea! –murmuró dejando la copa de whisky en la mesita.
Sacó el teléfono del avión y marcó un número. Travis no tardó en contestar.
–Soy yo –gruñó él.
–¿Caleb?
–Sí, ¿no te lo acabo de decir?
–No. En realidad, solo has dicho «soy yo». Y, siento tener que decirte esto, hermano, pero hay millones de personas en este mundo.
–Muy gracioso –repuso malhumorado Caleb–. ¿Está Jake contigo?
–Sí, estamos juntos en El Sueño. Y dentro de nada estarás tú, ¿no? ¿O acaso llamabas para decirme que no vas a llegar a tiempo a la reunión?
–¿Estáis en el despacho de Jake en el rancho? Pon el teléfono en modo altavoz. Pero antes cierra la puerta.
–¿Alguna instrucción más? –le preguntó con sarcasmo Travis.
Caleb cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz con los dedos.
–Travis…
–¿Sí?
–Quiero hablar con los dos y tengo que advertirte que no estoy de

buen humor.

–Eso no es ninguna novedad. Siempre has sido demasiado serio y nervioso.

–Travis, necesito… necesito consejo.

Su hermano se quedó en silencio. Después, lo oyó hablando con Jake y diciéndole que quería hablar con los dos. Murmuraron, pero no podía entender lo que decían. Era como si Travis hubiera tapado el teléfono con la mano.

–¿Caleb? –lo llamó su otro hermano unos segundos después.

–¿Jake?

–Sí, soy yo –repuso Jake–. Me dice Travis que quieres…

–Sí, tengo que hablar con los dos de un tema que…

Se quedó callado unos segundos, no sabía cómo empezar, ni por dónde empezar. En realidad, no sabía si habría sido buena idea hacer esa llamada.

–¿Caleb? ¿Sigues ahí?

Aunque no podían verlo, asintió con la cabeza y carraspeó para aclararse la garganta.

–Imaginaos a un tipo que conoce a una mujer y pasa una noche con ella –comenzó Caleb.

–De momento, suena bien… –comentó Travis riéndose.

–La mujer está… está bien. Es bella, inteligente, divertida…

–Eso también suena bien –le dijo Jake.

–Es mucho más que eso, Jake. Es una mujer especial.

Sus hermanos volvieron a quedarse en silencio.

–¿Cómo de especial? –preguntó Jake.

–¿Especial especial? –preguntó Travis.

Caleb se puso de pie una vez más. No podía estarse quieto.

–Sí –repuso con la voz algo ronca–. El caso es que la conoce esa noche y no vuelve a verla. Pasa algún tiempo, un par de meses, y descubre que está… está embarazada.

Notó que sus hermanos se quedaban sin aliento.

–¿Y solo pasaron juntos una noche? –le preguntó Travis.

–Así es.

–¿No la ha vuelto a ver durante estos dos meses?

–Tres. En realidad, pasaron tres. Y, no, no se volvieron a ver después de esa noche. Él no tenía ni idea de que estuviera embarazada.

–¿Por qué no se lo dijo? –le preguntó Jake con incredulidad en la voz.

–No podía. No tenía… No sabía su apellido ni tenía su dirección o su número de teléfono.

–Pero ella afirma que es él quien la ha dejado preñada.

Caleb apretó los dientes al oír las palabras de Travis.

–No la «ha dejado preñada». Está embarazada y él es el padre, sí.

En el despacho de Jake en El Sueño, los dos hermanos de Caleb se miraron entre sí con preocupación.

–Y… –comenzó Travis midiendo mucho sus palabras para no ofender a Caleb–. ¿Él está seguro de que es el padre?

–Sí, está seguro.

–Entonces, ¿se ha hecho una prueba de paternidad?

–No os he llamado para que me sometáis a un interrogatorio, llamé para…

–Para pedirnos consejo –lo interrumpió Travis mientras le hacía un gesto a Jake para que le diera papel y algo para escribir.

¿De qué demonios está hablando?, escribió Travis. Al leerlo, Jake le contestó en el mismo papel: *Yo qué sé, no soy adivino.*

Caleb se cansó de dar vueltas por el avión. Volvió a su asiento, tomó su copa y se la terminó.

–El problema es que ella no quiere hacer nada de lo que él le ha pedido que haga.

–¿Te refieres a la prueba de paternidad? –le preguntó Travis.

–No.

–Entonces, ¿él quiere que ella no siga adelante con el…? –quiso saber Jake.

–No, lo que quiere es que se vaya del piso en el que vive, que está en un barrio peligroso. Quiere que la trate un buen ginecólogo, que le deje comprar todo lo que necesite… Quiere cuidar de ella y del bebé cuando nazca.

–Por supuesto –repuso Jake con calma.

–Parece que tu amigo quiere hacer lo correcto –dijo Travis.

–Exactamente –contestó Caleb–. Quiere hacer lo correcto, lo lógico y lo responsable.

Se quedaron en silencio de nuevo.

Caleb se levantó y caminó un poco más por el avión. En el rancho de la familia Wilde, también Jacob y Travis comenzaron a dar vueltas por el despacho.

–Y ¿quién es este hombre del que estamos hablando, Caleb? –le preguntó Travis.

–Un amigo –contestó Caleb rápidamente–. Un tipo al que conozco.

–Bueno, si quieres mi consejo –le dijo Jake–. Creo que no debería hacer nada precipitado.

–Lo sé –repuso Caleb–. Pero tiene que hacer algo. Es su bebé y ella, su mujer. Bueno, en realidad no es su mujer, pero…

–Yo creo que, en primer lugar, tu amigo debería hacerse una prueba de paternidad –le comentó su hermano Jake–. Después, que busque un abogado que solucione el tema legal y…

–Y también el económico. Hay que ver qué tipo de obligación

financiera está dispuesto a asumir tu amigo –intervino Travis–. Hacia la mujer y hacia el niño.

–Ya os he dicho que ella no quiere…

–Si de verdad no quiere dinero –lo interrumpió Jake–, él puede crear un fondo fiduciario. Si ella quiere usar ese dinero, bien. Si no, bien también.

–Eso no es una solución. ¿Y si no quiere usar ese dinero? Mi amigo no puede dejar que siga viviendo con dificultades ni permitir que crie al niño en la pobreza cuando es innecesario.

Jake maldijo entre dientes al oír la respuesta de su hermano.

–¿Caleb? ¿Esta mujer es importante para ti…, perdón, para tu amigo, o solo quiere ser responsable?

–Bueno, quiere ser responsable…

Pero Caleb no terminó la frase.

–Sí, claro que le importa –continuó–. Ya os he dicho que es muy bella, inteligente…

–Escucha, Caleb –le dijo Jake–. Tienes que pensártelo, ven a casa. Podemos hablar de…

–Hablar sin más no soluciona los problemas –lo interrumpió Caleb–. Hay que tomar decisiones. Cuando las cosas van mal, hay que actuar, no hablar. Y esto está empezando a ir mal.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Jake en voz baja.

Caleb no respondió.

–Caleb, dinos lo que ha pasado.

–Ya lo he hecho –repuso Caleb con mucha calma–. Y me habéis ayudado mucho.

–Caleb, ¿nos has estado hablando de esa mujer de Nueva York? –le preguntó Travis–. ¡Maldita sea, Caleb! ¿Eres tú el amigo del que hablas?

–¿Yo? –repitió Caleb tratando de sonar indignado–. ¿Hablas en serio? ¿Me metería yo en un lío así? Ya os he dicho que se trata de un amigo.

–¿De quién? –le preguntó Jake.

Pero Caleb ya había colgado.

Durante un buen rato, Jake y Travis se quedaron callados.

–Dios mío –susurró Jake.

Travis asintió con la cabeza.

–No sé qué deberíamos hacer –repuso Travis–. Aunque parecía tranquilo al final. Pero estoy seguro de que estaba hablando de él mismo.

–Sí, yo también –reconoció Jake–. ¿Qué va a hacer?

Travis se quedó pensativo. Después, suspiró.

–Lo malo es que se trata de Caleb. Y lo bueno, es que se trata de Caleb. Ya sabemos cómo es.

–Sí, nunca habla de lo que siente ni pide consejo –le recordó Jake.

–Pero lo acaba de hacer.

–No, en realidad no lo ha hecho. Lo que quería era hablar de la situación en voz alta para poder encontrar una solución.

Hubo un silencio.

–¿Y ahora qué? –murmuró Travis–. ¿Tratamos de averiguar dónde está y vamos a por él?

–Si lo hubierais hecho conmigo después de que fuera tan tonto como para dejar a Adoré, o Addison, que es como prefiere que la llamen, os habría dado una paliza. Y, aunque me hubierais dado buenos consejos, no los habría aceptado.

–Tienes razón, creo que será mejor no presionarlo –le dijo Travis.

–Además, no hay nadie más reflexivo y cerebral que él. ¿Recuerdas cómo solíamos llamarlo de niños?

–Sí –contestó Travis–. Tienes razón. Superlógico no haría ninguna locura.

–Ni tomaría decisiones de manera precipitada –repuso Jake sonriendo.

Travis lo contestó con la misma sonrisa. Pero solo ellos, que se conocían bien, sabían que eran sonrisas falsas.

Muy por encima de la tierra, aún a cientos de kilómetros de Dallas, Superlógico miraba el cielo a través de la ventanilla del avión. Había muchas nubes, una auténtica masa de nubes.

Y su blancura le hizo recordar la acogedora cama de Sage, el espacio que había compartido hacía solo unas horas con ella.

Sage.

No podía quitarse de la cabeza las lágrimas de rabia que había visto en sus ojos cuando salió del piso.

Eran lágrimas que podría haber conseguido secar con besos. Lágrimas que podría haber hecho desaparecer al instante si se hubiera atrevido a decirle entonces las palabras que había sentido en su corazón.

Se levantó y fue hasta la cabina del piloto.

–Ted.

–Sí, señor Wilde. Estaba a punto de decirle a Sally que le comunicara las buenas noticias. Han mejorado las condiciones meteorológicas y ya…

–Volvemos –lo interrumpió Caleb.

–¿Cómo, señor?

–Volvemos a Nueva York, al aeropuerto Kennedy. No sé si necesitas comunicar un nuevo plan de vuelo o lo que sea, pero…

El piloto sonrió.

–No hay problema, señor. Siguiente parada, aeropuerto Kennedy.
Caleb asintió, volvió a su asiento y trató de pensar en cómo podría lidiar de la mejor manera posible con la batalla que estaba a punto de librar.

Cuando el avión aterrizó en Nueva York, Caleb seguía sin saber qué iba a hacer.
No sabía cómo hacerle ver a Sage que solo quería hacer lo que tenía que hacer, lo mejor para todos. Ella era muy independiente y había descubierto que se enfadaba con facilidad.
Había llamado desde el avión a una empresa de limusinas para que lo estuviera esperando un coche en el aeropuerto, pero le habían dicho que iba a tener que esperar una hora, así que había decidido alquilar él mismo un coche.
–¿Quiere algún modelo en especial, señor? –le habían preguntado en el mostrador de la empresa.
–Lo más rápido que tengan.
Había alquilado un deportivo. El trayecto hasta Brooklyn, que debería haber sido de una hora, lo hizo en treinta minutos.
Detuvo el coche frente al edificio de Sage, al lado de una boca de incendios y un par de chavales que parecían miembros de alguna pandilla callejera. Sacó dos billetes de cien dólares de su cartera, los rasgó por la mitad y les dio medio billete de cada uno a los chicos.
–Si el coche todavía está aquí cuando vuelva y lo encuentro impecable, os daré las otras mitades de los billetes.
Los chavales sonrieron y asintieron.
Caleb subió los escalones de la entrada, abrió la puerta del portal y fue escaleras arriba hasta la planta donde estaba el piso de Sage.
El corazón le latía con fuerza y sabía que no tenía nada que ver con el ejercicio que había hecho subiendo deprisa esas escaleras.
Aún no sabía qué iba a decirle ni cómo iba a poder convencerla para que no fuera tan terca.
«¿Dónde está mi cerebro de Superlógico cuando lo necesito?», se dijo.
Respiró hondo. Esperaba que, una vez que empezara a hablar, consiguiera convencerla y usar ese sentido de la lógica del que siempre había presumido. Creía que se le daba bien hablar, especialmente bajo presión. Era una de las razones por las que se había convertido en un gran abogado.
«Hazlo y ya está», pensó antes de llamar al timbre.

Sage acababa de salir de la ducha. Una ducha de agua fría.

Se envolvió en una toalla y fue descalza hasta el teléfono para llamar a la persona que se encargaba del mantenimiento de ese edificio.

–No tengo agua caliente –le había dicho.

El hombre había bostezado al oírlo y le había dicho que ya intentaría arreglarlo cuando pudiera. Sabía que eso significaba que no pensaba hacer nada al respecto. Le enfadó tanto su actitud que le cantó las cuarenta por teléfono. Sabía que eso no la iba a ayudar con la avería del calentador, pero tenía que desahogarse con alguien. Llevaba horas llorando.

El encargado del edificio no tenía la culpa de que estuviera como estaba. Era Caleb el verdadero causante de sus lágrimas.

Ese hombre no parecía entender que ella no quisiera lo que le estaba ofreciendo. No necesitaba su apoyo financiero, prefería valerse por sí misma.

Lo que le habría encantado que le ofreciera… Lo que había esperado de él era…

El timbre de la puerta interrumpió sus pensamientos.

Le sorprendió mucho que el encargado del mantenimiento hubiera acudido tan pronto en su ayuda.

Se miró de arriba abajo. Llevaba puesto un albornoz, estaba descalza y tenía el pelo mojado y aplastado contra la cara. No tenía buen aspecto, pero eso no le preocupaba. Tampoco el señor Del Gatto solía preocuparse demasiado por su imagen. Llevaba los pantalones vaqueros tan bajos que, cuando se ponía en cuclillas bajo el fregadero de la cocina, solía mostrarle más de lo que le hubiera gustado ver.

Un puño golpeó con impaciencia la puerta.

–¡Maldita sea! –exclamó Caleb al otro lado de la misma–. ¡Abre la puerta!

Sage siempre había pensado que frases como «quedarse sin aliento» no eran más que recursos literarios, pero en ese momento lo sintió. Le pareció que se quedaba sin aire en los pulmones y que palidecía por momentos.

Caleb había vuelto. No se lo podía creer.

–¡Sage! –la llamó sin dejar de golpear la puerta–. ¡Abre!

Después de dudar unos segundos, respiró profundamente y fue hacia allí. Corrió el cerrojo, quitó la cadena de seguridad y abrió.

Caleb parecía más grande e imponente que nunca. Y estaba muy enfadado.

Lo miró con los ojos entrecerrados. No entendía por qué estaba así.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Caleb la miró de arriba abajo. Sage estaba hecha un desastre. Tenía el pelo mojado, el mismo albornoz viejo, los pies descalzos… Notó cómo crecía ese sentimiento de rabia que tenía en su interior. Cada

vez era más potente.

–¿Cómo es que esta puerta no tiene mirilla? –le preguntó él.

–No lo sé –repuso Sage con frialdad–. Habría que preguntárselo al fabricante.

–Es ridículo que tengas que abrir la puerta sin saber quién te espera al otro lado.

Sage se cruzó de brazos. Parecía cada vez más enfadada.

–Muy bien, gracias por tu opinión. Se lo comentaré al dueño del edificio. ¿Para eso has vuelto? ¿Para hablar de las puertas?

–No, por supuesto que no. He vuelto porque…

Tragó saliva. Su ira iba desapareciendo para dar paso a otro sentimiento muy distinto. No sabía lo que era, pero le asustaba.

–Sage, tenemos que hablar.

–Prueba con otra excusa, Caleb. Ya lo hemos hablado todo.

–Esta vez, vamos a hablar con sensatez.

Sage abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo. Se dio cuenta de que Caleb tenía razón. Habían discutido, pero no habían hablado. Y, después de todo, tenían un interés común.

–De acuerdo, cinco minutos –le dijo ella con frialdad mientras abría un poco más la puerta para que pasara.

Caleb entró y cerró la puerta tras él.

–Está bien –repuso–. Para empezar, en lo referente al dinero…

–No voy a hablar de eso otra vez –le dijo ella.

–Está bien –repitió Caleb con impaciencia–. No hables, limítate a escuchar. Quiero cuidar de ti. ¿Por qué te parece tan horrible esa idea?

–Porque no necesito a nadie que cuide de mí.

–Puede que no, pero es algo que tengo que hacer. Siento que necesito cuidar de ti.

Caleb estaba perdido.

Su idea había sido hablarle con lógica, pero se había olvidado de ello. Se olvidaba de todo excepto de lo que sentía por la mujer que tenía frente a él. Era tan fuerte y tan bella que lo dejaba sin respiración.

Maldijo entre dientes, la tomó entre sus brazos y la besó. Al principio fue un beso duro, apasionado, pero no tardó en hacerse mucho más tierno.

–No –susurró Sage entre besos–. Por Dios, Caleb, no…

Pero sabía que era una protesta sin fuerza. Sage lo estaba besando con la misma pasión con la que lo hacía él. Podía saborear sus lágrimas, que habían caído sobre sus labios, y se sintió muy conmovido. La abrazó con más fuerza. Podía sentir los latidos de su corazón contra el de él.

–Sage –le dijo en voz baja–. Lo siento, cariño. No era mi intención

hacerte daño.

Se separó unos centímetros de ella para tomar su cara entre las manos y poder mirarla a los ojos.

–No quiero ayudarte porque piense que es mi responsabilidad –le aseguró–. Se trata de nosotros. De ti, de mí, del bebé que creamos juntos.

–Eres un buen hombre, Caleb Wilde. Sé que quieres hacer lo correcto.

–Quiero algo más que eso, quiero algo real –le dijo besándola–. Quiero que seamos una familia.

–¿Qué estás diciendo, Caleb?

–Sage, cásate conmigo –le dijo con solemnidad–. Sé mi esposa.

–No… –repuso ella con los ojos muy abiertos–. No, eso es una locura.

–Escúchame, cariño. Nos llevamos muy bien.

–Excepto cuando nos gritamos el uno al otro.

–Excepto en esos casos –admitió él–. Pero solo porque eres tan terca como yo.

Le pareció que a Sage se le escapaba una leve sonrisa.

–Nos respetamos y lo pasamos bien juntos, tanto en la cama como fuera de ella –le recordó él poniendo la mano sobre su vientre–. Y vamos a tener un hijo. Me parece que tenemos una base lo suficientemente sólida como para construir un buen matrimonio sobre ella.

Sage se quedó mirando los ojos de su amante. Creía que quizás tuviera razón. Tenían unos cimientos sólidos sobre los que construir una relación estable. Sabía que el mundo estaba lleno de personas que se casaban con mucho menos a su favor.

Pero ella quería más y no pudo contener las lágrimas que rodaron por sus mejillas.

Quería que Caleb la amara. Quería su corazón. Quería saber que ese hombre la querría en su vida aunque no estuviera embarazada de él.

Porque ella lo amaba.

Amaba a ese hombre honrado, amable, decente, arrogante e imposible.

–Sage –le susurró mientras le limpiaba las lágrimas con los pulgares–. Te voy a hacer feliz. Te lo prometo. ¿Quieres casarte conmigo?

Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas y, una vez más, Caleb comprobó que era imposible entender a las mujeres. Había estado seguro de que Sage iba a negarse cuando oyó por fin su respuesta.

Sage se puso de puntillas y le dio un leve beso en los labios.

–Sí.

Capítulo 10

Sage había nacido en un pequeño pueblo de Indiana. La prensa se refería a esa parte de Estados Unidos como la «América profunda» y los meteorólogos la llamaban «el valle de los tornados». Pero ella había tenido suerte.

Los tornados habían aniquilado zonas muy cercanas, pero nunca habían tocado la pequeña casa de madera en la que había crecido.

Solo un tornado la había sacudido con fuerza. Pero no se trataba de un dramático fenómeno meteorológico como los que abundaban en la zona, sino de un hombre llamado Caleb Wilde.

Había visto suficientes películas románticas para saber qué pasaba en ellas después de que una mujer aceptara una propuesta de matrimonio. Siempre había besos, risas y mucha alegría.

No había habido nada parecido entre ellos dos, pero tampoco le extrañaba. Sabía que la propuesta de Caleb se había basado en su sentido del honor. Lo había hecho porque tenía principios y pensaba que era lo que tenía que hacer.

Aun así, le habría gustado que el momento de ternura que habían compartido después de que ella le dijera que sí hubiera durado un poco más, pero Caleb se había apartado de ella enseguida para concentrarse en hacer unas llamadas.

Le había dado un beso rápido y le había dedicado una sonrisa, pero se había concentrado enseguida en su teléfono. Se había transformado de repente en alguien que no conocía.

Pero se dio cuenta entonces de que en realidad no lo conocía.

En ese momento, estaba comportándose como un hombre eficiente y autoritario. Lo observó mientras hacía un par de llamadas rápidas que consistían principalmente en órdenes por su parte. Era como si se le hubiera olvidado que ella seguía allí con él. Pero levantó en ese instante los ojos para mirarla.

–Haz la maleta –le ordenó.

No le dijo nada más y le dio la espalda, mientras esperaba a que le contestara la persona a la que acababa de llamar.

–Ted –dijo secamente Caleb–. ¿Cuánto tiempo necesitas para…?

–¿Por qué?

–Espera un momento, Ted –le dijo Caleb a su interlocutor–. ¿A qué te refieres?

–¿Por qué quieres que haga la maleta?

–Para que podamos irnos de aquí cuanto antes.
–Pero ¿a dónde vamos?
Él se quedó mirándola unos segundos. Después, le dijo algo más al hombre del teléfono, le comunicó que lo vería una hora más tarde y colgó.
–Al aeropuerto –le dijo Caleb–. Pero no necesitas mucho. Solo un cambio de ropa, tu cepillo de dientes, esas cosas… Aunque, ahora que lo pienso…
–¿De qué estás hablando?
–De lo que vayas a necesitar –le contestó Caleb–. Pero no te preocupes demasiado. El cuarto de baño del avión está completamente equipado. Hay cepillos de dientes, champú, todo lo que necesites.
–¿Te estás haciendo el tonto a propósito? ¿Quieres explicarme de qué estás hablando? –preguntó ella perdiendo la paciencia–. ¿De qué aeropuerto hablas? ¿El avión? ¿De verdad crees que me puedes pedir que haga algo sin explicarme de qué se trata?
Vio que había conseguido sorprenderlo. Le dio la impresión de que no había mucha gente que osara hablarle como acababa de hacerlo ella.
Se quedó callado un par de segundos, era como si estuviera tratando de decidir cuál era la mejor manera de explicarle sus planes para evitar que ella se negara a participar en ellos.
Pero, finalmente, asintió con la cabeza e incluso sonrió.
–Supongo que debería explicártelo.
–Buena idea –repuso ella con ironía.
–Nos vamos a Texas.
–¿Nosotros quiénes? ¿Ese tal Ted y tú?
–No, Ted es mi piloto.
–¿Tu piloto? ¿Quieres decir el piloto de tu avión?
–Eso es.
Sage no se podía creer que tuviera su propio avión y su propio piloto. Pero entonces no entendía por qué le había pedido que hiciera la maleta y…
Se quedó sin aliento.
–Espera un minuto. ¿Crees que me voy contigo a Texas?
–Claro –repuso Caleb–. ¿Tienes algún problema?
Lo miró fijamente.
–No, tú eres el que tiene el problema –le contestó ella con frialdad–. Porque no me voy a ninguna parte.
–Mira, Sage, no tengo tiempo para discutir. Tengo que volver a Dallas.
Cada vez estaba más enfadada. Lo miró con los ojos entrecerrados.
–Nadie te detiene, vete –le dijo.
–Maldita sea, Sage…

Pero Caleb se calló cuando sonó su teléfono. Trató de ignorarlo, pero seguía sonando. Al final, murmuró algo, se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

–Caleb, escúchame –le dijo ella.

Pero él levantó la mano para que se callara.

–¿Sí? Sí, es correcto. Llame a mi despacho, mi asistente se encargará de…

Caleb empezó a dar vueltas por la salita mientras hablaba y ella lo observaba. Trataba de mantener una expresión fría en el rostro, pero el corazón le latía con fuerza.

No se podía creer que Caleb pensara que iba a irse a Texas con él.

Texas le parecía casi el extranjero. Nunca había estado en el sur del país. Lo más al sur que había visitado había sido en el estado de Nueva Jersey. No podía irse, tenía una vida allí. Además, no sabía nada de Caleb ni de su familia…

Pero acababa de convertirse en su prometida.

Sintió en ese momento que había cometido un grave error.

–Caleb –le dijo bruscamente–. Caleb, escucha…

Pero él levantó de nuevo la mano para que se callara.

Era un gesto autoritario. Le molestaba mucho que Caleb esperara que ella se limitara a obedecer sus órdenes sin rechistar.

Cada vez estaba más enfadada y dejó que esa ira creciera dentro de ella. Era más fácil lidiar con ese sentimiento que con el terror que empezaba a inundarla al darse cuenta de la decisión que acababa de tomar.

Fue hacia Caleb y se colocó delante de él para que no pudiera seguir dando vueltas por el salón, no le habría extrañado nada que hubiera desgastado la alfombra después de caminar por ella durante tanto tiempo.

Caleb se detuvo y levantó las cejas.

–Cuelga –le dijo entre dientes.

Vio que fruncía el ceño.

–Lo digo en serio, Caleb. Cuelga. ¡Ahora mismo!

Él la miró como si fuera una extraterrestre.

–Luego te llamo –le dijo Caleb a la persona con la que había estado hablando por teléfono.

Dejó el móvil en una silla, se cruzó de brazos y la miró.

–¿Qué pasa?

–¿Recuerdas lo que te dije sobre Thomas Caldwell?

–Sí, lo recuerdo. Y no me gustó nada que me compararas con él.

–Poco me importa si te molestó o no. Me siento como si hubiera salido de una mala situación para meterme en otra aún peor.

Caleb la fulminó con la mirada.

–Yo no soy como Caldwell –le dijo con firmeza–. ¿De acuerdo?

–No, pero lo que haces conmigo es muy parecido a lo que pretendía hacer él.

–¡De eso nada!

–No puedes tomar decisiones por mí. No tienes derecho a hacer nada que tenga que ver conmigo sin ni siquiera consultármelo.

–Yo no he hecho eso.

–¿No?

–No –replicó Caleb–. Bueno, sí. Lo que quiero decir es que…

Caleb suspiró y la miró a los ojos.

–Sage, solo estoy tomando el control de la situación para tratar de agilizar las cosas, nada más –le dijo.

–¿Y para eso tienes que llevarme casi a rastras hasta Dallas?

–Vivo allí. Es donde tengo el bufete y donde trabajo. Tengo compromisos que…

–Lo sé. Tienes tu vida en Dallas.

–Eso es. Exacto. Y…

–Y yo tengo mi vida aquí. No puedes llegar y decidir que…

–Entonces, ¿pensabas que lo nuestro iba a ser una relación a distancia? ¿Contigo aquí en Nueva York y conmigo en Texas? ¿Crees que quiero ser un marido y un padre solo a tiempo parcial? –le preguntó Caleb–. No sé cómo fue tu infancia, pero yo crecí en una familia así y no me gusta.

–Bueno, yo solo tenía a mi madre, pero…

–¿Pero qué? ¿Me vas a decir que tuviste una infancia feliz y que lo has superado? –la interrumpió Caleb dando un paso hacia ella.

Se acercó tanto que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

–Tal vez tú sí lo hiciste, pero te aseguro que yo no. Y no le voy a hacer lo mismo a mi hijo.

Sage abrió la boca, pero después la cerró. No quería mentirle a él ni a sí misma.

–Tienes razón –le confesó–. Fue muy duro también para mí, pero…

–¿Pero qué? ¿No quieres más para nuestro hijo? Yo te aseguro que sí.

Sage se quedó mirándolo. Creía que lo que decía tenía sentido, también ella quería una vida diferente para su hijo, el hijo de ellos dos, pero… pero…

Se dejó caer en el sofá.

Tenía la sensación de que todo estaba pasando demasiado deprisa. Todo era demasiado nuevo. Acababa de hacerse a la idea de que estaba embarazada y, de repente, tenía además a ese hombre en su vida. Y no se trataba de un hombre cualquiera. Caleb era poderoso, exigente, maravilloso, increíble… Pero lo que quería de él no era lo que le estaba ofreciendo, quería…

–Sage –le susurró Caleb poniéndose frente a ella en cuclillas–. Sage, mírame.

Ella negó con la cabeza. No quería mirarlo, no cuando le hablaba con tanta suavidad en la voz, no cuando estaba tomando sus manos y llevándoselas a los labios.

–Cariño…

Lo miró entonces a los ojos y vio en la inmensidad azul de su mirada todas las cosas con las que una mujer podía llegar a soñar.

–Caleb –repuso ella con voz temblorosa–. Es–es demasiado. Me siento como si me hubiera montado en un tiovivo del parque de atracciones para descubrir poco después que se trata en realidad de la montaña rusa más alta, peligrosa y rápida del mundo.

Caleb se rio al oírlo.

–Me han llamado muchas cosas, cariño, pero nunca me había dicho nadie que soy la montaña rusa más alta, peligrosa y rápida del mundo. Es la primera vez.

Sage también se echó a reír, pero Caleb sabía que en realidad estaba tratando de no llorar. Le destrozaba verla así.

–Lo siento –le dijo con sinceridad–. Sé que debería darte más tiempo. Lo suyo sería ir despacio y llegar a conocernos poco a poco. Podríamos, por ejemplo, salir a cenar, ir al cine, al parque, a algún museo, al zoológico…

Vio que le caían dos lágrimas por las mejillas.

–Vaya, veo que al zoológico no quieres ir, ¿verdad? –le susurró mientras le secaba las lágrimas con los pulgares.

–No me gusta ver a los animales en jaulas –repuso ella sin poder dejar de llorar.

–¿Ves? Ya tenemos algo en común. A mí tampoco me gusta. Lo ideal sería poder pasar unos días aquí contigo, volar después a Dallas para poder trabajar y regresar a Nueva York el próximo fin de semana. Después de un par de semanas así, te llevaría conmigo a casa para enseñarte mi pueblo y El Sueño.

–¿Qué es El Sueño?

–Es el rancho de mi familia.

–¿Tenéis un rancho? –le preguntó ella–. ¿Un rancho de verdad?

Caleb pensó en las doscientas mil hectáreas que formaban El Sueño. Tenían varios establos, graneros, prados de entrenamiento para los caballos. Era uno de los ranchos más importantes de esa zona. Tenían sementales que habían sido premiados y sus yeguas parían potros que eran muy valorados en el mundo equino. Además de pozos de petróleo, minas…

–Sí –respondió él–. Es un rancho de verdad.

Se sacó un pañuelo limpio del bolsillo y lo colocó sobre la nariz de Sage.

–Vamos, cariño, suénate.

Sage hizo lo que le pedía. Después, él tomó de nuevo su pañuelo y la abrazó contra su torso, acariciándole con ternura el pelo y la espalda.

–Te va a gustar mucho El Sueño, Sage, ya verás. Y también mi familia.

–Tu familia... –susurró Sage–. Se me había olvidado. Tienes dos hermanos y tres hermanas, ¿verdad?

–Sí –repuso él–. Y no olvides a mi padre.

–Tu padre es ranchero, ¿no?

Caleb vaciló un momento. No sabía cómo iba a adaptarse Sage a su vida. Estaba seguro de que podría hacerlo, pero no sabía si iba a querer. Había aún tantas cosas que no sabía...

–Te haré un resumen de quién es quién. Una de mis hermanas, Lissa, vive en la Costa Oeste. Es una excelente cocinera –comenzó él–. Emma y Jaimie viven aquí, en Nueva York. Em trabaja en el mundo de la música y Jaimie está tratando de hacerse un hueco como diseñadora. Te van a caer muy bien, ya verás.

–¿Y tus hermanos? ¿Viven en Texas como tú?

Caleb asintió con la cabeza.

–Jake dirige el rancho de El Sueño y otro de su propiedad. Su esposa es maravillosa y también es abogada, como yo. En cuanto a Travis, es un genio de las finanzas.

–¿Y tu padre? Si es tu hermano Jake el que dirige el rancho, ¿qué hace tu padre?

Caleb vaciló un segundo antes de responder.

–Mi padre está en el ejército.

–¡Ah! Es soldado.

–No, cariño, en realidad, es general. El general John Hamilton Wilde.

–¿Un general? –le preguntó boquiabierta.

–Y uno muy condecorado. La verdad es que se trata de un hombre que impone.

Sage vio que había compasión en los ojos de Caleb y se dio cuenta de que su enfado había sido en realidad terror.

–Va a ser difícil, ¿no? –le preguntó ella.

Caleb tragó saliva. Sage lo miraba de la misma manera que lo había mirado la noche en que se conocieron, con tanta confianza como miedo en su hermoso rostro.

–Bueno, va a ser un reto –repuso abrazándola de nuevo–. Pero todo saldrá bien, Sage. Lo que estamos haciendo es lo correcto. Lo mejor para el bebé y para nosotros. Y lo que dije antes cuando te prometí que estaremos bien juntos... Es más que eso. Tú me importas. Mucho.

Había otras palabras flotando en su cabeza, pero le parecía que

ninguna tenía sentido. Pensó que era más seguro besarla que tratar de decir nada más.
–He sido un tonto –le dijo–. Te pedí que te casaras conmigo para seguir después como si nada hubiera cambiado.
Sage asintió con la cabeza.
–Sí, pero lo entiendo –respondió–. La decisión que acabamos de tomar es… ¿Te das cuenta de que vamos a casarnos y a criar juntos a nuestro hijo?
–Sí. Es una decisión enorme, pero es lo correcto y los dos lo sabemos.
Caleb le apartó el pelo de la cara.
–No intento tomar las riendas de tu vida, Sage. Solo trato de encontrar la mejor manera de hacer que todo esto funcione.
Sage suspiró y Caleb la abrazó con más fuerza. Apoyó la cabeza sobre su hombro y se relajó entre esos brazos poderosos y protectores.
–Es difícil para mí dejar todo esto, es mi vida –le confesó ella.
Caleb asintió con la cabeza.
–Lo sé, lo entiendo. ¿Quién querría renunciar a este magnífico piso?
Sage se separó de él y lo miró con el ceño fruncido.
–Y despedirte de tus vecinos. Entiendo que te dé pena decir adiós a esos señores tan encantadores que tuve la suerte de conocer el otro día. Me imagino que los echarás de menos.
Por fin consiguió que Sage sonriera levemente.
–Y las vistas, el ambiente de este barrio, los muebles…
–¡Eh! –protestó ella ofendida–. Estos muebles son vintage.
–Sobre todo ese sofá, debe de tener unos cincuenta años.
–Según la tienda de segunda mano donde lo compré, tiene setenta y cinco años, pero no quiero presumir –le dijo Sage–. Y no te olvides del ratón que vive bajo el fregadero de la cocina.
–¡Ah! No sabía que tuvieras una mascota.
Sage se echó a reír. Se rio de verdad y él se quedó mirándola con una sonrisa en los labios. Se puso de pie y ella también lo hizo.
Después dejó de sonreír y la miró con más seriedad.
–Nos irá bien –le prometió en voz baja–. Ya verás.
–Lo sé, pero crecí pobre y en un pequeño pueblo. Mi vida es completamente distinta a la tuya.
–No has visto Wilde's Crossing –le dijo Caleb–. Ese sitio sí que es pequeño.
–Pero ya sabes a qué me refiero. Venimos de mundos tan diferentes…
–Sí –le concedió él con seriedad–. Lo mismo les pasaba a Jake y a Addison. Eran tan distintos como la noche y el día. Pero ¿qué vas a esperar cuando un texano se casa con una yanqui?
Sage sonrió de nuevo.

–La verdad es que Addison tuvo que hacer algunos cambios…

–¿Jake no?

–Algunos, pero menos –repuso Caleb–. Pero Addison ha tenido que habituarse a los texanos. Los del norte hablan tan raro…

–¿Sí? ¿Hablamos raro? –murmuró ella con otra sonrisa.

–También ha tenido que cambiar sus hábitos alimenticios…

–No me digas que ahora tiene que comer gachas.

–Gachas, por supuesto, pero también otras cosas. Sobre todo, las recetas especiales de los hermanos Wilde.

–¿A qué te refieres? ¿A bizcochos de maíz y boniatos asados, por ejemplo?

Caleb no pudo evitar sonreír.

–No, me refiero a los sándwiches de queso. Después de preparados, los freímos en abundante aceite. También nos gustan así los perritos calientes.

–¡Qué horror!

–Y de postre, mi especialidad: los típicos sándwiches de chocolate y malvaviscos tostados al fuego. Pero yo no los hago como el resto del mundo, yo quemo los malvaviscos al fuego hasta que quedan casi negros.

–Caleb Wilde, es una broma, ¿verdad?

–No, son solo viejas recetas familiares –le dijo con seriedad–. Bueno, en realidad, recetas de los hermanos Wilde. Los sándwiches fritos son la especialidad de Jake y Travis es el rey de los perritos calientes fritos.

Sage comenzó a reírse y ese sonido lo atravesó de arriba abajo. La abrazó con más fuerza.

–Te prometo que todo irá bien.

–Eso espero –susurró Sage.

–Así será, ya lo verás –le dijo levantándole la cara hacia él y mirándose en sus ojos–. Confía en mí, cariño. ¿De acuerdo?

Sage dudó unos segundos. Ese hombre que le había roto el corazón quería que confiara en él. Pero tenía que reconocer que, aunque le había hecho mucho daño, estaba intentando arreglar las cosas y estaba, sin saberlo, recomponiendo su corazón.

–Sage, ¿vas a confiar en mí?

–Sí –susurró ella.

Supo que había pasado de abrirle su corazón a entregárselo completamente.

Caleb le aseguró que no iba a ir a Dallas. Después, le pidió que hiciera la maleta.

–Es una sorpresa –le dijo–. Vamos, Sage. Me dijiste que confiabas en

mí.

Ella hizo lo que le había pedido y él suspiró al ver que cerraba la puerta de su dormitorio. La verdad era que necesitaba un par de minutos a solas. Sabía que estaba asustada y a él le pasaba lo mismo. Había vuelto a Nueva York con la idea de arreglar las cosas y llevársela con él, pero había descubierto enseguida que la había subestimado. Y también había subestimado lo que sentía por Sage. Estaba aterrorizado.

Su teléfono sonó, pero lo ignoró por completo.

Sus hermanos le habían aconsejado que no hiciera nada precipitado, pero no había encontrado otra manera de hacer frente a esa situación que no fuera actuar con rapidez. Y no se arrepentía.

Creía que Sage era todo lo que un hombre podía desear, todo lo que él mismo deseaba. Era una mujer que cualquier hombre podría llegar a amar.

Se quedó sin aliento en los pulmones y pensó que quizás fuera eso… Que a lo mejor se había…

Su teléfono sonó de nuevo, esa vez era un mensaje de texto. Lo leyó deprisa. Esas palabras lo devolvieron a la realidad. Era un mensaje de Thomas Caldwell.

¿Es verdad que canceló la prueba de paternidad, Wilde? Exijo una explicación inmediata. Repito, una explicación inmediata.

Caleb frunció el ceño. No entendía cómo había podido dejar que las cosas se complicaran tanto. Iba a tener que hablar con Caldwell, pero ese no era el momento. Tenía que hacer otras llamadas.

Había usado su trabajo para explicar por qué tenía que volver a Dallas, pero había sido solo una excusa. Esa semana la tenía bastante libre. Solo iba a tener que estar en un par de reuniones con clientes, pero no eran importantes. Además, tenía una socia que podía sustituirlo, la mujer de Jake. Addison, o Adoré, como se llamaba realmente, era muy buena abogada.

Estuvo a punto de llamar al bufete, pero decidió que era mejor mandar un mensaje de texto y evitar así preguntas que no estaba dispuesto a responder. Le escribió a Addison diciéndole que iba a retrasar su vuelta a Dallas. Ella le respondió enseguida y le dijo que no se preocupara, que podía encargarse de todo durante su ausencia.

Llamó después al piloto de su avión.

–Tómate unos días de descanso –le dijo a Ted–. Te avisaré cuando te necesite.

La última llamada era la más importante.

Llamó a su hotel, un moderno edificio con vistas a Central Park. Le gustaba ese sitio. Era moderno, elegante y tranquilo. El conserje lo

conocía bien, se alojaba en la misma suite cada vez que estaba en la ciudad. Le dijo que iba a necesitarla durante una semana más y añadió algunas instrucciones importantes.

–Me encargaré de todo ahora mismo, señor Wilde –le dijo el hombre.

Echó un vistazo a su reloj. Aún tenía tiempo de llamar a Caldwell y…

–¿Caleb?

Se volvió al oír la suave voz de Sage y se le hizo un nudo en la garganta al verla.

Se había puesto un vestido del mismo color azul de sus ojos. Era sencillo. Tenía finos tirantes y una falda con vuelo que le llegaba a las rodillas. Los zapatos también eran muy elegantes, de tacón alto y varias correas cruzadas sobre los empeines. Llevaba el pelo recogido en una especie de moño alto. Le entraron ganas de acercarse a ella, deshacérselo, quitarle el vestido y dejarla solo con esos zapatos tan sexys.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella con una sonrisa.

Tardó unos segundos en responder.

–Estás tan guapa que me has dejado sin aliento –le dijo con emoción en la voz mientras se acercaba y la abrazaba.

Le parecía increíble que esa mujer tan orgullosa, fuerte y maravillosa pudiera ser suya. Suya para cuidarla, protegerla, apreciarla y pasar la vida a su lado.

Sage era suya.

Y él…

Él era de ella.

Capítulo 11

El coche que Caleb había alquilado estaba donde lo había dejado. Los dos chavales con los que había hablado estaban vigilantes al lado del vehículo. Les dio las mitades de los dos billetes.

–Excelente trabajo –les dijo.

Se lo pensó mejor y les dio a cada uno otro billete de cien dólares. Después de todo, era un día especial, acababa de prometerse para casarse con esa mujer.

Se quedó sin aliento al recordarlo y silbó.

–¿Qué pasa? –le preguntó Sage.

–Nada… Todo… –repuso él.

–Esto está sucediendo muy rápidamente, ¿no? –adivinó ella.

–Sí –admitió él–. Pero, como ya te he dicho, nos irá bien.

–Veo que eres una de esas personas que ve el vaso medio lleno.

–No, en realidad, soy una persona muy práctica y realista –le confesó mientras se metían en el coche–. Por eso sé que nos irá bien. No estamos ciegos, sabemos quiénes somos y lo que estamos haciendo. Hemos sido honestos con la otra persona y todo el mundo sabe que la honestidad es la base de cualquier relación.

–No dejas de sorprenderme –susurró Sage.

Caleb se detuvo en un semáforo en rojo y la miró.

–Sé que vamos a tener algunos baches, sobre todo estas primeras semanas. Si hay algo que te molesta y no me doy cuenta de ello, tienes que decírmelo.

–Y tú haz lo mismo conmigo.

–Somos honestos el uno con el otro y confiamos en la otra persona. Nos va a ir bien.

Ella sonrió de nuevo.

–Hablando de honestidad, ¿no vas a decirme a dónde vamos?

–Bueno, quería darte una sorpresa.

–Todo lo que está sucediendo es una sorpresa.

Se dio cuenta de que Sage tenía razón. Además, su último intento de darle una sorpresa, cuando envió el avión de regreso a Nueva York, había estado a punto de salirle muy caro.

–Vamos a mi hotel. Es distinto a ese sitio tan tenebroso que eligió Caldwell para la reunión.

–Era horrible, ¿verdad? Me recordaba a un escenario de la Familia Addams.

–¿Te refieres a esa vieja serie de televisión? Es verdad, lo parece.

–La verdad es que era el espectáculo de Broadway en lo que estaba pensando –le dijo Sage–. Yo participé en él.

–Ahora soy yo el sorprendido –repuso él–. Es genial, Sage.

–Bueno, no fue para tanto. Solo tenía tres líneas en el primer acto. Eso es todo.

–Es una profesión difícil, ¿verdad?

–Sí, he hecho algunas obras de teatro, pero no en Broadway, sino en teatros de segunda fila de Nueva York, los que llaman «off–Broadway». También he hecho muchos anuncios.

–No sé apenas nada de ese mundo –le confesó él–. Pero hay un montón de teatros en Dallas.

–Tú no sabes de teatro y yo no sé nada de Texas.

–Bueno, pronto sabrás mucho más. No es tan grande como Nueva York, pero…

Ella le apretó la mano.

–Todo irá bien –dijo Sage en voz baja.

–Sí, así será. Te voy a enseñar mis sitios favoritos. Si no te gusta mi piso, podemos comprar…

–¿Vives en un piso? Pensé que vivías en El…

–El Sueño. No, es el rancho de la familia y voy a menudo, pero paso en Dallas la mayor parte de la semana.

Se quedó callado unos segundos.

–Ahora que lo pienso, no podemos tener al niño en mi piso, tenemos que encontrar una casa. Tal vez un rancho. Algo a las afueras de Dallas. Incluso en Wilde's Crossing. ¿Te gustaría vivir allí?

–No sé qué decirte, Caleb. Todo es tan nuevo…

–No te preocupes –le dijo acariciándole la mejilla.

Tenía que calmarse. Estaba hablándole como lo hacía porque quería hacerla feliz, pero se dio cuenta de que estaba cargando demasiado sobre sus hombros.

–No hay prisa, Sage. Iremos poco a poco, ¿de acuerdo?

–Gracias –repuso ella en voz baja–. Gracias por entender que todo esto es… No se me da bien adaptarme a situaciones nuevas. Aún recuerdo lo que me costó mudarme a Nueva York.

Sabía que Sage estaba tratando de hacer que él se sintiera mejor, así que le dijo que también a él le había costado.

–Es que es bastante confuso. Hay tantos barrios y zonas distintas… A mí, cuando pienso en Nueva York, es Manhattan lo que me viene a la cabeza.

–¿Eso es un ataque contra Brooklyn, señor Wilde?

–Oh, no… –susurró él.

Le encantó oír de nuevo su risa. Decidió que era mejor no agobiarla con decisiones precipitadas y darle más tiempo para adaptarse a los

cambios.
–Además, no te has enterado bien –le dijo ella.
Él levantó sorprendido las cejas.
–¿Yo? ¿No me he enterado? Imposible.
–Manhattan es Nueva York, pero lo que es realmente es «la ciudad». Todas las demás zonas son Nueva York también, pero no son lo que los neoyorquinos llamamos «la ciudad» –le explicó Sage–. Está muy claro, ¿verdad? –añadió con ironía.
–La verdad es que sí, me ha quedado más claro.
Continuaron en silencio unos minutos. Después, Sage se volvió hacia él de nuevo.
–¿Caleb?
–¿Sí?
–¿Cuándo nos vamos a ir? Me refiero al viaje a Dallas. Sé que tienes que volver al mundo real y a tu trabajo, tarde o temprano.
Caleb se aclaró la garganta antes de contestar.
–Bueno, estaba pensando en quedarme aquí el resto de la semana.
La miró de reojo. Parecía muy tensa y tenía las manos cruzadas sobre el regazo.
–¿Te preocupa conocer a mi familia? –le preguntó en voz baja–. Confía en mí, cariño. Les sorprenderá, pero estoy seguro de que se van a alegrar por mí. Bueno, por nosotros.
Sage asintió. Quería creer y confiar en él. Después de todo, le había entregado su futuro y también su corazón. Y ese era parte de su problema, por eso lo que estaba pasando le parecía tan peligroso…
–Ya hemos llegado –anunció él.
Levantó la vista. Caleb había aparcado frente a un alto edificio. Al otro lado de la acera estaba Central Park. Se quitó el cinturón. Después, se acercó y le desenganchó el de ella.
–¿Por qué estás tan seria? –le preguntó en voz baja–. Esa no es manera de empezar la primera semana de nuestra vida juntos.
Ella lo miró a los ojos.
–Eso es muy bonito.
Caleb sonrió. A Sage le encantaba esa sonrisa. Era algo arrogante y traviesa, pero sobre todo muy masculina.
–¿Es que creías que los abogados no podemos ser románticos?
–Lo que estoy viendo es que estás lleno de sorpresas.
–Y solo serán sorpresas buenas.
Caleb la tomó entre sus brazos y la besó.
Oyeron que carraspeaba alguien cerca de ellos.
–¿Señor? ¿Señora?
El uniformado portero del hotel estaba de pie al lado del coche, haciendo todo lo posible para no sonreír, pero ella no pudo evitar sonrojarse.

–Necesitaré que el aparcacoches se encargue del vehículo –le dijo Caleb.

–Por supuesto, señor.

Mientras el portero se disponía a abrir la puerta, Caleb aprovechó para darle un rápido beso.

–¡Ya vale! –susurró ella aún sonrojada y con una sonrisa.

Caleb bajó del coche silbando y le dio las llaves al aparcacoches que acababa de aparecer.

–Bienvenida al Hotel Nueva York –le dijo el portero con una amable sonrisa mientras le ofrecía la mano para salir del coche.

–¿Le decimos que lo ha entendido mal? ¿Que esto no es Nueva York, que es «la ciudad»? –le susurró Caleb al oído.

Sage lo miró con una gran sonrisa y sintió que su corazón se llenaba de emoción.

Se preguntó cuándo llegaría el momento de decirle lo que sentía por él. Temía asustarlo.

La suite de Caleb era grande, elegante y luminosa.

–No tiene nada que ver con el hotel del otro día, ¿verdad? –le dijo Caleb.

Las ventanas de la sala de estar daban a Central Park, igual que las del dormitorio. Había un pequeño comedor a un lado del salón y el cuarto de baño principal era casi tan grande como su piso. Pero lo que de verdad le hizo suspirar fueron las flores.

Había rosas, tulipanes, orquídeas y otras flores que no conocía. Todas las superficies de la suite parecían estar adornadas con jarrones y centros de mesa.

–Dios mío, Caleb –susurró ella sin poder contener su emoción–. ¿Encargaste tú todas estas flores?

A Caleb le dio la impresión de que se estaba sonrojando. Ni siquiera había creído que pudiera hacerlo, pero podía sentir el calor en la cara.

–¿Te gustan? –le preguntó con la voz ronca–. Como no estaba seguro de qué tipo de flores son las que más te gustan…

Sage se arrojó a sus brazos y él la abrazó con fuerza, apretándola contra su cuerpo.

Hundió la cara en su sedoso cabello y notó que se le nublaba la vista.

No entendía lo que le estaba pasando, pero sabía que le estaba pasando algo. Había empezado tratando de hacer lo correcto cuando se enteró de que estaba embarazada de él, pero se había ido convirtiendo en algo más.

–Quería que el día de hoy, esta noche, fuera especial para ti –le dijo.

Sage lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–Tú eres quien hace que sea especial –repuso Sage–. Tú, Caleb.

La besó y sus lágrimas se convirtieron en suspiros. Sus suspiros se convirtieron en gemidos y él hizo lo que había anhelado hacer desde que la viera en su piso. Le deshizo el moño para soltar su melena y le quitó el vestido.

Llevaba un sujetador de encaje de color azul pálido y braguitas a juego. Y esos tacones altos que tan sexys le habían parecido.

Era tan bella…

Y era suya.

La tomó en sus brazos y la besó una vez más, dejándose llevar por la dulzura de su boca. No pudo ahogar un gemido cuando Sage le desabrochó el cinturón, le bajó la bragueta y deslizó su mano dentro. Se quedó sin aliento cuando sus dedos lo encontraron completamente excitado por ella, listo para ella, solo para ella.

Porque Sage era suya. Era su…

Se quitó la camisa, los zapatos y el resto de la ropa. Después, la tomó en sus brazos y la llevó así hasta el dormitorio. Comenzó a hacerle el amor hasta que Sage se deshizo por completo entre sus brazos.

No podía dejar de mirar su cara mientras sucedía. La oyó gritar su nombre y supo que su vida había cambiado. Y no solo por el bebé que habían creado juntos, sino por esa mujer.

Porque por fin la había encontrado.

Porque…

No podía seguir pensando. Se dejó llevar por la pasión.

Había una pequeña nevera al lado de la entrada al comedor.

Envuelta en uno de los lujosos albornoces del hotel, Sage rebuscó en su interior hasta dar con lo que quería. Sacó con gesto triunfal un pequeño plato con distintos tipos de quesos en una mano y un plato con fresas en el otro.

Caleb sonrió mientras descorchaba una botella de champán.

–Sin alcohol –le aclaró Caleb mientras servía la burbujeante bebida en dos copas aflautadas–. Y ahora… ¿Desea cenar en la cama, señora?

–Una sugerencia excelente, señor.

Se llevaron su botín al dormitorio y se metieron de nuevo en la cama. Recostados contra las almohadas, comenzaron a disfrutar del festín.

Sage le dijo que el falso champán no estaba mal y Caleb reconoció que al menos sabía mejor que las infusiones que solía tomar ella.

Los quesos eran deliciosos y las fresas, muy jugosas. Tanto que Sage tuvo que pedirle una servilleta para limpiarse el zumo que caía de sus labios, pero él le dijo que no la necesitaba y le lamió la boca, la

garganta y los pechos. Sage no pudo contener gemidos de placer mientras lo hacía. Sobre todo cuando sintió que atrapaba uno de sus pezones en la boca.

–¿Aún quieres una servilleta? –le preguntó Caleb sin dejar de atender su escote.

–No–no estoy segura… –repuso ella sin aliento–. Vas a tener que convencerme mejor para que vea que no, que no la necesito.

–Pon tu copa en la mesilla –le pidió Caleb.

–¿Por qué? –le susurró ella con su voz más sexy.

Caleb vertió unas gotas de su propio champán sobre el vientre de Sage y comenzó a lamerlo.

Sage se quedó sin aliento y comenzaron a temblarle las manos.

–Por eso te decía que dejaras la copa –le dijo.

Ella puso por fin su copa en la mesilla.

Mientras tanto, Caleb vertió más de champán sobre ella. Cada vez un poco más abajo, hasta llegar a sus muslos y separarlos.

–Ahora sí que este champán es mejor que tus infusiones –le dijo él.

Sage susurró su nombre.

–Me encanta tu sabor, tu aroma… –le dijo con la voz ronca.

Ella no pudo contener un grito de placer que lo estremeció.

Tras un último e íntimo beso, se incorporó para besarla en la boca. Había olvidado ya su copa de champán, que había caído a la alfombra.

Se hundió en ella y se sumergieron los dos en un torbellino de placer que los elevó por encima del mundo, cada vez más y más alto hasta que se desplomó temblando entre los brazos de Sage.

Cuando recobró por fin el aliento, se tumbó de lado y la atrajo contra su cuerpo. Fue así, abrazados, como se quedaron dormidos poco después.

Se ducharon en la moderna ducha del hotel, un cubículo con paredes de cristal. Sage le dijo que ese cuarto de baño era más grande que su piso y supuso que tenía razón.

También le había sorprendido gratamente que el agua caliente no se volviera fría después de unos minutos. Mientras ella le hacía esos comentarios, Caleb tomó una esponja y comenzó a enjabonarla antes de que pudiera ver lo que hacía.

–Deja que lo haga yo –le susurró él.

Fue increíble recorrer con la esponja y las manos su delicioso cuerpo, enjabonó cada centímetro de su piel. No se cansaba de ella, todo lo contrario.

También la ayudó a secarse y Sage no pudo ahogar un gemido de placer cuando él se acercaba a ciertas zonas. Mientras lo hacía, no

dejaban de besarse y acariciarse.

Fue después Sage la que comenzó a secarlo, jugando con él y provocándolo. Una caricia siguió a otra y un beso a otro… Caleb la llevó de vuelta a la cama y ella envolvió sus piernas alrededor de las caderas de ese hombre.

–Caleb… –jadeó.

–Sí –susurró él–. Sí, sí…

Algunos minutos más tarde, volvieron a quedarse dormidos y abrazados.

Cuando se despertaron, era de noche. Podían ver las luces de la ciudad más allá de Central Park.

–Tengo tanta hambre que me comería… –comenzó Caleb.

–¿Un sándwich de queso frito con un perrito caliente, también frito, como acompañamiento?

Caleb sonrió, se sentó en la cama y descolgó el teléfono.

Se pusieron los albornoces de nuevo y un camarero les llevó la cena pocos minutos después. Caleb lo recibió en la puerta, le dio las gracias y una propina extravagante y le dijo que no necesitaban que les sirvieran la cena, que podía encargarse él mismo.

No quería compartir esa noche con nadie más.

Llevó el carro de la comida hasta las grandes ventanas y acercó un par de sillas. Sage quitó las tapas de los platos y de las bandejas. Había carne, patatas rojas asadas, una guarnición de zanahorias y espárragos y unas cuantas delicias más.

–Pero ¿dónde está tu comida, Caleb? –le preguntó ella fingiendo inocencia mientras tomaba una pequeña patata y se la metía en la boca.

–¿Está bien? –le preguntó Caleb.

–No –bromeó ella–. Pero haré el sacrificio y me lo comeré todo para que no tengas que sufrir tú. No hace falta que me des las gracias.

Caleb se rio, se inclinó hacia ella y la besó.

Disfrutaron de cada bocado mientras bebían otra botella de champán sin alcohol.

Después, Caleb llevó el carro al salón y se sentaron en el suelo, delante de la chimenea. Se sirvieron lo que quedaba de vino espumoso y se apoyaron en una pila de almohadones y cojines.

Caleb le pasó el brazo por los hombros y la sostuvo contra su torso.

Sage suspiró, estaba feliz.

–Bueno, Caleb Wilde, ha llegado el momento.

Le dio un vuelco el corazón. Pensó que Sage iba a decirle que había cambiado de opinión y ya no quería casarse con él.

–Quiero saberlo todo de ti –añadió mirándolo–. Para empezar,

¿siempre has sido un caballero andante?

Caleb se echó a reír al oír su pregunta.

–Confía en mí, cariño. Nunca lo he sido.

Sage, que había estado sonriendo, se quedó muy seria.

–La verdad es que confío en ti –le dijo en voz baja–. Nunca pensé que le diría eso a un hombre.

Caleb le dio un beso en la sien.

–¿Te apetece contarme por qué?

Dudó unos segundos, pero después decidió que tenía que decírselo. Creía que la sinceridad que había entre los dos era lo que hacía que esa incipiente relación fuera tan especial.

Se incorporó un poco y se abrazó las rodillas, que tenía dobladas frente al pecho.

–Crecí en Indiana –le dijo–, en un pequeño pueblo en mitad de la nada.

Le contó que su única familia había sido su madre y, sin sentirse avergonzada, le confesó que habían sido muy pobres.

A Caleb le dolía pensar que Sage hubiera sido una niña que había tenido que crecer sin las cosas de las que había disfrutado él. Había tenido una vida muy cómoda y no se había parado a pensar entonces que había mucha gente que no era tan afortunada como él.

Sage le siguió hablando de su vida y le dolió aún más ver que su vida en esa pequeña localidad en mitad de la nada había estado más marcada por su amargada madre y la ausencia de un padre que por la pobreza en la que habían vivido.

Su propia madre había muerto cuando sus hermanos y él eran muy pequeños, pero tenía buenos recuerdos de la mujer que la había sustituido, la que se convertiría después en su madrastra. Y, aunque el general nunca había sido un hombre cálido ni cariñoso, al menos habían tenido un padre.

Sage le contó que había llegado a Nueva York con doscientos dólares en el bolsillo y que había conseguido ahorrar ese dinero trabajando en el restaurante de su pueblo cada día, después de salir del instituto.

Al llegar a la gran ciudad, había tenido que compartir un piso con otras cinco chicas.

–Imagínate lo que era seis mujeres luchando cada día por el cuarto de baño –le dijo Sage con una sonrisa mientras recordaba esos años difíciles–. Poco después, conseguí un papel en una película en la que salía Sandra Bullock. Se suponía que iba a estar sentada cerca de ella en una escena en un restaurante, pero al final me dieron una línea.

–Y lo hiciste genial.

–Por supuesto –repuso ella fingiendo altanería–. La verdad es que estuvo muy bien porque, a partir de ese pequeño trabajo, mi agente

me consiguió un anuncio de televisión. Tenía que disfrazarme de caja de cereales, fue muy divertido.

Caleb se rio, tomó su mano y besó cada uno de sus dedos mientras le prometía que, después de saberlo, nunca iba a volver a mirar una caja de cereales de la misma manera.

–Conocí a David justo después de hacer ese anuncio –le dijo con tristeza–. Era maravilloso. Tan divertido, cariñoso e inteligente… Se convirtió en el hermano mayor que nunca había tenido. Le caía bien a todo el mundo, excepto a su padre. Cuando David le dijo que era homosexual, Caldwell lo repudió. Ni siquiera contestaba sus llamadas.

Caleb fue hacia ella y la abrazó.

–Siento tanto lo que hice esa noche… Lo que le hice a David. No debería haber…

–Lo sé, no te preocupes –lo interrumpió Sage con una sonrisa–. David me dijo después que había sido todo un cumplido para él. Estaba ensayando un papel en el que tenía que hacer de heterosexual. Así que creía que, si a ti no te había parecido gay… –le comentó–. Pero, bueno, ya basta de hablar de mí. Te había preguntado por ti.

–Bueno…

No sabía qué decirle. No le gustaba hablar de sí mismo, ni de lo que había hecho ni de sus sentimientos. Siempre había sido así.

Decidió hablarle de su familia.

Ya le había hablado de sus hermanos, pero esa vez le contó con más detalle cómo eran. Le explicó que Jake había regresado de la guerra como un héroe herido y que Travis era muy audaz. Le dijo también que le iban a gustar mucho sus hermanas, que eran como ella.

–¿Como yo? –le preguntó ella con una sonrisa de satisfacción.

–Sí –repuso Caleb–. Son guapas y elegantes. Femeninas, pero también duras y fuertes cuando tienen que serlo. También es así Addison, la mujer de Jake. Vas a encajar muy bien en la familia, ya verás, cariño.

–Eso espero –susurró ella–. ¿Y tu padre? ¿El general?

–¿Qué puedo decirte de él? Es inteligente y autoritario –le dijo él–. Y eso es todo.

–No lo es.

–Sí, eso es todo. Dos hermanos, tres hermanas y mi padre.

–Pero todavía no me has dicho nada sobre ti.

Caleb dudó unos segundos. Después, decidió hablarle de su vida.

Le contó cómo había pasado de querer ser policía a convertirse en abogado. Y, aunque no había pensado hacerlo, le contó también que había pasado cinco años trabajando para la CIA, la agencia de inteligencia de Estados Unidos. Le contó que lo había reclutado uno de los profesores que había tenido en la facultad de Derecho.

–Le agradecí la oferta, pero le dije que no iba a hacerlo, que no

tenía madera de espía –le explicó entre risas–. Pero me dijo que pensaba que sería perfecto para ese trabajo.

–Y lo eras, ¿no? –le dijo Sage.

–Por un tiempo. Al principio, fue emocionante y me llenaba. Pero después me di cuenta de que no quería pasar allí el resto de mi vida profesional. Me vi en algunas situaciones de las que prefiero no hablar –le dijo con una mueca–. Y tuve que hacer algunas cosas que…

Sage se acercó y le dio un beso.

–Seguro que no hiciste nada que no pensaras que era lo mejor en esa situación.

Tenía razón, no lo había hecho. Por eso había terminado dejando la agencia. Había sido capaz de aceptar que había tenido que poner en riesgo su vida, y las vidas de otros, o incluso matar, por la seguridad de su país, pero no tardó en sentir que las cosas empezaban a cambiar. Empezó a ser más crítico con las misiones que le encomendaban y no siempre encontraba justificación a algunas de las tareas que le pedían que hiciera.

Se había negado un par de veces a hacer algunas cosas y, al final, ambas partes dieron por terminado su tiempo en la CIA.

Le contó a Sage cómo había sido el final, aunque no podía darle muchos detalles, pero quería que supiera cómo había sido su vida, quería contarle lo bueno y lo menos bueno.

Cuando terminó, se quedó en silencio. No se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que ella se inclinó hacia él y lo besó.

–Eres un auténtico caballero andante –le dijo en voz baja dándole otro beso–. Eres la mejor persona que he conocido en toda mi vida.

Su corazón se llenó de alegría al oír lo que Sage pensaba de él.

–¿Tu familia no sabe nada de mí?

–No, todavía no. Se lo contaré pronto, pero hoy has hecho que me dé cuenta de que necesitamos un poco de tiempo a solas.

–Gracias –repuso Sage.

–El caso es que, adoro a mis cinco hermanos, pero conocerlos a todos puede llegar a ser un poco abrumador.

–Entonces, ¿cuándo vas a…?

–Pronto –repuso él besándola.

Y el resto del mundo desapareció.

Cuando se levantaron a la mañana siguiente, estaba lloviendo. Sage frunció el ceño.

–Tenemos que volver a mi piso –le dijo a Caleb mientras terminaban de desayunar.

–¿Por qué?

–¡Porque deberías haberme dicho que iba a necesitar algo más que un vestido y unos vaqueros!

Caleb sonrió, pero no le dijo nada más.

–¿Qué pasa?

–Tengo planes para hoy –respondió él.

–Bueno, sea como sea, antes tengo que ir a casa a por más ropa. Caleb Wilde, ¿por qué me miras así?

Caleb echó hacia atrás su silla y se puso en pie.

–Vamos, levántate –le dijo él.

Sage lo miró frunciendo el ceño.

–¿Vas a volver a hablarme dándome órdenes?

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

–Me está empezando a gustar el sabor de esas infusiones que tomas.

–Buen intento, pero no vas a conseguir distraerme. Quiero saber lo que está pasando.

–Vístete y lo verás.

Se puso sus vaqueros y la camiseta que había llevado con ella. También Caleb llevaba pantalones vaqueros y un jersey de algodón blanco. Bajaron al vestíbulo y el portero les paró un taxi. Después, los acompañó hasta él cubriéndolos con un gran paraguas negro.

Varios minutos después, el taxi se detuvo frente al edificio de Saks en la Quinta Avenida.

–Caleb… –dijo ella a modo de advertencia.

–Ese soy yo –repuso él alegremente.

–Caleb –insistió mientras salían e iban a la puerta–. ¿Qué estamos haciendo aquí?

–No puedes pasar toda la semana solo con unos pantalones vaqueros y ese vestido azul –le contestó Caleb–. También podrías pasar todos estos días desnuda y en la cama conmigo, pero tenemos que dejar que entre de vez en cuando la camarera de planta para limpiar la suite.

Una mujer que se cruzaba en ese instante con ellos se echó a reír al oír a Caleb y ella, avergonzada, le dio un manotazo en el brazo.

–Habla bajo –le dijo entre dientes–. Ya te dije esta mañana que tenemos que ir a mi casa para que pueda recoger…

Caleb la agarró de la mano y pasaron rápidamente los mostradores donde vendían pañuelos de seda, bolsos y maquillaje.

–Venga, no podemos perder más tiempo –le dijo Caleb con energía–. Hay un montón de gente deseando conocerte.

Sage se detuvo de golpe.

–¿Qué gente? –repuso ella con el ceño fruncido–. Si crees que voy a dejar que me compres…

Él la tomó entre sus brazos y la besó.

–¡Caleb, por el amor de Dios! Aquí no…

–Aquí y ahora. Te voy a seguir besando hasta que cedas. ¿Qué tiene

de extraño que un hombre le compre algunas cosas a su mujer?

–Yo no soy tu mujer…

–No. Todavía no –repuso él.

Volvió a besarla y ella se apartó deprisa.

–¡Eres imposible!

–Y también soy muy terco. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Que sigamos besándonos aquí hasta que llamen a la policía o que hagamos unas compras? –le preguntó Caleb.

Quería decirle que prefería seguir besándolo. Él le dedicó entonces esa sonrisa sexy que tanto le gustaba y no pudo evitar sonreír también.

–Bueno, tú ganas. Pero solo un par de cosas, lo imprescindible.

–Por supuesto –le dijo Caleb mientras la llevaba hasta los ascensores.

A Sage le quedó claro que las dependientas habían estado esperando a Caleb o a un hombre como él, alguien que sabía exactamente lo que quería.

Les dijo que Sage iba a necesitar vestidos, que podían considerarse una necesidad básica. Y la convenció también para que eligiera vaqueros, pantalones, faldas, blusas, ropa interior, zapatos, sandalias y mil cosas más.

–Caleb, no, es demasiado –le susurró ella.

–No, no lo es –respondió él.

A Caleb le estaba encantando ver cómo se le iluminaban los ojos a Sage cuando se miraba en el espejo para verse con bonitos vestidos de seda o pantalones de lino. Sabía que nunca había podido permitirse nada parecido.

Cuando terminaron de elegir toda la ropa que iba a comprar y los empleados lo metieron en bolsas y cajas que les llevarían después al hotel, Caleb y ella bajaron de nuevo a la planta principal.

–Escoge un par de bolsos –le dijo él.

Sage se quedó mirando a su alrededor. Había tal variedad de bolsos que era desconcertante.

–Pero hay tantos…

Con eso había contado él, con que Sage se distrajera mirando todos esos bolsos hasta dar con lo que quería. Cuando vio que comenzaba a comparar los distintos artículos, se acercó a la dependienta.

–Por favor, mantenla ocupada durante al menos quince minutos –le susurró él.

La joyería Cartier estaba a solo unos minutos de Saks.

Corrió a través de la lluvia y se encontró al gerente esperándolo con diez preciosos anillos en una bandeja. No tardó mucho en elegir uno. Atrajo su atención desde el principio un diamante blanco azulado que estaba engastado en zafiros. Le pareció elegante y clásico, como la mujer que lo iba a llevar.

Se metió la cajita roja en el bolsillo y regresó corriendo a Saks. Se encontró a Sage tratando de decidir entre tres bolsos.

–¿Dónde estabas? –le susurró–. Quería que me dieras tu opinión…

–En el cuarto de baño –repuso él de buen humor.

Después, le dijo a la dependienta que se llevaban los tres bolsos.

–Como te he dicho antes, Caleb Wilde –le dijo Sage con una ternura indescriptible en los ojos–. ¡Eres imposible!

–Sí, creo que lo soy –repuso él mucho más serio.

Y entonces le ocurrió algo que lo dejó sin aliento. Era como si acabara de golpearle un rayo.

En ese momento, y con total certeza, se dio cuenta de que no era un hombre imposible, solo era un hombre enamorado.

Un hombre completa y absolutamente enamorado de esa mujer.

Capítulo 12

Caleb se sirvió una copa de brandy y se acercó a los ventanales desde los que se veía Central Park. Respiró profundamente y trató de calmarse.

Sage estaba en el dormitorio, sentada en el suelo y rodeada de cajas y bolsas. Estaba mirando entusiasmada todas las cosas que le había comprado esa mañana.

La veía tan emocionada y feliz…

También él estaba emocionado y feliz, pero no podía controlar sus nervios.

Seguía con la cajita roja en el bolsillo.

Se llevó la copa a los labios y tomó un lento trago, dejando que el brandy lo calentara por dentro.

Pedirle que se casara con él había sido fácil. Más o menos. Le había parecido lo más razonable y lo más lógico que podía hacer y se lo había pedido sin pensárselo dos veces.

Pero creía que decirle a una mujer que la amaba no tenía nada que ver con la lógica. Iba a tener que exponerse a ella y nunca había hecho nada parecido. Le daba terror expresar sus sentimientos. Hacía que se sintiera muy vulnerable.

Vio que le temblaba la mano que sostenía la copa.

Le parecía increíble.

Se había enfrentado a peligrosas misiones, se había visto capturado por el enemigo y sometido a torturas, pero eso… Parecía costarle mucho más decirle a Sage que la amaba.

Le daba miedo que ella no sintiera lo mismo, que le diera las gracias y se limitara a decirle que le gustaba, pero que no quería nada más.

Sage debió de sentir que la estaba observando porque levantó la mirada hacia él. Al ver tanta alegría en su rostro, le dio un vuelco el corazón.

–Estás loco –le dijo Sage–. ¡No me puedo creer que me hayas comprado todo esto!

–Y, para que lo sepas, no se aceptan devoluciones –repuso él con seriedad.

Sage se echó a reír y él también. Dejó la copa, abrió los brazos y ella voló hacia él. Empezó a llorar y, cuando le preguntó por qué lloraba, ella le dijo que lo hacía porque era muy feliz.

La abrazó con más fuerza y sintió sus lágrimas en el cuello.

Entendió en ese momento por qué la idea de desnudar su alma lo asustaba tanto, por qué le parecía tan importante encontrar el momento adecuado para darle el anillo y decirle que la amaba.

Creía que las mujeres existían en un plano emocional distinto al de los hombres. Siempre le habían parecido impredecibles e incomprensibles. Sostenerla como lo estaba haciendo era todo lo que necesitaba.

Pero, por otro lado, no era suficiente.

Así que la besó, la acarició y, pocos segundos después, la llevó hasta la cama.

Sabía que era una locura, pero no quería decirle que la amaba hasta que encontrara las palabras adecuadas para hacerlo. Y, en esos momentos, cuando la tenía desnuda entre sus brazos, no podía pensar en nada más, solo en disfrutar de ese momento.

Y, para cuando recuperó por fin la cordura, se dio cuenta de que no tenían tiempo.

El conserje les había conseguido una mesa en el exclusivo restaurante Daniel y dos entradas para una obra de teatro que acababan de estrenar en Broadway y que estaba teniendo muy buenas críticas.

La cena fue perfecta, como lo era siempre en ese restaurante. El servicio era impecable y la comida, deliciosa, pero no le parecía el lugar adecuado para darle el anillo y decirle que la amaba. Si lo hacía, no iban a llegar a tiempo al teatro y estaba tratando de hacer que esa noche fuera perfecta para ella.

En el teatro, mientras Sage observaba a los actores, Caleb la observaba a ella. Le encantaba ver lo concentrada que estaba. Ni siquiera se movía. Tomó su delicada mano, se la llevó a los labios y besó sus dedos.

–Hola –le susurró él.

Acababa de terminar el primer acto y ella le dedicó una sonrisa tan tierna que hizo que olvidara el miedo que lo había atenazado durante todo el día.

Sage lo amaba.

Estaba seguro de ello.

Creía que todo lo que tenía que hacer era aguantar un par de horas más para poder decirle por fin lo que sentía por ella.

Se fue sintiendo mucho mejor mientras caminaban de vuelta a casa. En realidad, no era su «casa», sino una suite de hotel, pero ese sitio se había convertido en un hogar para ellos dos, en el lugar en el que se sentían en una burbuja, aislados del mundo.

Se metieron en el ascensor y subieron en silencio, pero era un silencio muy cómodo. Sage tenía la cabeza apoyada en su hombro y él le rodeaba la cintura con el brazo. Cuando llegaron a su puerta, Caleb

la abrió. Después, la tomó en sus brazos y entró con ella en la suite.

Estaba cansado de esperar, había llegado el momento.

La besó y dejó que pusiera los pies en el suelo.

Pero vio de reojo que parpadeaba la luz roja del teléfono que había en el salón.

«No, maldita sea. ¡No! No voy a posponerlo ni un minuto más», se dijo.

–Hay un mensaje –comentó Sage.

Caleb negó con la cabeza.

–Solo es un mensaje si lo escuchamos –repuso él.

Sage se rio.

–Eres muy ocurrente, pero ¿no quieres saber de qué se trata?

–No –le dijo mientras le rodeaba la cintura con los brazos–. No quiero escuchar ningún mensaje esta noche, por eso apagué el móvil hace horas.

Vio que Sage se quedaba pensativa.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y la miró con el ceño fruncido.

–¿Qué pasa?

–Si no has tenido el móvil encendido, entiendo que te llamaran aquí. Puede que sea algo importante.

Sus palabras consiguieron que se lo pensara mejor. Temía que tuviera razón.

Después de todo, llevaba toda la tarde sin haber siquiera mirado su teléfono.

–Está bien –le dijo de mala gana–. Escucharé el mensaje.

–Son solo cinco minutos –le recordó Sage–. Nada más.

Tiró de ella para atraerla contra su cuerpo y la besó.

–Dos minutos es todo lo que voy a necesitar.

Sage sonrió.

–Empezaré a desvestirme.

–No, no lo hagas –le dijo con una sonrisa maliciosa–. Ese es mi trabajo, ¿no lo recuerdas?

Ella se sonrojó, se rio y lo besó de nuevo. Caleb se quedó mirándola mientras iba hacia el dormitorio. Después, descolgó el teléfono y siguió las instrucciones del contestador automático.

Sage se soltó el pelo y se lo cepilló. Estaba un poco húmedo.

La lluvia de esa mañana había regresado de golpe cuando ya se encontraban a una manzana del hotel.

Cuando salieron del teatro, Caleb quiso parar un taxi, pero ella lo había convencido para que fueran andando.

–Es un paseo bastante largo, cariño –le había dicho él.

–Lo sé. Pero siempre me ha gustado caminar por la ciudad.

Al final, Caleb había asentido con la cabeza y tomado su mano.

–De acuerdo, vayamos dando un paseo.

Habían caminado despacio, parándose en los escaparates, hablando, riéndose… Eran dos personas que estaban tratando de conocerse mejor.

Cuando la ligera lluvia comenzó, ya se encontraban cerca del hotel.

Ella se había detenido para levantar la cara y sentir en ella el agua de lluvia. Caleb la había besado entonces.

Se miró en el espejo, la lluvia había hecho que se le rizara más el pelo y lo tenía muy enredado. Pensó en usar el secador, pero a lo mejor le gustaba a Caleb de esa manera.

Se lo imaginó entrando en el dormitorio y tomándola en sus brazos para besarla. Después le quitaría el vestido, uno de los que acababa de comprarse, y la ropa interior. Sonrió al pensar que quizás planeara pedirle que se dejara los tacones puestos.

Iba a ser el final perfecto para lo que había sido una noche perfecta. La cena en el elegante restaurante, el teatro, el paseo, la lluvia. Pero, sobre todo, Caleb. Su amante.

En realidad, era más que su amante, era el hombre que amaba.

Se estremeció al pensar en ello.

Había sentido cómo la había observado esa noche y le había parecido ver algo diferente en sus ojos y en la manera en que le hablaba.

Era un hombre tan maravilloso, tierno y bueno que casi le daba miedo querer más. Pero era así como se sentía.

Quería el amor de Caleb y esa noche había sentido a veces que quizás empezara a tener más sentimientos hacia ella.

Sacudió enfadada la cabeza, no quería pensar en eso.

Creía que a Caleb le gustaba estar con ella y tenerla en su cama. Además, le había pedido que se casara con él.

Quería conformarse con esas cosas y, si algún día sucedía un milagro…

–Maldita sea, ¡no!

La voz de Caleb la dejó sin aliento. Miró hacia la puerta del dormitorio, estaba entreabierta.

–¿Caleb? –lo llamó.

Pero él no contestó.

Lo podía oír hablando con alguien, pero no entendía las palabras. Hablaba en voz baja, pero en un tono urgente.

Fue lentamente hacia la puerta y lo observó desde allí.

Caleb se hallaba de pie frente a los ventanales y estaba hablando por teléfono. Estaba enfadado. Ya lo conocía lo bastante bien como para saberlo. Tenía la cara levantada hacia arriba y la espalda, más

recta de lo habitual. Podía ver la tensión que había en sus hombros.

Sonrió al mirarlo.

Su amante era el hombre más hermoso que había conocido nunca. Era hermoso por dentro y por fuera. Lamentaba que su madre no hubiera vivido para conocerlo y poder ver lo equivocada que había estado. No todos los hombres eran egoístas, no todos eran mentirosos.

Caleb no lo era.

Él era bueno, amable, generoso, honesto… Y ella lo amaba. Lo amaba. Lo amaba…

–¿Qué? –dijo de repente Caleb.

Sage frunció el ceño, parecía muy enfadado. Se preguntó si debía ir hacia él, dejarle ver que estaba allí, que lo apoyaba.

–¡Maldita sea! –exclamó enfadado–. Jake no debería haberte dicho nada. Esto es cosa mía, no tiene nada que ver con él.

Sage cada vez estaba más preocupada.

Pensó en entrar de nuevo al dormitorio y cerrar la puerta para darle algo de intimidad…

–Addison, escúchame.

Se quedó preocupada al comprender que se trataba de su cuñada y compañera de bufete.

–No, no voy a discutir esto ahora. Porque no estoy solo, maldita sea. Por eso. ¿Tan difícil es de entender?

Sage dio un paso hacia atrás al ver que Caleb se apartaba de la ventana. Se sintió de repente muy culpable por haber estado escuchando. Él no la vio y comenzó a dar vueltas por la habitación. Estaba demasiado furioso para ver nada.

–Sí, lo entiendo. Jake te lo dijo porque tú le preguntaste si sabía cómo podías contactar conmigo después de que intentaras repetidas veces llamarme al móvil. Ya me lo has dicho. Pero…

Se quedó unos segundos en silencio, escuchando a su cuñada y maldiciendo de vez en cuando entre dientes.

–¿Ya has terminado? –le dijo unos minutos después–. Bien. Ahora, escúchame. Esta mujer, Sage Dalton, esta situación, no es asunto de nadie sino mío, solo mío.

Sage sintió que se estremecía al oír cómo se refería a ella.

–Me estoy encargando de ello. Eso es todo lo que necesitas saber –continuó Caleb.

«¿Se está encargando de ello?», se repitió Sage en la cabeza. No se podía creer lo que estaba oyendo.

–Sí. Eso lo entiendo. Entiendo las ramificaciones legales, por supuesto –siguió él–. Una prueba de paternidad. Lo sé. Después de que nazca el niño. Eso va a impedir que pueda reclamarme nada después.

A Sage le latía el corazón con fuerza. Estaba destrozada. No se lo podía creer.

–¡Maldita sea! –exclamó de nuevo Caleb–. ¡No, no me he casado con ella! –añadió pasándose la mano por el pelo–. ¿Es que te crees que soy tonto? Sé mejor que nadie lo que hay que hacer y cuándo hay que hacerlo.

Sage dio un paso atrás y se tapó la boca con la mano.

«No, no puedo vomitar. Llevo semanas sin hacerlo y no voy a empezar otra vez», se dijo con firmeza.

–Lo entiendo –le contestó con más tranquilidad él a su cuñada–. Sí, tienes razón. Debería habértelo dicho. Los problemas personales son una cosa, pero las implicaciones legales… ¿Puedes encargarte de esto? Muy bien. Excelente. Escribe un informe que deje claro que el niño va a ser mío y solo mío.

Sage miró a su alrededor, estaba temblando. Sabía que su bolso tenía que estar por allí…

Lo encontró. Era un pequeño bolso de seda que le había comprado Caleb.

De hecho, él le había comprado todo lo que llevaba puesto en esos momentos. Quería quitárselo todo y tirarlo al suelo, pero tenía que darse prisa. Podía oír la voz de Caleb, mucho más tranquila y estable.

Se dio cuenta entonces de que ella nunca había sido de verdad su amante, sino solo su juguete. La quería mantener a su lado por el sexo y también por el bebé. Aunque, por lo que había oído, no estaba seguro de que el bebé fuera suyo. Iba a pedirle una prueba de paternidad para intentar hacerse con la custodia del niño.

Caleb parecía estar decidido a no permitir que el bebé creciera con dificultades económicas ni que lo criara una mujer soltera. Pero no se imaginaba a ese hombre cuidando del pequeño. Supuso que contrataría a niñeras que lo hicieran por él.

No pensaba permitirlo.

Era su bebé. Suyo y de nadie más.

Caleb Wilde podía estar satisfecho, había jugado muy bien sus cartas, pero la partida no había terminado aún.

–Addison –le dijo entonces a su cuñada–, te tengo que dejar. Te llamaré mañana, en cuanto…

–No, habla con ella ahora –le dijo Sage entrando en el salón–. Tienes todo el tiempo del mundo, te lo prometo.

Sabía que siempre iba a recordar la mirada que le estaba dirigiendo Caleb en ese momento. Tenía la boca abierta.

–¿Sage? –susurró con el ceño fruncido–. ¿Cariño, estás bien?

Quería decirle que no perdiera el tiempo hablándole de esa manera, pero tenía que irse de allí cuanto antes.

Fue hacia la puerta.

–Adiós, Caleb.

–¡Sage! ¿Qué demonios estás…?

La puerta se cerró de golpe y Caleb se quedó mirándola mientras trataba de averiguar qué estaba pasando.

Podía oír que Addison le seguía hablando al otro lado de la línea, pero no le importaba.

–Me–me acaba de dejar… –susurró él–. Sage se ha ido.

Dejó caer el teléfono y corrió hacia la puerta. La abrió deprisa, pero ya era demasiado tarde.

No había nadie en el pasillo.

Sage ya no estaba allí.

Capítulo 13

Caleb llegó a los ascensores y vio que uno estaba subiendo y el otro, bajando.

Corrió hacia la escalera de incendios y bajó de dos en dos los peldaños. Llegó en tiempo récord al vestíbulo…

Demasiado tarde.

No había nadie allí, solo los empleados de recepción, que lo miraban con extrañeza.

No le sorprendió. Supuso que tendría muy mal aspecto, que estaría despeinado y que sus ojos expresaban cómo se sentía, como si su mundo acabara de terminar.

El portero vio que iba hacia él. Era un chico nuevo, no lo había visto antes. Le sonrió cortésmente, pero lo miraba como si le tuviera miedo.

–¿Señor? ¿Puedo ayudarlo en algo?

–¿Acaba de salir una mujer del hotel?

–¿Cómo?

–Una mujer –repitió con impaciencia–. Mi…

Ni siquiera sabía cómo llamarla. No era su esposa. Quizás su novia o prometida, pero no le salían las palabras.

–Es alta y rubia. Llegamos juntos al hotel hace un rato…

–¡Oh! Sí, señor, la he visto. Me ofrecí a pararle un taxi, pero…

Caleb miró a través de los cristales. Estaba lloviendo con mucha más fuerza.

–¿A dónde fue? ¿Hacia dónde?

–Por allí, hacia la esquina de…

Caleb salió corriendo, no esperó a que terminara de explicarle.

Estaba en buena forma, siempre lo había estado. Había montado a caballo desde niño y había jugado al fútbol en el colegio y en el instituto.

Había completado el entrenamiento de doce semanas de los Marines. Había sido un requisito imprescindible para unirse a la agencia. Aún podía hacer cien flexiones y correr muy deprisa.

En esos momentos, era una suerte que estuviera en tan buena forma porque llovía con mucha fuerza, hacía mucho aire y…

No se lo podía creer. No veía a Sage por ninguna parte. Temía que el portero se hubiera confundido y estuviera yendo en la dirección equivocada. Pero sabía que ese era el camino para llegar a la boca de

metro más cercana y sabía que su Sage era lo bastante testaruda como para viajar sola en el metro a esas horas de la…

Por fin la vio.

La lluvia y el viento le impedían ver bien, pero sabía que tenía que ser ella, que no podía haber muchas mujeres andando por la calle con un fino vestido y altos tacones en una noche como esa.

Le molestó que no se hubiera cambiado al menos de zapatos. Las aceras estaban mojadas y, si se resbalaba y se caía…

Aunque casi parecía imposible, consiguió correr aún más deprisa.

Y, cuando estaba a media manzana de ella, hizo algo estúpido.

Gritó su nombre.

Sage miró hacia atrás y se puso a andar más rápido.

–¡Sage! ¡Maldita sea! –gritó.

Tenía el corazón en la garganta. Vio que se acercaba a la esquina y seguía al mismo ritmo, estaba a punto de cruzar la calle y un enorme camión de reparto se acercaba en ese instante a la intersección.

–¡Sage! –gritó con más fuerza aún.

Caleb consiguió por fin alcanzarla, la atrapó entre sus brazos antes de que abandonara la acera y la atrajo contra él.

Durante un instante, se quedaron inmóviles, él respiró de nuevo al ver que Sage estaba segura entre sus brazos. Pero pasó el camión y una gigantesca ola de agua los empapó.

–¡Maldita sea! –exclamó Caleb dándose la vuelta con Sage para protegerla de más salpicaduras.

La miró entonces a los ojos y vio que estaba llorando. Maldijo de nuevo y la besó.

Sus labios se aferraron a él lo suficiente para darle esperanzas, pero después se apartó. Agarró sus muñecas antes de que pudiera salir corriendo y frunció el ceño.

–¿En qué demonios estabas pensando? ¿No viste que el semáforo estaba en rojo? ¿No viste ese maldito camión? Un par de segundos más y te podría haber…

Se quedó callado, no pudo terminar la frase. Lo que podía haber sucedido lo dejó conmocionado.

–Podría haberte perdido para siempre –susurró sin poder controlar la emoción de su voz.

–Como si eso te importara –repuso Sage.

–¿De qué estás hablando?

–Bueno, a lo mejor sí te importa. Puede que de verdad te importe tu hijo…

A Sage le comenzaron a castañetear los dientes. Caleb se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

–No, no quiero nada de…
–¡Taxi! –gritó él tratando de parar uno que pasaba en ese momento.
No tuvo suerte.
–Caleb, ¿no me estás escuchando? Te he dicho que no quiero…
–¡Taxi!
Un segundo taxi también pasó de largo. Sabía que, una vez que empezaba a llover en Nueva York, los taxistas se quedaban de repente ciegos.
No iban a poder tomar un taxi y se dio cuenta de que había salido del hotel sin su móvil.
Afortunadamente, vio que había un café cerca de allí.
–Vamos –le dijo mientras la rodeaba con un brazo.
Pero Sage negó con la cabeza y clavó los pies en el suelo.
–Sage, vamos.
–No.
–Cariño, está lloviendo a mares, nos vamos a ahogar aquí fuera.
–No soy tu «cariño» y no pienso ir a ninguna parte contigo.
–Claro que vas a ir conmigo. ¿A dónde vas a ir si no?
–A Brooklyn y a mi vida anterior. Lejos de ti y de tus… de tus mentiras.
Caleb la agarró por los hombros hasta que Sage lo miró a los ojos.
–¡Nunca te he mentido!
–Sabes que sí lo has hecho.
–¿Cuándo? ¿En qué te he mentido?
–Lo hiciste cuando… cuando me dijiste que querías que fuéramos una familia.
–Y así es. ¡Es verdad! Es lo que quiero.
–Dijiste también que yo… dijiste que yo te importaba… –le dijo Sage con voz temblorosa.
–Sí –repuso él–. Supongo que eso sí era mentira –añadió en un susurro.
Sage intentó apartarse de él, pero le sostuvo la cara entre las manos y la miró a los ojos. Pensó que estaba a punto de hacer la declaración más importante de su vida a la persona más importante de su vida y que, mientras lo hacía, los dos iban a pillar una neumonía.
Le parecía increíble que hubiera perdido tanto tiempo planificando y tratando de encontrar el momento y el lugar más adecuados.
–Eso fue la mentira más grande de mi vida porque tú no solo me importas, cariño –le dijo con solemnidad–. Te quiero, Sage. Te adoro. Con todo lo que soy y todo lo que seré. Y si me dejaras… si me dejaras…
Sage lo miró fijamente, vio que le temblaban los labios.
En realidad, toda ella estaba temblando. Rodeó sus hombros con el brazo una vez más, la atrajo contra su cuerpo y la llevó hacia el café.

–No voy a entrar ahí –le dijo Sage.

Pero lo hizo con menos convicción.

–Vamos, es el mejor sitio para hablar –contestó él mientras abría la puerta–. Hace solo unos días, me sugeriste que fuéramos a un café como este para hablar de los detalles más íntimos de nuestras vidas. Si tenemos suerte, puede que consigamos que la camarera nos dé unos consejos al respecto.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

Después, se echó a reír.

Solo duró unos segundos, pero sintió que podía respirar de nuevo. Era el primer gesto positivo que recibía de Sage desde que saliera corriendo del hotel.

Aun así, seguía teniendo miedo porque estaba claro que a Sage le pasaba algo y era algo muy grave. No sabía qué iba a hacer si ella le decía que no sentía lo mismo por él.

–Caleb.

Su susurro le hizo parpadear y lo llevó de vuelta a la realidad.

Había bastante gente en el café. Un par de hombres tomaban café sentados a la barra. Había dos parejas sentadas a una mesa con hamburguesas y patatas fritas enfrente de ellos. También estaba el hombre que se ocupaba de la barra y una camarera con un uniforme rosa y blanco…

Y todos los miraban.

Supuso que les parecían un par de idiotas completamente empapados. Vio que estaban incluso chorreando sobre el viejo suelo de linóleo.

–Hola –dijo él después de carraspear–. ¿Podemos sentarnos a cualquier mesa? –preguntó mientras miraba sonriente a la camarera.

La mujer se encogió de hombros.

–Supongo.

–Y ¿podría traernos unas cuantas servilletas para que nos podamos secar?

La camarera volvió a encogerse de hombros. Caleb acompañó a Sage a una de las mesas y se sentaron el uno frente al otro.

–¿Café? –les preguntó la camarera.

–Sí, por favor. Bueno, no. Un café y una infusión. Mi mujer no puede tomar café, está embarazada.

Sage se sonrojó al oírlo.

–No es verdad –dijo rápidamente Sage–. Lo que quiero decir es que no soy su esposa.

–Pero sí está embarazada –agregó él.

Y Sage se ruborizó aún más.

Caleb no entendía lo que le estaba pasando. No podía dejar de hablar y vio que solo estaba haciendo que se sintiera más incómoda.

Maldijo entre dientes. Entendió de repente por qué había salido corriendo del hotel.

–Escuchaste mi conversación telefónica –le dijo.

–No sé de qué me hablas –repuso Sage.

Pero sabía que había acertado. Recordó la conversación que había tenido con Addison y se dio cuenta de que había dicho cosas que podían llevar a malentendidos.

–Sage, cariño…

Pero lo interrumpió la camarera

–Servilletas –les dijo–. Su café y la infusión.

–Muy bien, gracias.

–Es manzanilla, espero que le guste la manzanilla –le dijo la camarera a Sage.

–Sí, está todo bien –repuso él.

La camarera lo miró con los ojos entrecerrados. Después, volvió a la barra.

–Sabes de qué conversación hablo, de la que tuve con Addison.

–Con tu cuñada y socia del bufete –susurró Sage con voz temblorosa–. La mujer que va a elaborar unos documentos que quieres que firme yo para darte la custodia de mi bebé.

–Nuestro bebé –lo corrigió él–. Pero no, no quiero la custodia. ¿Por qué iba a querer su custodia cuando va a ser nuestro hijo?

–O hija –repuso Sage.

–Bueno, eso es lo de menos. No me importa su sexo.

–En realidad, el sexo te importa mucho. ¡Es la única razón por la que quieres tenerme cerca!

Alguien se echó a reír y Caleb miró a su alrededor con cara de pocos amigos.

–Te quiero, Sage –le dijo con firmeza–. ¿Me estás escuchando? ¡Te quiero!

–No, no es cierto. Y dijiste que me creías cuando te dije que el bebé era tuyo, pero eso también era mentira.

Caleb agarró su mano y no permitió que la apartara.

–Me oíste cuando le dije a Addison que queremos hacerle una prueba de paternidad al bebé cuando nazca, ¿verdad?

Sage asintió. Ni siquiera podía hablar. No era fácil controlarse para que Caleb solo pudiera ver su ira y no el dolor que la invadía.

Lo había querido con todo su corazón. De hecho, a pesar de sus mentiras, aún lo amaba.

–Sage –prosiguió Caleb apretándole la mano–. La prueba es para poder librarnos para siempre del padre de David.

–Pero él podría pensar que…

–En parte es culpa mía –la interrumpió Caleb–. Se supone que soy buen abogado, pero he estado tan distraído con nuestra relación que

se me olvidó llamarlo. Caldwell se puso en contacto con Addison y le dijo que no aceptará lo que le decimos sin pruebas.

–Oh, Caleb…

–Lo sé. Fue un gran fallo por mi parte.

Sage podía sentir cómo empezaba a aflojar el dolor en su corazón, pero Caleb aún tenía algo que explicarle.

–Pero oí también lo que le dijiste sobre la boda. Le dijiste que no eras tonto, que claro que no te habías casado conmigo…

–Así es.

Caleb levantó la vista al techo como si pudiera encontrar allí la respuesta, pero solo había un anticuado ventilador que giraba lentamente sobre sus cabezas.

–Addison pensó que nos habíamos casado ya y tengo que admitir que se me pasó por la cabeza. No creo que puedas encontrar a un solo hombre al que le guste tener que ponerse un chaqué, pero no soy tonto. Mis hermanas, y probablemente también Addison, me habrían matado si les negamos la oportunidad de organizar una boda en condiciones, con la música perfecta, las flores, la novia con un maravilloso vestido blanco…

Sage lo miraba fijamente. Él no sabía qué podría estar pensando.

–Cariño –le dijo con emoción–, sé que he cometido muchos errores. El peor de todos fue no decirte antes lo mucho que te quiero. Solo quería encontrar el momento y el lugar perfectos.

–Como este, ¿no? –repuso Sage con una sonrisa que le dio oxígeno.

–Sage, dime que también me amas, dime que no me he imaginado lo que vi en tus ojos, lo que saboreé en tus besos.

–Te quiero –le dijo Sage en voz baja.

–O dime al menos que hay una posibilidad de que vengas conmigo a…

Caleb se detuvo y parpadeó.

–¿Has dicho que me quieres?

–Por supuesto –respondió ella sonriendo y con lágrimas en los ojos–. Te quiero y siempre te querré. Eres mi caballero andante.

Caleb se puso de pie. Se acercó a donde estaba ella, se sacó algo del bolsillo y puso una rodilla en el sucio y mojado suelo.

–Sage –comenzó.

Ella contuvo el aliento al ver que tenía una cajita roja en la mano.

–Cariño –le dijo abriendo la caja y descubriendo un maravilloso y brillante anillo–. ¿Quieres casarte conmigo? Te pido que te cases conmigo por la única razón que importa, Sage. Por amor.

Sage se rio y lloró al mismo tiempo. Se inclinó hacia él, tomó su cara entre las manos y lo besó.

–Creo que eso es un «sí» –intervino entonces la camarera.

Caleb se levantó y tomó a Sage entre sus brazos.

La camarera sostenía en la mano la cuenta y los miraba con una gran sonrisa. Esa mujer, que seguramente había visto mucho en esa gran ciudad, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Caleb se sacó un puñado de billetes del bolsillo y se los puso en la mano a la camarera.

–Gracias –le dijo él.

La mujer miró boquiabierta el dinero que había dejado en su mano. Después, corrió tras ellos al ver que ya iban hacia la puerta.

–¡Espere, señor! –le gritó ella–. No está bien, es demasiado…

Caleb se volvió hacia ella.

–Si no hubiera sido tan tonto y hubiéramos ido a un café como este el primer día para poder pedirle consejo a alguien como usted… –le dijo–. Confíe en mí, se lo ha ganado.

Había dejado de llover y, bajo la luz de las farolas, el anillo de compromiso de Sage brillaba con intensidad, reflejando mil colores.

El primer taxi que vieron se detuvo para recogerlos.

Cuando por fin llegaron a su suite, Caleb besó a Sage y después la miró a los ojos.

–Una última cosa –le dijo mientras sacaba su móvil y apretaba un botón–. ¿Addison? Soy Caleb. Necesito un favor. ¿Puedes poner a Jake al teléfono? ¿Está a tu lado? Estupendo. ¡Ah! ¿También está ahí Travis? Genial. ¿Podéis poner el teléfono en modo altavoz? Tengo algo que contaros que espero que les digáis tan pronto como podáis a Em, Jaimie y Lissa…

Esperó unos segundos.

–Es perfecto –le dijo Caleb a Sage–. Mis hermanas también están en el rancho este fin de semana. Incluso el general está allí.

–Caleb –susurró Sage algo asustada–, ¿qué estás haciendo?

La besó antes de hablar con toda su familia.

–Hola a todos –comenzó Caleb–. Voy a volver pronto a casa. Me acompañará la mujer a la que amo. Y, otra cosa más, estamos embarazados.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea. Pero, de repente, sonaron gritos, vítores y aplausos a través del teléfono.

Pero Caleb y Sage ya no estaban escuchando.

Estaban fundidos en un abrazo mientras ella lloraba y él sonreía.

* * *

Podrás conocer la historia de Travis Wilde en el tercer libro de la serie *Hermanos Indómitos* del próximo mes titulado:
TRAVIS WILDE, EL ARROGANTE

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

